



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2016, J. Rosewell

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Impresión

QP Print

Revisión

Abel Carretero Ernesto

Primera edición: Septiembre de 2016

Segunda edición: Enero de 2018

Depósito Legal: DL B 6822 - 2016

ISBN: 978-84-16281-82-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

J. Rosewell

MI ÁNGEL GUARDIÁN

PRIMERA PARTE
LA VERDAD DUELE



Nova Casa Editorial



ÍNDICE

9	CAPÍTULO 1. MI ÚLTIMO DÍA DE VIDA
35	CAPÍTULO 2. ¿UN FANTASMA?
45	CAPÍTULO 3. EL FUNERAL
57	CAPÍTULO 4. ENFRENTAMIENTOS
69	CAPÍTULO 5. LA HIJA Y LA MADRE
83	CAPÍTULO 6. INVISIBLE
99	CAPÍTULO 7. RATA DE BIBLIOTECA
111	CAPÍTULO 8. QUERIDO TYLER
127	CAPÍTULO 9. SOY REAL
139	CAPÍTULO 10. NARCO
153	CAPÍTULO 11. DERRUMBE
165	CAPÍTULO 12. ¿AMIGA?
173	CAPÍTULO 13. ANNA Y HOLLY
189	CAPÍTULO 14. PARTIDO
203	CAPÍTULO 15. TRANSFORMACIÓN
221	CAPÍTULO 16. UN NUEVO COMIENZO
239	CAPÍTULO 17. COTILLO
257	CAPÍTULO 18. VERDADES
277	CAPÍTULO 19. VENGANZA
295	CAPÍTULO 20. PELEAS
313	CAPÍTULO 21. LA CENA
331	CAPÍTULO 22. UNA MAÑANA AGITADA

349	CAPÍTULO 23. AMOR
369	CAPÍTULO 24. LLUVIA
383	CAPÍTULO 25. HOSPITAL
407	CAPÍTULO 26. MÁS SECRETOS
425	CAPÍTULO 27. ¿ROY?
439	CAPÍTULO 28. DESAPARECIDO
461	CAPÍTULO 29. AYUDA
481	CAPÍTULO 30. ELLOS
491	CAPÍTULO 31. VERDAD O RETO
511	CAPÍTULO 32. CELOS
537	CAPÍTULO 33. RESACA
555	CAPÍTULO 34. UN LUGAR
567	CAPÍTULO 35. LA VERDAD DUELE
583	AGRADECIMIENTOS

MI ÁNGEL GUARDIÁN

PRIMERA PARTE
LA VERDAD DUELE



CAPÍTULO 1
MI ÚLTIMO DÍA DE VIDA



Mi nombre es Tyler Ross, tengo dieciséis años y vivo en Chicago, donde hoy hay una población de 853.114 personas, y justo a mí me tuvo que suceder esto.

Viernes, mi último día de vida.

Fue como cualquier otro día, me desperté por el sonido de la alarma de mi móvil, y tratando de apagarla como lo hacía siempre, cayó al suelo y no tuve más remedio que salir de la cama a regañadientes. Sentí un grito de James desde una de las habitaciones continuas a la mía. Era usual que mi hermano mayor se despertara aullando con una olla en la mano para fastidiarnos, aunque claro, solo cuando estaba de buen humor, y en especial para mí, ya que sabía que estaba con resaca.

—¡A despertarse, pequeñajo, hoy es tu gran partido! —gritaba, golpeando aún más fuerte la olla.

Abrió la puerta de mi habitación y sin tener tiempo de esconderme ya estaba encima de mí inmovilizándome los brazos, mientras yo intentaba quitármelo de encima. Hubo una serie de golpes, puñetazos, patadas, pero fue en vano, ya que James era un luchador nato.

—¿Cómo te llamas?

—Tyler Ross.

—¿Quién eres?

—Un campeón.

—¡Más fuerte! No te escucho.

—Un campeón.

—Repítelo todo.

—Me llamo Tyler Ross y soy un campeón —solté enfadado. Había llegado a casa hacía unas horas y ya estaba molestándome.

—¿Eso es lo más fuerte que puedes hablar, marica? ¿Eres un Ross, no es así? Mira, enano, si tienes mi apellido demuéstalo.

Esa conversación era la típica que había todos los viernes por la mañana cuando tenía partido, por lo que tomé todo el aire que mi boca podía aguantar y respondí.

—¡SOY TYLER ROSS Y SOY UN CAMPEÓN! — grité con todas mis fuerzas, a lo que recibí un golpe en mi mejilla.

Me llevé ambas manos ahogando un grito, mientras que mi hermano bajó de mi cama y se dirigió a la puerta sin antes tomar su olla y su cuchara de madera.

—Si gritas así en el partido seguro que pierdes, enano — se despidió, saliendo de mi habitación con una sonrisa burlona.

Me quité la ropa interior, que era lo único que llevaba puesto, y entré a la ducha.

Ayer había habido fiesta en casa de Lauren, mi novia. Aunque era una relación más bien solo para aparentar en el instituto, teníamos nuestras libertades. Como por ejemplo ayer, que besé a tres chicas y algo más con solo una de ellas, algo que a Lauren no le importa si en el instituto solo la beso a ella como supuestos novios.

La fiesta en un comienzo partió siendo solo con unos cuantos amigos hasta que llegó todo el instituto, e incluso los de último curso, entre ellos mi hermano mayor, al que ya conocieron, James.

Al ya estar listo entré a la cocina a comer algo y ahí estaba con su olla puesta en la cabeza como un sombrero y a su lado Mark con una sonrisa dibujada en su rostro, estos son mis dos hermanos mayores. James está en último año, Mark en penúltimo y luego vengo yo. Estos dos estaban compitiendo en quien se terminaba primero sus huevos con tocino. Algo típico en casa de los Ross, siempre todo era una competencia.

James era el que le había dado el prestigio a nuestro apellido en el instituto, ya que cuando tenía mi edad salía con una chica de último curso, además de que estaba buenísima y era mayor que él. Luego Mark se destaca por su romanticismo y ser un cupido. La chica que tiene la suerte de caer en sus ojos sabe que será como un príncipe. Es así como nuestro apellido Ross en el instituto es una leyenda, somos como decirse... los reyes del instituto.

—He ganado —dijo James mientras miraba intimidantemente a Mark.
—Te he dejado —se defendió, dándose la vuelta y llevando los platos sucios al lavaplatos para irse de una vez. James y yo nos miramos, sabíamos que no era cierto. Mark era el que la mayoría de las veces perdía.

—Por fin llegó —se burló este cuando pasó a mi lado—. ¿Qué pretendías? ¿Despertar a toda la casa? —Había llegado hacía al menos tres horas y me había olvidado las llaves, así que no tuve más remedio que escalar hasta llegar a mi habitación. Con mis compañeros no podíamos parar de reír.

—Si no saliste ayer es tu problema, no me vengas a molestar —James rio por el bajo, a lo que Mark se me acercó aún más con el ceño fruncido.

—Ayer me llevé mi salida a la cama —me dijo sonriendo como engreído, y yo lo miré interrogante—. Está arriba, ni la toquen, es mi novia —se apresuró a decir—, es Diana.

—¿Del instituto? —pregunté intrigado.

—Claro que no, es modelo, va a clases en casa —aunque Mark ya nos había advertido fue en vano, ya que al escuchar la palabra modelo James y yo comenzamos a correr hacia el segundo piso sin pensarlo dos veces. — ¡Ni se atrevan! —gritaba Mark desde abajo viniendo tras nosotros.

Iba a la delantera, James estaba detrás, pero yo sabía que era más rápido. Entre gritos y risas, empujones y tirones salí rodando al piso, ya que el infeliz tomó un vaso olvidado que alguno de nosotros habíamos dejado por la casa ayer y se lo llevó a mis pies, por el susto frené y salté para no pisar los vidrios cayendo al suelo. Yo me lamentaba gritándole a James insultos, pero este solo me sacó el dedo del medio y entró victorioso a la habitación de Mark, cerrándola con cerrojo. Al poco rato apareció por detrás Mark, enojado.

—Ya es tarde —le dije. James ya debía hacer lo suyo con su tal... Diana. Que por el momento no había forzado la puerta para salir, al parecer estaba a gusto con James.

—Maldito imbécil.

—Mejor olvídala, hermano —le consolé parándome de una vez y encaminándome de vuelta a la cocina, ya que mi estómago pedía comida a gritos.

Pude escuchar cómo Mark golpeaba la puerta para que lo dejaran entrar, mientras se pasaba la mano por su cabello rubio, furioso al no obtener respuesta. «Pobre», pensé mentalmente, ha habido dos veces ya en que Mark ha pillado a James con sus novias.

—¿Quieres una fruta, Tyler? —me preguntó Martha, la señora del servicio. Yo ni la miré y seguí tomándome mi bebida; ese era el desayuno tan natural en mi hogar, unas frituras más una Coca-Cola. —Uno de mis nietos tiene tu edad, está en Colombia... —siempre con el mismo cuento, volqué los ojos.

—No me interesa —le dije ya cansado, no quería escuchar su espantosa vida. ¿Para qué?

Esta me miró, no puedo describirla bien, enojada pero más bien algo... ¿Triste? ¿Decepcionada? Qué más da, la cosa era que hoy es el partido, luego el baile de primavera y finalmente la fiesta en mi casa donde por fin se podía celebrar con alcohol nuestro triunfo. Estupendo, ¿no?

—¿Dónde está papá?

—Se fue temprano al trabajo, no vuelve hasta el lunes —respondió sin siquiera mirarme. No le di importancia. Estupendo, sin Fernando, mi padre, iba a ser una pasada. Aunque de todas formas nunca estaba, no era nada del otro mundo. Mi padre está en la política, se presenta para alcalde en las próximas elecciones, que serían en unos tres meses.

—¿Kelly?

—Se fue a Punta Cana, enano —ese era Mark, que se sentó en uno de los asientos de la isla con una cara espantosa. Kelly era nuestra madrastra.

—¿Hasta cuándo?

—Una semana, se fue con sus amigas.

—¿Georgina? —le solté.

Mark me miró riendo, todos sabían de la aventura de James con ella. Mi sueño algún día era tener algo con ella. Era la típica amiga de Kelly que nos miraba todo el tiempo, había llegado a besarla el año pasado en una comida, le había dado un *tour* por la mansión y ni me sacaba el ojo de encima, por lo que aproveché y lo intenté.

—Qué mujer, ¿eh? —dijo con deseo.

Los dos comenzamos a reír nuevamente. En realidad con mis hermanos nunca hemos sido tan cercanos, cada uno tenía su lado, sus amigos, su habitación, sus problemas. En resumen: cada uno tenía su vida. Pero era más cercano con Mark que con James, que siempre estaba en la cama con una chica. James era un holgazán, no hacía ni un deporte salvo salir a trotar. Lo que lo hacía un casanovas era su auto último modelo, además de ese rumor que salía con chicas mayores, haciendo que todos los hombres lo admiraran y las chicas lo miraran con deseo.

Mark era más bien el chico tierno que las de mi curso y hasta las chicas más pequeñas soñaban, era como un príncipe azul, siempre atento con toda clase de chicas, nunca había tratado mal a una, era estudioso pero nunca considerado un sabelotodo, y además era el hermano de James Ross.

Y finalmente venía yo, el capitán del equipo de fútbol americano de la escuela, el más guapo por cierto y con la novia más codiciada del instituto. Además, nuestra familia era la más adinerada e íbamos a un instituto público, por lo que llamábamos la atención.

—¿Qué es eso?

—El trabajo de ciencias de James, no tengo la menor idea de lo que es.

—Creo que prefiero no saberlo —le respondí. Lo que haya llegado a querer hacer James, no era eso. Parecía una montaña rusa con pelotas de colores esparcidas por todos lados, sin olvidar el pegamento, que se podía notar desparramado en cualquier dirección, además de tres palos que seguramente se le habían roto y el muy idiota había juntado con chicle.

En ese momento se escuchó el timbre, Mark fue corriendo a terminar de vestirse, pues seguía en bóxer y una sudadera. Algo normal, ya que solo somos hombres.

Este en menos de un minuto corría por la escalera, tropezando, a lo que yo me burlé de él, y me tiró un lápiz que con la suerte que tenía esquivé.

—Adiós enano —gritó desde la entrada, donde se escuchaban bocinazos de sus amigos—. Si ves a Diana dile que la espero a las siete fuera de su agencia —volqué los ojos, incrédulo, pobre Mark.

Luego de unos quince minutos por fin apareció James con el pelo algo desordenado y el cuello algo sonrojado.

—¿Terminaste? —le pregunté algo enojado. No se me había olvidado el vaso que había estrellado en mis pies.

—¿Terminar qué? Acabo de comenzar, esa Diana... —me miró dándome a entender a qué se refería, no quería saber más.

—¿No estabas de novio? —recordaba ayer a James arriba de la mesa de Lauren borracho diciéndole a una chica de su curso que si quería ser su novia y diciendo puras cursilerías.

—Puf... eso fue ayer, hoy es Diana —respondió sentándose en una de las sillas que antes había sido ocupada por Mark, tomó la leche sin siquiera ponerla en un vaso, llevándose la a los labios.

Yo lo miré sin creérmelo, James era mi ídolo.

La mismísima Diana era una modelo sin lugar a dudas, debía medir más de un metro setenta, cabello lacio, rubio corto muy bien cuidado, llevaba solo un vestido negro que la hacía verse una diosa, y cuando la vi bajando las escaleras no pude cerrar la boca. Era impresionante.

—Tú debes ser... Tyler —me saludó tomándome la cara y planteándome dos besos en cada mejilla. Tenía un acento, ¿francés? Yo seguía ahí mirándola embobado.

—Nena venga ya que vas a llegar tarde al trabajo —habló James tomando su chaqueta de la mesa de la entrada, mientras movía sus llaves entre sus dedos. La francesa me dedicó una mirada que me derritió por completo y fue hacia la entrada, yo seguía ahí, en el mismo lugar desde hace tres minutos sin hablar.

—Ty, ¿quieres irte caminando al instituto? —me gritó James, a lo que yo sacudí mi cabeza para volver a la Tierra, solo asentí y me fui corriendo hacia su auto. Los viernes siempre me iba con James, en realidad era para volverme con Lauren luego y quedarnos en mi casa haciendo... bueno, ya se lo imaginan.

Nos subimos a su Maserati Gran Cabrio Sport rojo, que era una pasada. Diana protestó diciendo que mejor volvía en su auto, que lo tenía aparcado en la calle, pero James se negó asegurándole que él la pasaba a buscar para llevarla a la fiesta en nuestra casa y luego ella se iba con su auto. Diana acepto plantándole un beso a James en los labios a lo que yo sonreía mirando hacia el cielo, con mis manos entrelazadas detrás del cuello. Hoy iba a ser un día muy largo.

Dejamos a Diana en su departamento, luego llegamos al instituto, donde todas las mujeres nos dirigieron miradas descaradas, algo muy usual cuando llegaba con mi hermano, ya que eran dos Ross en un auto. James, como siempre, las ignoró a todas, para él era la mejor táctica, hacerse el duro y poco interesado, así las chicas se quedaban con ganas. Yo en cambio busqué a Lauren con la mirada, que estaba hablando con el equipo de animadoras moviendo su cabello negro oscuro y largo de un lado a otro. Vestía una falda rosa que le llegaba hasta más arriba de la cintura, algo suelto, pero le quedaba cortísimo, lo que hacía mostrar sus definidas piernas, que la mayor parte de las veces me ponían loco, más una blusa blanca con cuello rectangular, algo muy Lauren.

—Para de babear Ty, concéntrate —me sacó del trance James, que me golpeó la cabeza, yo solté un gruñido ya enojado, era la segunda vez que me golpeaba en el día.

—Hoy tienes partido, el más importante de la temporada, si no lo ganas, ¿Entiendes lo que pasaría?

—Perderíamos.

—No solo perderías el juego, me dejarías en total vergüenza. Nadie quiere ser hermano de un perdedor, ¿vale?

Asentí, era cierto. Yo no quería ser un perdedor y James tampoco. Iba a ganar este partido aunque fuera de vida o muerte.

—Voy a ganar, idiota, no soy un perdedor. ¿O qué? ¿Crees que Tyler Ross podría llegar a perder un partido? —solté un bufido—. James, estás hablando con el mejor jugador de fútbol americano en todo Chicago —alardeé, a lo que James se sacó los lentes de sol riendo.

—No me defraudes —fue lo último que escuche de él cuando por fin salí del auto.

—Suerte en tu exposición —le dije despidiéndome.

—¡Mierda! ¡Mierda! —escuché que decía James llevándose las manos a la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? —me saltó encima tomándose de la camisa, algo exaltado.

—¿Perdón? No es mi problema, ahora suéltame —le grité sacándomelo de encima—. Te hice un favor, tu trabajo era espantoso.

Pensé que iba a golpearme, pero en cambio salió disparado hacia el coche. Lo último que escuché de James fue su motor arrancando a toda velocidad. Iba a tener que esperar un milagro, ya que el timbre ya había comenzado a sonar anunciando el comienzo de las clases.

—¿Tyler Ross? —me preguntó una chica por detrás.

En mi cabeza sentía un dolor tremendo de la maldita jaqueca que tenía por la fiesta de anoche, luego ya había sufrido dos golpes esa mañana, más la ira de James hace segundos y además al ver a esa enana con gafas, el cabello tomado en una cola mirándome con algo de timidez y con aire de ser una sabelotodo, no me quedaba paciencia, y menos para ella.

—Eh, ¡Steve! —grité hacia mi amigo, que estaba a unos metros bajando de su coche, me alejé de ella, y con la suerte que tuve ni se me acercó por detrás, como me había esperado.

Estaba saliendo de Historia, mi primera clase. Cuando vino Lauren hacia mí,

mirándome sensualmente, por detrás podía ver como todos los chicos la miraban, algo totalmente normal.

—¿Quieres escapar? —me preguntó haciendo un puchero, tomándome de la chaqueta del equipo de fútbol americano, acercándose mucho a ella.

Hice una mueca pensándomelo bien, soltándome de su agarre, dándole la espalda, luego caminé unos pasos dejándola atrás, y ni se movió. Y bueno soy Tyler Ross, ¿Qué más podían esperar de mí?

—¿Qué haces ahí parada? Vamos —le dije dándome la vuelta hacia ella y mirándola extrañado. Estaba que explotaba de carcajadas con la cara que puso.

Ella se mordió el labio y corrió hacia mí tomándome el rostro y llevándose sus labios a los míos, y como siempre el beso fue como cualquier otro, totalmente salvaje y excitante. Yo me la llevé hacia los casilleros, aplastándola hacia mí. Era la típica escena que siempre montábamos en el instituto para dejar claro quiénes eran los reyes, y además hoy se votaban para el baile de primavera el rey y la reina. Por supuesto nosotros encabezábamos la lista.

Yo empecé a besar el cuello de Lauren mientras ella reía como una cría.

—Disculpen —una voz tartamuda nos hizo separarnos. Yo seguí besándola sin ni siquiera mirarla, pues sabía que no era ni un profesor ni alguien mayor. Por su parte Lauren soltó una burla—. Quiero abrir mi casillero.

—Cuatro ojos lárgate que se te cae la baba.

Ni miré a la chica, aunque su voz me sonaba extremadamente familiar. Era la típica frase que usaba Lauren hacia las chicas que me miraban, algo que solo le molestaba en el instituto.

Seguimos con lo que estábamos haciendo sin movernos, Lauren hizo un giro para dejarme a mí en la posición donde antes estaba ella y tomó la iniciativa, besándome ella el cuello.

Nos separamos cuando el entrenador del equipo pasó junto a nosotros haciendo sonar el pito en nuestras orejas.

—Ross te quiero en mi oficina ya —no lo soportaba, era un anciano que hace más de diez años que debía ya haberse jubilado—, y tú, preciosura, has algo productivo y anda a clases, por el amor de dios —le exigió a Lauren. Además, debía de ser ciego, ya que era la única persona que trataba de esa manera a mi novia, como si fuera una niñaata sin neuronas.

Lauren me dio un beso rápido en los labios y salió corriendo a clases. No me había dado cuenta de que ya no quedaba nadie en los pasillos, y al ver como el entrenador ya había empezado a caminar en dirección a su oficina me fui tras él arrastrando los pies, cansado.

—¡Enano! —me grito Mark, que estaba saliendo del baño luego de saludar al entrenador, que como ya verán le caía estupendo a Mark—. ¿En qué problemas te metiste ahora?

—El entrenador quiere hablar conmigo.

—Este niño necesita disciplina, Mark, necesita que le den límites —decía el anciano Whitey saludando a mi hermano con un apretón de manos.

Mark reía mirándome y volcando los ojos como si fuera mi padre.

—Está en su etapa de inmadurez Whitey, solo hay que esperar que se le pase.

—Ese es el problema hijo, no sé si se le llegará a pasar.

—¿Hola? Estoy aquí, por si se han olvidado.

Los dos se voltearon a verme, Mark se marchó sin antes hacerle un cumplido al entrenador sobre su estado y pasando junto a mi guiñándome un ojo; en cambio el anciano siguió su camino hacia la oficina sin siquiera mirarme.

Por fin llegamos, me desplome sobre la silla ya cansado, mis ojos estaban a punto de cerrarse.

—¿Qué hice ahora?

—¿Que qué hiciste? Mira niño consentido, supe que ayer te montaste una fiesta con la mayor parte del equipo. ¿Y te digo qué? Dos defensas faltaron a clase llamando que no se sentían bien para el partido de hoy. ¿Entiendes lo que digo? Dos jugadores estrella no estarán para el partido. ¿Por qué? Porque el capitán del equipo se montó una fiesta el día antes —el entrenador puso los brazos en jarra, furioso—. ¿En qué mierda estabas pensando?

—Qué más da, me tienes a mí.

—¿Que te tengo a ti? —me gritó furioso. Sonaba como pregunta, pero realmente Whitey lo decía al viento, como si creyera que una fuerza sobrenatural estuviera en la oficina junto a él—. No me hagas reír, con tu orgullo no vamos a ganar.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero que traigas de inmediato a todo el equipo —yo asentí con la cabeza. Me daba una lata terrible ir a buscarlos a todos—. ¡Ahora! Vas a arreglar este desastre.

Me levanté del asiento lo más rápido posible, quería salir de ahí. Fui hacia uno de los baños y marqué el número de Steve, mi mejor amigo.

—Steve a tus órdenes —me respondió de inmediato. Por detrás sentí como una voz femenina anticuada le gritaba que saliera de... ¿La clase? Solté una carcajada. Muy típico de Steve responder el celular en medio del aula—. Listo, ya estoy fuera ¿Dónde estás?

—En el baño, pero no vengas. Primero búscate a todo el equipo, tenemos práctica.

—¿A esta hora?

—Whitey, es por Jason y Yerko —le comenté—, están enfermos luego de la pasada de ayer y no van a jugar hoy.

—¿Me estás jodiendo? —exclamó fuera de sí—. Nos van a estrangular.

—Claro que no.

Steve se quedó en silencio un momento, seguramente meditando qué podía hacerse.

—Llamaré al equipo.

—Estaré en la cancha calentando —finalicé cortando el móvil y pensando qué estrategia de juego debíamos usar esta tarde para darles una patada en el trasero a nuestros enemigos—.

«Qué día», me dije.

Ya estábamos calentando. Steve se tomó cinco minutos en reunir a todos los jugadores. Cuando ya habían llegado todos les di las órdenes de las jugadas haciendo dos equipos para ir jugando de una vez. Whitey llegó luego contándole a todos que jugaríamos sin Jason y Yerko, a lo que se escucharon suspiros frustrados.

—No sean niñatas —les grité, a lo que todos dirigieron sus miradas hacia mí—. ¿Quiénes somos?

—¡Los Red Dragons!

—¿Y cómo somos?

—Invencibles.

—¡Más fuerte! ¿Quiénes somos?

—Los Red Dragons.

—¿Y cómo somos?

—Invencibles.

—¿Quiénes somos? —volví a repetir ahora con la garganta.

—¡LOS RED DRAGONS!

—¿Y cómo somos?

—¡INVENCIBLES!

Todos saltamos a gritos y aplausos para alentarnos.

—Aunque nos falten dos jugadores tienen que saber que vamos a ganar de todas formas. La única regla que deben tener clarísima es pasarme el balón cuando tengan la oportunidad. ¿Entendido? —les dije a todos mirándolos a cada uno para ver si les quedaba claro. Todos asintieron con la cabeza.

—Bueno, si terminaste con tu discurso, muévanse —me cortó el entrenador—. Tú también, Ross, mueve tu tan grande ego a la cancha. ¡Ya!

Nos perdimos las tres horas siguientes jugando, y luego Whitey nos obligó a volver a clases, ya que no podía llegar el partido y que todos ya estuviéramos sin fuerzas. Nos necesitaba con la energía máxima si quería que ganáramos el partido.

Ya estaba en la cafetería, estaba con todos los chicos del equipo entrando con nuestra chaqueta que nos distinguía de los demás, como siempre yo iba a la cabeza hablando con Steve. Él era el segundo mejor jugador sin lugar a dudas. Pedimos nuestra comida y nos dirigimos a nuestras mesas. Eran las dos de más al fondo de la cafetería, así podíamos hacer puras idioteces sin que los profesores nos pillaran. Mientras me acercaba a mi mesa con los chicos riendo e imitando al entrenador, me percaté de un flacucho que estaba caminando hacia nosotros, se hizo a un lado para dejarnos pasar, pero aunque fuera cruel alguien tenía que serlo, era una tradición. Todos los viernes en el almuerzo cuando había partido.

Antes de que se escapara les ordené con señas que lo agarraran.

—Vamos, la víctima ya ha sido elegida —dije aplaudiendo mientras dos del equipo tomaban sus brazos mientras este trataba de zafarse pidiendo clemencia.

Tomé su bandeja. Hoy nos habían dado puré de patatas. Empujaron al perdedor hacia una mesa donde lo dejaron recostado encima. Toda la cafetería nos miraba, mientras que afuera, donde comían los mayores, vivían en su mundo sin siquiera mirarnos.

—¡Por favor, no lo hagan! Por favor... no —iba gritando tratando de hacer fuerza, pero era inútil, mis chicos eran el triple de fuertes que ese saco de huesos.

—Buenas tardes, damas y caballeros, mujeres y hombres, hembras y machos, alumnos y alumnas, mis fieles compañeros y compañeras —les saludé con una

sonrisa mostrando mis perfectos dientes—. Como todos los viernes antes del partido hemos elegido a nuestro sacrificio de honor para honrar a los dioses de... —hice un gesto apuntando al cielo, volcando los ojos, a lo que toda la cafetería comenzó a reír, esperé que hubiera silencio de nuevo para proseguir—. Bueno, aquí lo tienen. Su nombre a quién le importa —carcajadas nuevamente—. La cosa es que si ganamos este perdedor podrá vivir tranquilamente como antes, pero si no el pobre será colgado de la bandera que hay en la entrada del instituto. Como ya ven el equipo hará todo lo posible para que eso no suceda y salvar a nuestro queridísimo perdedor —guiñé un ojo hacia todas las bellezas que me miraban, entre ellas las chicas con las que me había ligado y también Lauren, que estaba junto con las animadoras—. De nada por mi discurso y un aplauso adelantado para nuestro triunfo de esta noche —toda la cafetería saltó a gritos, aplausos y risas.

Los del equipo, como era tradición, bueno tradición que yo inventé, me abrieron paso para ir hacia la víctima, que seguía forcejeando, me acerqué a él y sin siquiera mirarla le unté todo el puré en la cara, a lo que me volteé al terminar mi trabajo hacia el equipo con los brazos levantados chocando cuerpos con todos mis compañeros.

—Invencibles —vociferé.

—Invencibles —repitió todo el equipo, más la mayor parte de la cafetería.

El día, que se me había hecho extremadamente largo, había llegado a su fin, cada clase más aburrida que la otra. Lo único que había hecho realmente era gritar y reír con los del equipo y molestar a uno que otro perdedor, como hacíamos todos los días.

—Ross, ¿estás escuchando? —me interrumpió la anciana que tenía como profesora de Literatura, que era mi última clase del día. Yo solo asentí poniendo mi carita de cachorrito. Pero esta ni se inmutó.

—He leído sus trabajos y solo puedo decirles una palabra: decepcionantes— la anciana iba puesto por puesto entregándolos, para mi sorpresa había sacado una pésima nota, al menos tenía por asegurado que iría a la universidad por mi padre o por alguna beca de fútbol americano. El trabajo trataba sobre un tema cualquiera, pero debía ser profundizado. Yo había elegido mi balón de fútbol americano y hablé de lo bueno que soy jugando.

—¿Qué nota, Ross? —me preguntó Steve más los del equipo. Les mostré el trabajo y todos comenzaron a reír, aunque ellos habían tenido peor nota que yo.

—Silencio, señor Ross, lo voy a echar de mi clase —me amenazó. Yo me crucé de brazos pero me callé, no quería que Whitey me sacara del partido si se enteraba.

La profesora ojeó su cuaderno con las notas, por mientras los del equipo bromeaban y molestaban unos a otros, yo me restaba a contemplar el espectáculo y a sonreír a una y otra chica que se cruzaba con mi mirada. El sonido de unos libros caerse en los pupitres de primera fila llamaron mi atención. Ahí estaba una chica con el pelo oscuro, castaño.

—Gafotas, que se te cayó tu vida social —se burlaron unos de los chicos del equipo, a lo que yo también reí, aunque no tenía ni la menor idea de quién era.

Toda la clase comenzó a reír por el comentario, y la chica solo se restó a tomar sus libros para ponerlos en su lugar, sin voltearse hacia donde estábamos.

—Haley Dickens, pasa adelante y lee tu trabajo, que fue el único pasable entre todos estos monos incivilizados.

HALEY

Estaba nerviosa cuando la señora Torres me llamó hacia adelante. No pude ni crérmelo. Mis manos temblaban y pensaba que iba a desmayarme en cualquier comentario.

Solo pude asentir con la cabeza y tomar mi trabajo, en el que había sacado un sobresaliente. Por detrás pude escuchar unos bufidos, pero no les di importancia, no iba a derrumbarme por lo que dijeran unos jugadores de fútbol americano sin cerebro.

Ni me di cuenta, cuando ya estaba al frente de toda la clase, al alzar la vista pude ver a Tyler Ross, ahí sentado. Con su rostro esculpido de un ángel. Sus cabellos rubios algo ondulados le daban un aire rebelde, me quedé como tonta mirándolo hasta que otras burlas que dijeron sobre mí me hicieron volver al mundo real.

Apreté con fuerza el papel que tenía en mis manos y mentalicé en mi cabeza que debía hacerlo bien para no ser el hazmerreír como siempre.

—La máscara que nos disfraza —dije leyendo el título. Exhalé e inhalé pausadamente y seguí—. ¿Una máscara? ¿Un disfraz? ¿Un sentimiento? ¿Un engaño? ¿Un defecto? ¿Un deseo? Todos queremos ser algo que no somos. ¿Para qué? Para ocultar esos defectos que cada uno de nosotros tiene dentro, para engañarnos a nosotros mismos. Esa es la máscara que nos disfraza cada vez que hacemos algo que en vez de hacernos algún bien, nos hace ser malas personas, solo para disimular ser alguien que no somos, solo para caer bien. ¿Caerle bien a quién? Caerle bien a alguien que seguramente no vale la pena. ¿Porque quién lo vale si hay que disfrazarse para estar a su altura?

¿Es algo normal tener que ser otra persona por miedo a ser rechazado? No, no lo es. La vida es corta para estarla viviendo de la sombra de alguien. Cada persona es diferente, cada persona tiene algo que aportar al mundo y si todos vamos a estar con una máscara disfrazados, ¿qué sentido tiene? Solo quiero dejar claro que la vida no es para vivirla disfrazado, y en cambio sí es para vivirla tal cual somos. Sacarse esa máscara que nos ciega y vivirla como adolescentes que somos. Haley Dickens.

Al terminar levanté la vista para ver qué les había parecido y el único que estaba aplaudiendo era Simon, mi mejor amigo, y tres compañeros de primera fila. En cambio, el equipo de fútbol americano, que estaba lo más atrás, se habían perdido lo más seguro en el momento que comencé a hablar. Tuve una leve esperanza de que Tyler Ross hubiera escuchado mi trabajo, pero al verlo éste estaba coqueteando animadamente con una chica a su lado.

Sentí como si me tiraran un balde de agua fría. Ni había notado mi existencia.

TYLER

Ya era hora del partido, estábamos en los camarines cambiándonos. Se podía notar lo nerviosos que estaban mis compañeros, yo en cambio sabía que íbamos a ganar, no me cabía duda. Por mi parte iba a dar todo lo que podía. No iba a llegar al baile de primavera como un perdedor y luego en la fiesta en mi casa.

El entrenador nos empezó a gritar en la cara como cualquier partido sobre lo importante que era ganar y que estábamos en nuestra cancha y no podíamos darles ni una oportunidad de ganar ni un solo punto.

—Quiero que hoy den todo lo que tengan —iba hablando el entrenador mirándonos a cada uno a los ojos— porque les prometo que ellos van a dar todo en nuestra cancha y este es su momento para demostrarles quiénes realmente mandan —todos aplaudimos, este nos silenció con su mano para que lo dejáramos terminar—. Este es un juego en equipo, quiero que lo tengan realmente claro. Y por último quiero que muevan sus traseros y ganen este partido —gritó.

Todos saltamos y gritamos poniéndonos nuestros cascos, Whitey se acercó a mí para darme algunas indicaciones y estrategias, yo solo asentía y las memorizaba en mi mente.

Al salir hacia el campo las luces me cegaron, miré hacia las gradas, estaba todo el instituto ahí, gritando como locos. Algo usual en todos los partidos. Miré hacia las

animadoras y ahí estaba Lauren, que me guiñó un ojo, a mi lado estaba Steve, que estaba mirando en la misma dirección, pues los dos nos habíamos acostado con todas las porristas, sin excepción.

El partido comenzó. Nuestros adversarios eran buenos, su defensa era nuestro punto débil, ya que sin nuestros dos jugadores estrella nos arrasaban cuando tenían la oportunidad. El marcador reflejaba una gran diferencia entre nosotros y ellos. Mi equipo estaba debilitándose y yo no podía hacer mucho, ya que era *quarterback*. Solo me disponía a dar las estrategias en cada juego y tiraba el balón a mi compañero que estuviera al alcance, pero los malditos siempre lo derribaban antes de que pudiera llegar a meter una anotación importante.

Llegamos a la mitad, con ellos ganando por una diferencia enorme, no podía creerlo. Mis manos temblaban y estaba que explotaba de furia, no iba a perder, no iba a hacerlo. Al llegar al camarín me abalancé sobre los casilleros y comencé a golpearlos hecho una furia, lo único que pasaba por mi cabeza era ir donde el enemigo y descuartizarlos uno por uno. Las palabras de James en mi cabeza esta mañana venían una y otra vez.

«Nadie quiere ser hermano de un perdedor». Una y otra vez, seguí golpeando con más fuerza, hasta que el entrenador hizo tocar su pito en mi oreja. Golpeé por última vez y fui hacia donde estaban todos, que me miraban de cierta forma pidiéndome perdón.

Eso no va a arreglar nada, sus malditas caras no iban a arreglar el hecho de que estuviéramos perdiendo el partido más importante de la temporada.

—¿Cuántas veces hemos oído el dicho de que si uno cae, debe ser fuerte y levantarse? —Whitey se notaba que estaba igual de furioso que yo, pero en cambio este nos miraba como si nada pasara, para no hacernos perder la esperanza—. Hoy no voy a decirselo, porque aquí nadie ha caído aún. Estamos por hacerlo, de eso que no les quede duda, y por ello son ustedes quienes juntos deben sostenerse para no caer —un silencio—. Este juego no se ha acabado, no hemos caído, así que dejen la cara de que así lo fue, y oigámoslo una vez más —este me dedicó su mirada y supe lo que debía decir.

—¡Red Dragons!

—Invencibles.

—¡Red Dragons!

—INVENCIBLES —gritaron todos.

—Ahora demuéstrenme lo que les he enseñado.

Salimos a la cancha, las palabras de Whitey me habían hecho mejor de cierta manera, me daba cuenta de que no debía darme por vencido. Podíamos ganar, podíamos hacerlo. No me iba a vencer.

Ahí me di cuenta de que la única forma de que ganáramos era si yo metía los puntos, eso quedaba claro en el primer tiempo cuando le pasaba el balón a mis compañeros y estos siempre eran derribados por el equipo contrario, pero no conmigo, a mí no me iban a derribar.

Partió el segundo tiempo y yo sin dudarlo al tener el balón en mis manos corrí mientras que mis enemigos estaban sorprendidos, sin habérselo esperado. Yo solo corrí y salté, cuando se me tiraban encima. En un abrir y cerrar de ojos ya había ganado cinco puntos haciendo una anotación increíble. Todo el estadio saltó a gritos alentándonos, yo me abalancé sobre mis compañeros, ahora sí teníamos esperanzas de ganar el partido.

Así fui anotando puntos sin pasarle el balón a nadie, sabía que mis compañeros me gritaban que se los pasara y más de una vez el enemigo me derribó al no haber lanzado el balón. Pero no me importaba, debía ganar el partido, aunque jugara yo solo. Cuando quedaba menos de un minuto, el marcador mostraba que estábamos iguales en puntos. El entrenador me llamo hacia él.

—Ross, si no pasas el balón a tus compañeros, te prometo que te saco del equipo, ¿entendido?

Yo asentí, apenas podía respirar. Me dirigí hacia el centro de la cancha para comenzar el partido, grité la estrategia y el balón llegó a mis manos. Me eché hacia atrás para buscar a quién le daba el balón, mis amigos estaban todos bloqueados por los del equipo contrario, en un momento dado vi el marcador, quedaban cuarenta y cinco segundos, luego al entrenador que me decía con sus gestos que hiciera algo, luego vi a Diana. ¿Diana? Estaba con James gritando, alentándome, me derretí al ver su cuerpazo.

«Concéntrate», me dije mentalmente mientras vi a un jugador. Seguramente debía ser el reemplazo de la defensa, estaba solo, podía tirarle el balón, pero no tenía la confianza de que metiera el punto para hacernos ganar, no podía entregarle el balón si había una posibilidad de que no anotara y perdiéramos el partido.

Allá voy. No le di el balón, estaba completamente solo en esto, necesitaba llegar para anotar. No sentía mis piernas, solo veía cómo iba avanzando.

No pensaba, solo escuchaba mi propia respiración y el sonido del balón mientras corría, cada vez más rápido.

No vi venir a uno de mis enemigos, este se abalanzó contra mí, en ese momento pensé que todo estaría perdido y sería un fracasado el resto de mi vida. Pero no fue así, sucedió exactamente lo contrario. Cuando pensé que ya estaba todo perdido me agaché en el momento en que él había saltado hacia mí, pasando por abajo rodé y me enderecé enseguida para llegar. Todo el estadio gritaba y me alentaba, pero yo solo corría, corría, corría hasta que sin ni siquiera creérmelo había anotado un punto dándole la victoria a los Red Dragons.

Luego de eso todo el equipo se me echo encima, más las animadoras, que habían entrado a la cancha, todo eran sonrisas, risas y gritos alabando mi grandiosa jugada. Yo me sentía en el cielo, como si no estuviera realmente ahí. Ese día era el mejor día de mi vida. Lauren apareció de la nada, me sacó el casco felicitándome por lo bien que había jugado, luego me agarró del uniforme del equipo y me besó. Yo estaba tan absorto por todo que le seguí el beso ahí, enfrente de todo el instituto.

—¡Estás fuera! Te lo advertí, Ross.

No podía ser cierto lo que mis oídos escuchaban. El entrenador luego del partido me había llamado a su oficina para hablar de algo muy importante. El cretino me estaba sacando del equipo.

—Gané el partido, si no fuera por mí los Red Dragons hubieran perdido, un «gracias» al menos estaría mejor —le dije mirándolo confundido.

—Desobedeciste una orden.

Sabía que era cierto y que Whitey siempre cumplía sus promesas.

—No había nadie para darle el balón.

—Claro, ¿acaso tengo cara de estúpido? —Whitey estaba furioso. ¿Qué le sucedía?

—Mire, sin mí su equipo se iría hacia abajo. ¿Eso quiere?

—No te atrevas a hablarme de ese modo, niño, yo sé lo que hago y creo que el equipo estará mejor sin ti.

Solté una carcajada, esto debía de ser una broma.

—¿Sin mí? Sin mí eso no es un equipo, no ganarán ni un partido.

—Sin ti serán un equipo, contigo dentro no lo parecen, solo eres tú y el balón. Tu equipo no juega, solo juegas tú, Ross. Ese es tu problema, tienes un ego tan grande que hundirás al equipo y eso no lo voy a permitir.

—Váyase a la maldita mierda —le solté ya cansado con las estupideces que hablaba—, cuando me venga a rogar que vuelva a su equipo se va a arrepentir —le amenacé. Este se cruzó de brazos sonriendo, burlándose de mí.

Lo que más quería en ese momento era abalanzarme contra él y darle un puñetazo al anciano.

El lunes ya se le pasará —me dije tranquilizándome. El baile de primavera comenzaba en una hora.

—Me gustaría comerte —le planté un beso a Lauren cuando entró en la limusina blanca que había arrendado, además había invitado a venir conmigo a Steve y dos más del equipo con sus parejas, animadoras, por cierto.

Todos estábamos aprovechando de tomar alcohol, champaña. Ya que en el baile estaba prohibido, ya que éramos solo unos críos de 16 años, nos solían decir los profesores la semana antes para que ni siquiera intentáramos entrar con una botella.

—Estás guapísimo. ¿Te felicité por haber ganado el partido?

Ladeé la cabeza pensándomelo, esta soltó una risa colgándose de mi hombro y yo negué con la cabeza.

—No lo creo.

—¡Mentiroso! —me gritó—, pero te lo tienes merecido.

Se me acercó y me comenzó a besar, pude sentir que lo hacía con más deseo que otras veces, como si quisiera mostrarle a los que nos observaban que estaba locamente enamorada de mí. Para mí estaba bien, si ella quería aparentar que éramos los reyes del baile antes de tiempo, no había problema.

Luego de un momento Steve se aclaró la garganta interrumpiendo nuestra intimidad.

—Quiero hacer un brindis —levantó su copa hacia mí— por Tyler Ross.

—Por Tyler Ross —todos dijeron alzando sus copas y llevándoselas a sus bocas.

Llegamos al baile con algo de retraso, ya que preferíamos quedarnos en la limusina bebiendo antes de entrar porque los profesores estaban figoneando hasta por debajo de nuestros zapatos.

Lauren sacó un espejo de su cartera para ver si su cabello, su maquillaje o algo por el estilo estaban mal. Para mí estaba simplemente perfecta, el vestido era rojo, su cabello se lo había ondulado para darle más volumen, se le veía espectacular.

—Te ves bien, vamos —le comenté ya cansado, esta cerró el espejo y sin quejarse

esperó que abriera la puerta. Así lo hice y como todo un caballero le tomé de la mano para que saliera con la mirada de la mayor parte de nuestro curso puestas en nosotros. Algo de esperar.

El baile no estuvo mal, Lauren desapareció luego de sacarnos la foto juntos en la entrada, y por mi parte disfruté de ello bailando con un par de chicas y riendo con los del equipo. Por supuesto el comité periodístico me acechaba una y otra vez, ya que querían hacer un artículo sobre mí, y ya me tenían hartos. No se cansaban nunca, lo peor es que eran puros chicos con caras intelectuales y de sabelotodo que hasta llegué a alarmarme por si era una especie de epidemia y podía contagiarme. A eso llegó Steve espantándonos de una vez.

—Realmente son odiosos —comentó mi amigo cuando ya se habían ido.

—Dímelo a mí.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Prefiero ir a mi casa para la fiesta de verdad —le comenté. James y Mark ya deberían estar ahí preparándolo todo con chicas mayores, con solo imaginármelo sentía el impulso de dejar a Lauren plantada y largarme de una vez por todas.

—Luego de que te coronen rey, nos vamos de fiesta —me animó mi amigo.

Con Steve éramos los mejores amigos desde que entré a la secundaria hacía un año, era por decirlo así mi ayudante personal, sin él estaría perdido. Siempre me consigue lo que quiere y siempre está cuando lo necesito.

—¿Qué mierda pensaba Whitey cuando metió a ese novato al juego? —le pregunté al ver a ese chico que había estado hoy jugando reemplazando a Jason o Yerko.

—Ese “novato” es Simon Adams, entró al equipo al mismo tiempo que nosotros —lo observé atentamente, sin decir nada—. Apesta, nunca antes Whitey lo había puesto a jugar salvo hoy. ¿Por qué el interés?

—Porque su defensa es malísima.

Steve soltó una carcajada.

—Además es un perdedor, mejor olvídale que no creo que lo vuelvan a poner en el juego —me habló encogiéndose de hombros y dando un sorbo a su bebida—. Una fiesta y tomando soda, quien lo diría, damos lástima Ross.

Solté una carcajada, era cierto. Dábamos lástima.

Steve se despidió de mí cuando su pareja, una chica que me había ligado hacía unos meses, lo vino a buscar, guiñándome un ojo al darse la vuelta, yo le sonreí su-
biendo una ceja.

Así fue pasando la fiesta, yo no vi a Lauren desde que había desaparecido al comienzo y tampoco a Steve, luego de que tuve que bailar con su pareja y esta tampoco sabía dónde se había metido. De todas formas, bailé con todas las chicas que pude pero sin poder llegar a la primera base, pues si Lauren me veía me comía vivo. Así que me resté a hacer cortes y comportarme como un caballero.

Llegó la hora de coronar al rey y reina del baile, que no fue otro que el increíble Tyler Ross. Yo sonreí mirando a mi alrededor con una sonrisa de agradecimiento mientras subía al escenario. Al llegar ahí estaba Lauren, tan perfecta como siempre, mirándome sonriendo de oreja a oreja. La primera que coronaron fue a ella, esta se acercó hacia el micrófono para decir unas palabras.

—Gracias, gracias, gracias, gracias. No saben cuánto se lo agradezco, a todos ustedes por votar por mí, tienen que saber que les quiero a todos mucho, son lo mejor. Chau, pásenlo muy bien —su discurso fue... muy Lauren. Todos aplaudieron mientras ella daba una vuelta modelando su vestido para las cámaras y sentándose en una de las sillas que habían decorado como un trono.

Yo me resté a acercarme al micrófono, primero puse una sonrisa haciendo cara de tierno, donde todas las chicas soltaron un suspiro.

—No soy muy bueno con las palabras... y bueno... con los discursos —hice como si estuviera nervioso, pero realmente solo quería que esto terminara, sin dejar de lado que quería que todas quedaran locas luego de mi discurso y así en mi fiesta se tiraran encima de mí. Una que otra chica me gritó algo desde el público alentándome, mientras que los del equipo reían, pues sabían que era mentira—. Hoy el partido fue duro, pero conmigo hemos ganado—. Los Red Dragons aplaudieron—. Así que dos victorias para mí el día de hoy está genial, ¿no? —le guiñé el ojo a una chica con la que me había ligado hacía unas semanas atrás—. ¡Ahora, a divertirse! —todos aplaudieron, por supuesto miré solo a las bellísimas chicas que no me perdían la vista.

Sentí como el profesor de química me colocaba la corona y me fui a sentar con Lauren y estuvimos así unos segundos mientras nos sacaban fotos y luego despejaron la pista para dejarnos bailar a la reina y rey del baile de primavera.

Lauren me tomó por la mano y me lanzó hacia ahí, esta se colocó sumamente cerca mientras miraba a la multitud, no entendía qué pasaba realmente en su cabeza hoy, estaba... algo extraña. Pusieron la música típica cursi y nos movimos al vals de esta. Luego de un momento Steve se nos puso al lado con su pareja, y otras se

animaron. Cuando ya estaba todo el instituto bailando miré a Steve para desaparecer de una vez, pero este estaba besando a su pareja. Lauren en ese instante me dio un beso en los labios de improvisto. No desaproveché el momento.

Por fin habíamos podido salir de una vez con Steve del baile. Lauren quería acompañarnos, pero nos negamos, no queríamos cargar con una chica atrás mientras hablábamos de puras estupideces.

Nos bastamos a subir al auto de Kyle, que era uno del equipo, mientras que él volvía en la limusina hacia mi casa. Con Steve fuimos manejando como locos, él conducía mientras yo llamaba a Mark, que no contestaba, y luego marqué a James, que luego del quinto tono por fin lo tomé, y estaba borracho. Le dije que íbamos en camino y este ni me tomó atención, parecía que hablaba con alguien mientras lo hacía conmigo.

Al llegar a mi casa ya estaba hecha un lío total, la avenida estaba llena de coches, sin dejar de lado la música que se escuchaba a siete casas de distancia. Estaba ya llena de gente que entraba y salía. Con Steve salimos del coche y entramos.

—¡Enano! —me gritó James caminando hacia mí, borracho, levantándose en los aires con un abrazo—. Eres un ganador, te felicito.

Yo asentí algo sorprendido, todo esto me había dejado con la boca abierta. Diana estaba ahí atrás de James colgando de su mano, esta me abrazó cariñosamente felicitándome.

Estaba todo el instituto del curso de James y Mark, menos el mío, que seguía en el baile, por lo que no dudé ni un minuto en emborracharme y tirarme a algunas tías que estaban más que felices en aceptarme, ya que se habían quedado locas luego de verme marcar la última anotación. ¿Quién no?

En una hora con Steve estábamos en la isla de la cocina, yo me había tomado dos botellas de vodka y Steve dos cervezas y estaba que terminaba una tercera, los dos no podíamos parar de reír al ver a James en bóxer haciendo malabarismos con unas frutas. La mayor parte de las chicas estaban alrededor de él alentándolo, este era pésimo pero parecía que a ellas ni les importaba, solo admiraban su cuerpo. Sin pensarlo me saqué la chaqueta negra y luego la camisa blanca desanudando mi corbata, cuando quedé con el torso desnudo le arrebaté las naranjas y los dos nos tirábamos rápidamente las frutas haciendo malabarismos juntos, las chicas aumentaron alrededor, obviamente por mí. James y yo reíamos como idiotas cada vez que perdíamos el equilibrio y se nos caía alguna fruta.

Luego de un rato ya me había cansado del juego, mi cabeza daba vueltas y creía que iba a desmayarme, a lo lejos vi a Lauren y Steven, me acerqué a ellos y esta se me colgó de inmediato repartiendo besos alrededor de mi rostro y cuello, parecía que ella también estaba borracha, al hacer contacto con su boca.

—Enano —me gritó James desde dentro, que seguía con la misma pinta.

—Qué guapo, James —le dijo Lauren riendo.

—Cuando quieras. ¿En mi cuarto o en el suyo? —bromeó apuntándome. Lauren se sonrojó.

—Deja a mi novia en paz —le encaré, pero no pude evitar reír, el alcohol no me favorecía en ese momento—. ¿Qué quieres?

—Que vayas a comprar alcohol, ya no queda y sabes que esto se convertirá en la peor fiesta de la historia de los Ross si se acaba.

—¿Por qué no vas tú?

—Porque yo me voy a la universidad en unos meses, es a ti al que se le arruina la reputación si esta fiesta es un fracaso.

—¿Y Mark?

—No lo he visto, no molestes y anda, el tiempo es oro nene —me espetó moviéndome de un lado a otro. James estaba aún peor que yo.

Comencé a caminar hacia la puerta para salir de una vez luego de colocarme la camisa, si me apresuraba llegaría antes y no me perdería la fiesta, que estaba en su clímax. En el camino me encontré con jugadores del equipo que se animaron en ir conmigo.

Cuando iba a abrir la puerta en esta apareció ese tal... se me había olvidado el nombre, pero lo reconocí al instante, era él.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es nuestro jugador estrella —ni supe lo que estaba diciendo cuando todos mis amigos me miraban interrogantes echando un vistazo al chico que tenía delante de mí, que me miraba asustado y sorprendido—. ¿Cómo estás?

—Bien —logró decir tartamudeando.

—¿Bien? Me alegro —le respondí sarcásticamente y me acerqué a él empujándolo—. Sabes, casi me cuestras el partido de hoy, no te hagas el confundido, sabes perfectamente de qué hablo —le encaré; este me miraba con una mueca sin entender—. Si lo mal que jugaste se veía a kilómetros de distancia —unas risas por detrás me hicieron darme cuenta de que había llamado la atención de la fiesta.

Di otro paso hacia él, pero este retrocedió, no me contuve más y corté la distancia que nos separaba para tomarlo por la chaqueta negra que tenía puesta y levantarlo por los aires, a lo que este trataba de zafarse pero le era imposible. En ese momento todo mi enojo por lo que pasó con Whitey y que me habían sacado del equipo me vino de golpe y sin pensarlo le golpeé en la cara con todas mis fuerzas y cayó al suelo gimiendo de dolor. Una chica entre la multitud fue hacia él gritando como loca. No le di importancia.

—Fracasado —le escupí saliendo de una vez por todas de mi casa con los del equipo por detrás comentando lo que había sucedido, riendo y dándome cumplidos de lo bien merecido que se lo tenía.

Fui hacia donde guardaba Mark las llaves del jeep, que para mi sorpresa estaban ahí.

En un momento a otro estábamos todos volviendo hacia mi casa habiendo comprado unas veinte cajas con botellas de todo tipo de alcohol embotellado. Había sido una pasada.

Un bocinazo a mi lado me llamó la atención, estábamos en un semáforo esperando la luz.

—Tú —me dijo alguien del auto que estaba a mi lado. Veía algo borroso, por lo que no pude deducir quién era—. Sí, a ti te hablo, marica —ahí note que era el capitán del equipo adversario del partido de hoy más unos cuatro chicos más—. Te echo una carrera. ¿O tienes miedo?

Solté una risa.

—¿Quieres perder de nuevo? —le molesté haciendo sonar el motor.

—Eso lo veremos —fue lo último que dijo cuando aceleró.

—Mierda —solté poniendo mi pie en el acelerador al instante, no había notado el cambio de luz.

Los chicos por detrás me chillaban para que me apresurara, yo gritaba con toda la adrenalina subiendo por mi sangre. La mezcla de mi borrachera más mis compañeros gritándome en el oído y la presión de ver el auto de mi enemigo a unos metros más adelante me volvió loco, no iba a dejarlos ganarme, nadie podía conmigo. Nadie iba a ganarle a Tyler Ross. Hice algunas maniobras y en un abrir y cerrar de ojos estábamos en la misma distancia, los chicos bajaron las ventanas y comenzaron a fastidiarlos con insultos y escupiendo, en cambio ellos cerraron las ventanas, algo misteriosos,

susurrando entre ellos. No estaba seguro si era producto de mi borrachera o estaba sucediendo realmente, cuando sentí que golpeaban el lado izquierdo en donde estaba manejando.

—Ross, están tirándose encima —gritaba uno de mis compañeros en mi oído.

Ahí me di cuenta de que no era mi imaginación, el maldito hijo de puta estaba haciendo trampa. Me seguían golpeando el coche y yo me abalancé hacia ellos. Si estos iban a jugar sucio pues yo también.

Hubo una serie de golpes, por parte de ellos y en respuesta por mí, la avenida estaba a unos metros más para acabarse. Y seguíamos en empate.

No sé cómo paso ni lo recuerdo bien, lo último que escuché fue el grito del copiloto cuando el coche se salió de control al impactar el golpe que me dieron mis enemigos. Traté de mover el volante y tomar el control, pero me fue imposible, nos fuimos hacia la derecha y en un intento fallido me traté de dar la vuelta, pero el coche se fue hacia abajo y terminamos dando giros. Un golpe en mi cabeza de un dolor infinito, como si una persona tomara una piedra y me golpeará ahí cientos de veces, me hizo perder el conocimiento. No escuchaba a mi alrededor, solo sentía que volaba por los aires, perdiendo el juicio.

Abí, justo abí, mi vida había terminado para siempre.

En las películas siempre mostraban primero una película o flashback de tu vida donde pasa por tus ojos recordando cada momento especial, como tus primeros pasos, tu madre cantándote una canción, tú y tu novia y bla bla bla, o si no era el caso un camino oscuro y una luz a lo lejos, donde si caminas hacia abí realmente estarás muerto. Pero a mí no me sucedió ninguna de las dos cosas ni nada parecido. Solo sentí que caía, caía en un vacío, sintiendo lo mismo que cuando subes a una montaña rusa y crees que tu corazón va a salir volando en cualquier momento.

No veía ni escuchaba nada, solo esa sensación de caer una y otra vez.

Algunas personas podrían estar agradecidas por haber muerto, ser un alma libre, vivir de cierta manera para siempre en un lugar de tranquilidad y paz, pero sinceramente en ese momento lo único que deseas es volver atrás y hacer las cosas de manera muy distinta. Te arrepientes de todos los errores de los que antes no te habías dado cuenta y que ahora eran tan evidentes, errores que

ahora no podías remediar, ya que era simple. Estabas muerto. Todos los logros y metas que te propusiste ya no iban ser cumplidas, todos esos sueños con los que te despertabas cada mañana estaban tan muertos como tú.

Ese fue el momento cuando vi que mi vida había acabado, o eso era lo que yo pensaba.

Porque aunque suene loco, la vida me había dado una segunda oportunidad, o eso creí en un principio...





CAPÍTULO 2

¿UN FANTASMA?



Me desperté por el sonido de la puerta, no quise abrir los ojos, tenía un sueño tremendo, como si no hubiera dormido en semanas. Pero estaba durmiendo en el suelo, así que no tuve más opción que levantarme. Abrí los ojos y me di cuenta de que esta no era mi habitación, ni la de James, ni Mark. Esta no era mi casa. ¿Qué sucedía?



Los recuerdos de ayer llegaron justo en ese momento en mi mente, el partido, el baile, la fiesta y la carrera donde esos malditos bastardos nos habían hecho dar vueltas por la calle. Me revisé al instante el cuerpo a ver qué me había dejado, pero estaba perfectamente. Me llevé la mano en la cabeza, donde me acordaba que había sentido un dolor terrible. Pero como había dicho, estaba perfectamente.



Todo debía de haber sido un sueño, nada del accidente debía haber sucedido. Seguramente me había acostado con esta chica... Descarté eso de mi mente, por una extraña razón estaba vestido con mi traje de la fiesta. Me encogí de hombros, quizás me había quedado dormido antes de acostarnos.

Miré a mi alrededor, la habitación era pequeña, con una cama al medio de dos plazas. Unos cuantos pósteres de... no tenía ni la menor idea. Una repisa con libros, muchos libros. Fui hacia su escritorio para ver una foto que estaba en un marco puesta en la pared, en esta se podía ver a una niña pequeña, con sus dos padres, por supuesto. Esta debía de tener en la foto unos once años, su pelo color negro, más bien café oscuro y sus ondas no se notaban mucho, ya que lo llevaba corto, de cierta manera podía percibir con tan solo verla que era una foto familiar feliz, no forzada, como las cientos que colgaban en su casa, donde en todas yo, Mark y James teníamos que



sonreír obligatoriamente para disimular que éramos una perfecta familia. La chica tenía unos ojos azules claros, me la quedé mirando intrigado, Esa debía ser la chica de la habitación donde me había despertado, sin lugar a dudas.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, me giré para ver a esa chica que estaba entrando con paso rápido. Me quedé boquiabierto. Era pequeña, pero con la toalla que tenía alrededor del cuerpo podían verse sus curvas y sus piernas, que no estaban nada mal. Después su cabello castaño oscuro, ondulado y mojado, le caía por la espalda, lo tenía largo, no como en la foto, y sin olvidar que no era una pequeña de once años, sino una adolescente que parecía ser un año menor que yo.

Esperé ahí, regalándole mi mejor sonrisa, pero esta ni se dignó a mirarme y fue hacia su armario.

—Hola —dije acercándome finalmente hacia ella, pero esta miró hacia los lados y se encogió de hombros volviendo a su trabajo y haciendo un desorden su armario.

¿Qué estaba sucediendo? Me quedé ahí parado detrás de ella, pero esta hizo como si no existiera.

—Soy Tyler Ross, no recuerdo muy bien lo que sucedió anoche. ¿Podrías ayudarme?

La encaré mirándola directamente a los ojos, pero esta estaba muy ocupada en su armario. Me sentí ignorado, algo que nunca antes me había sucedido y sentí cierta desesperación dentro de mí. Esta ya al tener su ropa se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Cuando esta estaba moviendo el picaporte para salir de ahí, fui hacia ella y quise cerrar la puerta para que me diera respuestas de lo que estaba sucediendo. Horrорizándome al instante tirándome al suelo. Tenía que estar loco, esto no es posible. No es posible, no es posible, no es real. Solté un chillido pasmado.

Me quedé en una esquina mientras la chica salía de la habitación sin ni siquiera echarme un vistazo. Levanté mi brazo y miré mi mano, que hacía unos segundos había tratado de cerrar la puerta, pero en cambio esta la traspasó como si fuera una especie de fantasma.

Mi corazón iba a mil y no entendía qué sucedía. ¿Qué me estaba pasando? Estaba horrorizado, asustado. Esto debía ser un sueño, traté de pellizcarme, pero fue en vano. Traté de calmarme, mi respiración estaba agitada. Comencé a pensar en todas las opciones posibles y la única que quedó como la más cuerda era que mis hermanos me habían montado una broma como las que muestran en televisión.

Comencé a reír mientras gritaba que ya era mucho, que los había descubierto. Pero solo había silencio, un silencio que me puso nervioso.

—Vamos, chicos, que la broma ya la descubrí —gritaba mientras me paseaba de un lado a otro, exasperante. Los iba a matar cuando los viera.

Luego de unos minutos en los que miraba la puerta me animé a intentarlo de nuevo. Me acerqué con las dos manos para abrirla. Para mi sorpresa mis manos la traspasaron como una de esas películas de los X-men donde estoy seguro de que había una chica que podía traspasar las paredes.

Oh no, era un mutante. Me horroricé mirando mis manos a punto de tener un infarto. Pero si lo era, necesitaba ir a la casa del profesor... ¿Cerebro? ¿Pero dónde? Los nervios me comían y no sabía qué hacer, pero necesitaba salir e irme a mi casa, me sentía perdido. Inhalé y cerrando los ojos corrí hacia la puerta teniendo la esperanza de que iba a chocar contra esta y todo iba a volver a la normalidad. Pero en cambio la traspasé sin sentir absolutamente nada.

Estaba en un pasillo pequeño, caminé hacia el vestíbulo. Al pasar por la puerta del baño vi a la chica secándose el cabello ya vestida. Le eché una última mirada y me dirigí hacia la puerta de entrada. Está cabreada conmigo o realmente además de mutante soy invisible.

Traté de abrir la puerta de salida como un acto reflejo, pero nuevamente la traspasé como si mi piel fuera transparente. Salí hacia fuera, era sábado por la mañana y el día no era tan caluroso como pensaba, pero yo no sentía nada. En cambio, estaba perfectamente. No tenía ni la menor idea en donde me encontraba, el barrio se veía peligroso y pobretón. Caminé por la calle buscando a algún taxi para que me llevara a casa, no me tenía mi celular en mano. En la calle la gente me ignoraba, pero me resultó extraño que las mujeres ni me echaran un vistazo. ¿Qué estaba sucediendo?

Por fin vi un taxi y levanté la mano para que me viera, pero en cambio este siguió sin ni siquiera mirarme. Me iba a volver loco. Al fin llegué a mi avenida. Había estado caminando una hora luego de que alcancé a subirme a un bus que me dejó a unas calles. Iba caminando a mi casa cuando vi el auto de James, que iba desenfrenado hacia el lado opuesto de la casa, pude ver su expresión en su rostro, serio y preocupado. Le grité con todas mis fuerzas para que me viera, pero como todos en este maldito día yo era totalmente invisible. En ese momento me di cuenta de que las cosas iban mal, algo iba terriblemente mal. Corrí con todas mis fuerzas a mi casa, algo había sucedido. No

todos los días se veía a James Ross a primera hora de la mañana conduciendo con un rostro serio. Algo iba mal, no cabía duda.

Al entrar a mi casa, ya sin siquiera tocar la puerta, solo la traspasé corriendo, me encontré con la casa vacía, no había ni una alma en ese lugar. Solo un desastre total de la fiesta de ayer. Corrí a mi habitación para cambiarme y darme una ducha, pero me fue imposible. Al tratar de tomar algo del armario mis manos no podían tomarla. Fui a la ducha pero ni pude prender el grifo. Fui hacia mi cama y me tumbé, al menos cuando estaba en el suelo no lo traspasaba. Me acurruqué y me quedé profundamente dormido con una preocupación que me carcomía por dentro, pero no podía hacer nada al respecto, solo esperar que alguien llegara a casa.

Unos gritos del primer piso llamaron mi atención, me desperté de golpe y me limpié la baba que caía por mi boca. Corrí hacia el primer piso, necesitaba saber qué estaba ocurriendo. Ahí encontré a James y Mark, la escena era perturbadora. Mark estaba sentado en uno de los sillones de cuero mientras que James estaba tomando una cerveza con una cara horrible tirado en una esquina.

—Si hubiera estado aquí, esto no hubiera pasado —decía Mark tomándose el pelo y esta vez tratando de arrancárselo. Su voz sonaba quebrada y débil.

James ni le contestó, solo se llevó la cerveza a los labios mirando al vacío. Yo no tenía ni la menor idea de lo que estaban hablando.

—Alguien le golpeó el coche, cuando encuentre a esos hijos de puta...

—¡No! Entiende que aunque lo hagas no va a devolver a Tyler —le interrumpió este gritando desesperado.

—¿No me va a devolver de dónde? —les pregunté acercándome a Mark.

Pero no hubo respuesta. Los dos, al igual que la chica esta mañana, me ignoraron. Ya estaba cansado de esto, me acerqué hacia Mark y me planté justo enfrente.

—¡Al menos les haré pagar por lo que le hicieron! —le rugió James fuera de sí. Pudo notar cómo Mark se enderezaba y para mi sorpresa pasó por mi cuerpo dirigiéndose al segundo piso. Yo me quedé helado, ni siquiera mis hermanos me veían. Y Mark Ross me había traspasado, como si yo no estuviera ahí. Esto no podía ser posible.

Ya no había excusa. Como la chica en la mañana, que podía creer que me estaba ignorando, pero Mark no era de esos y James también estaba ahí. Fue como si el mundo se me cayera encima, caí al suelo pasmado. No puede ser posible, esto no es real. Volví en mí cuando James se enderezó y la botella que tenía la lanzó a la pared, estallando en mil pedazos.

—Enano estúpido —dijo tirándose nuevamente a la pared, pero ahora cayéndole lagrimas por las mejillas.

Mis ojos no podían creer lo que estaba viendo: James el casanovas, el rudo de los Ross, estaba llorando justo enfrente de mis ojos.

—¡Estoy aquí, James! —gritaba ya descontrolado; estaba asustado, no sabía qué estaba pasando, qué había sucedido y menos de qué hablaban James y Mark.

Pero como debía suponer, ni notó mi existencia. Todo era demasiado para mí, era demasiado extraño, demasiado anormal. Una furia se apoderó de mí y fui hacia James tratando de golpearlo, tratando de que uno de los golpes lo sintiera y pudiera verme de una vez por todas. Pero fue inútil, James estaba intacto. Esto era una terrible pesadilla.

—¡Por qué! ¡Por qué! —sollozaba James apretando los puños— por qué nos dejaste... por qué tuviste que irte...

—¿Irme a dónde? ¡Que no ves que estoy aquí! —gritaba.

Por la cocina apareció Martha, la del servicio. Estaba, al igual que mi hermano, con los ojos hinchados y a punto de echarse a llorar nuevamente.

—Vamos, señorito James —esta lo pescó para que este se levantara. En ese momento me quedé sorprendido al ver cómo James abrazó a Martha llorando desconsoladamente—. Todo va a estar bien, las cosas pasan por algo.

—La vida no es justa, no es justo —se lamentaba este—. Tyler no tenía por qué haber muerto.

Me quedé de piedra. ¿Habi... había di... di... dicho mu... mu... muer... muerto?

Ya no estaba en esa sala, estaba muy lejos de estarlo. Al escuchar lo que había dicho James me quedé ahí, congelado. Mis piernas no las sentía y mis brazos menos. Lo único que escuchaba era el latir de mi corazón. ¿Tenía corazón? ¿Esto era morir? ¿Vagar como un fantasma para el resto de mi vida? Cualquier persona que estuviera en mi lugar podría reírse y creer que es todo un mal sueño, pero yo ya lo había comprobado. Esto no era un sueño, ni mucho menos una broma. Esto era real, aquí y ahora. Esto me estaba sucediendo y no podía ni moverme.

«Tyler no tenía por qué haber muerto», se escuchaba una y otra vez como un disco rayado. Estaba muerto, así de simple. Y ni siquiera me había podido despedir. La última vez que vi a Fernando fue hace dos días cuando había llegado a casa y quería contarle que al día siguiente tenía el partido más importante de la temporada, pero él como

siempre estaba hablando por su teléfono móvil. Luego a Mark cuando se fue de casa ayer por la mañana y James cuando me había pedido que fuera a comprar alcohol.

Con tan solo 16 años mi vida ya había acabado. ¿Pero... por qué estaba ahí? ¿Por qué había despertado en casa de esa chica?

Tenía que salir, necesitaba aire, aunque estaba muerto y sabía que sonaba muy estúpido. Pero eso quería, quería sentirme vivo. Traspasé las paredes de mi casa hasta que llegué a la calle y comencé a correr sin rumbo, estaba en mitad de la calle corriendo para poder sentir cansancio, poder sentirme como un ser humano, pero no lo era. Ya llevaba kilómetros de distancia y no estaba cansado. Tampoco sentía hambre.

Por las calles estaban las personas caminando sin verme, sin ver a un chico de 16 años que corría en la mitad de la calle traspasando toda clase de coches que se le venían encima, como si fuera la cosa más normal del mundo. Como si fuera normal que una persona muriera y al día siguiente vagara por la tierra como un fantasma.

Necesitaba respuestas y las necesitaba ahora. Y sabía perfectamente dónde tenía que ir en ese momento. No me acordaba bien, pero se podría decir que mi instinto me guió hacia donde todo había comenzado.

El coche de Mark seguía en el mismo lugar del accidente, destrozado por completo. Olía a alcohol por todos lados, luego había una cinta donde decía «peligro, no acercarse». Habían cerrado esa parte de la calle, por lo que había un tráfico enorme. Ahí había unos cuantos oficiales sacando fotos y cosas por el estilo, pude ver como al lado del piloto había un charco de sangre seca en el suelo, más una línea blanca que trazaba un cuerpo medio salido por el parabrisas.

Me quedé sin aliento, esa línea trazaba mi cuerpo. Aparté la mirada y fui a escuchar lo que hablaban, al menos tenía una ventaja de toda esta pesadilla.

—Pobres chicos, al menos solo uno murió.

—La adolescencia de hoy no veía un accidente de esta magnitud en años —habló uno de los oficiales mientras sacaba un par de fotos hacia el coche.

—¿Sabes? El padre es Fernando Ross, el que se presenta de alcalde.

—Con esto, dudo que la gente quiera votar por el padre del hijo que casi mató a cinco adolescentes.

Bajé la cabeza reflexionando. Además de morir le había arruinado la carrera a mi padre. No quise quedarme ahí ni un segundo más a escuchar la conversación de esos dos idiotas, me encaminé sin rumbo por las calles. Me sentía solo y confundido. No

podía hablar con nadie, además de que no podían verme y no entendía qué sentido tenía. Necesitaba respuestas, pero no sabía dónde encontrarlas.

Al pasar el rato vagando por la ciudad sin rumbo empezó a anochecer, yo ni me había percatado de dónde estaba hasta que una luz en un departamento me llamó la atención. Era la casa de esa chica. Me vino una idea a la cabeza. Si había despertado en su cuarto era por algo, algo pasaba con ella. Tenía que tener algo que ver con lo que me estaba sucediendo ahora.

Entré al apartamento, este estaba algo desordenado, había peinetas, productos para el cabello, set para las uñas y cosas típicas que Lauren siempre llevaba consigo esparradas por todos lados. Ahí vi a una mujer que rodeaba un poco más de treinta años, algo joven, que me extrañó. Esta tenía el cabello del mismo color que esa chica, pero alta. Estaba con unas pinzas en el cabello y estaba arriba de la isla de la cocina miniatura pintándose las uñas del pie con sumo cuidado. Era la madre, la reconocía de la foto.

Esta, como todo el mundo, ni notó mi existencia. En ese momento apareció la chica que ahora llevaba unas gafas enormes, haciendo que sus ojos azules ni se notaran. Vestía un chaleco enorme de lana que le llegaba hasta un poco más abajo de los muslos. Llevaba en la mano derecha un teléfono. Venía con la boca abierta y una expresión indescifrable bajo esas gafas, pero podía notar lo tesa que estaba. Se le escapó el móvil de la mano impactando con el suelo, a lo que su madre se giró notando la presencia de su hija.

—Mamá —tartamudeó ella temblando.

Su madre en menos de un segundo estaba a su lado preguntándole qué le sucedía, alarmada.

—Era Simon, me... ayer... es... no... hoy... o sea... ayer... — iba tartamudeando, yo estaba mirándola con toda mi atención.

—¿Qué sucede, Haley? —su madre la tomó de los hombros para que esta reaccionara.

Así que Haley se llamaba esa chica.

—Tyler Ross está muerto —soltó hablando rápido y al terminar se llevó una mano a la boca sin poder creérselo.

Muerto, muerto, muerto, muerto... tan raro sonaba que no me encajaba en la cabeza. Me negaba a creerlo. Aunque ya todo lo que había pasado este día dijera lo

contrario no podía ser posible. Si estaba muerto ¿Qué hacía aquí? Y si realmente este era el mundo de los muertos, ¿dónde estaban los demás? Me negaba a pensar que había muerto, aunque en realidad una parte de mí lo sabía de todos modos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Haley... no había escuchado nada —un silencio en que su madre la miraba y luego bajaba la vista al suelo con los ojos alarmados, mientras que esa chica... ¿Haley? Seguía inmóvil con la vista clavada en el vacío.

—Simon dijo que fue ayer en la... fie... s... lue... le choca... ron... y... se... ¡Ay mamá! —a Haley se le quebró la voz y avanzó donde su madre reconfortándose en sus brazos, mientras yo la analizaba tratando de recordar si la había visto alguna vez.

Su madre se la llevó hacia una silla que había en la cocina. Y fue en busca de un vaso de agua, que le entregó a Haley mientras que a esta le caían lágrimas por las mejillas. Yo, que quería saber con lujo de detalles mi muerte —volqué los ojos sin creérmelo—, me encaminé para sentarme arriba de la isla pequeña que tenían en la cocina mirando a Haley y su madre. No me iba a perder por nada del mundo la historia. Pasó un largo momento en que Haley seguía llorando y estaba que me iba a mi casa cuando por fin abrió la boca.

—Fue ayer, después de la fiesta. Creen que un auto le golpeó el coche y eso hizo que se produjera el accidente, otra versión dice que estaba tan borracho que empezó a jugar en medio de la calle y él mismo causó el incidente—. Esta al terminar tomó un bocado de aire y unas cuantas lágrimas más cayeron—. Pero nadie lo sabrá, ¿no? —se encogió de hombros.

Apreté mis puños, furioso, además de estar supuestamente muerto me creían un borracho que él mismo había ocasionado su muerte, estupendo.

—Creo que no deberían sacar suposiciones si solo ha pasado casi un día. ¿Alguien más resultó herido?

—No lo sé, el único muer... muerto fue Tyler.

Su madre estaba aturdida, se notaba en cómo movía el paño de cocina de un lado a otro, muy similar al de Martha.

—Qué tragedia.

Ya no estaba en la casa de Haley, al saber que madre e hija ya no iban a hablar más del tema me fui de ahí hacia la calle. Esa chica estaba destrozada por mi muerte, algo de suponer, ya que había llegado a la conclusión de que debía ir al mismo instituto.

Necesitaba pensar, necesitaba reflexionar, necesitaba un momento a solas, sin

nadie a mi alrededor que me recordara que no podía verme, ni oírme ni sentirme. Necesitaba sentirme normal por un momento en ese día, estando solo sin que nadie me molestara como cualquier adolescente de mi edad.

Entré a un callejón oscuro que había en la esquina del edificio de Haley. Me dejé caer en la pared y me llevé las manos a la cara para sostener mi cabeza, que en ese momento sentía que me pesaba un montón. Era extraño poder sentir el tacto con mi propio cuerpo, pero no con lo demás. Era extraño sentir que era una especie de fantasma cuando ayer era Tyler Ross, capitán del equipo de los Red Dragons, rey del baile de primavera y líder del instituto. Se sentía de cierta manera decepcionante, llegar a ser tanto y que de un día para otro todo se desvanezca de tus manos como si el viento te hubiera arrebatado un grano de arena de las manos, ya imposible de encontrar. Eso sentía en ese momento, querer algo que ahora era algo imposible.

Quería tener de regreso mi vida, pues no sabía cómo, pero estaba totalmente seguro de que cuando despertara mañana nada iba a cambiar. Ya ni tenía la esperanza de despertar y que todo volviera a la normalidad. Porque después de esto, después de toda esta mierda que había pasado hoy, estaba seguro de que no había sido una broma o un sueño. Era el presente, aquí y ahora. Y nadie iba a cambiarlo, ahora solo me tenía que restar a aceptar lo que estaba sucediendo y ver qué pasaba a continuación. Si tengo que ser un fantasma en la tierra, pues lo sería. Porque... ¿Qué podía hacer al respecto? Absolutamente nada.

Solo me quedaba esperar, esperar a que todo se volviera más claro y tener respuestas a todo lo que estaba pasando, porque sinceramente esto era una pesadilla horrible. Era algo que no iba a poder soportar. Y de lo que tenía miedo era pensar en que si duraría para siempre. ¿Lo haría?





CAPÍTULO 3 EL FUNERAL



Abrí los ojos instantáneamente, como si mi cerebro hubiera estado programado para hacerme despertar en ese instante. Me froté los ojos y abrí mis brazos para descansar unos minutos más, como hacía siempre en mi cama. Pero al moverme hacia un lado, caí en la cuenta de que no estaba en mi cama, estaba en un suelo que se me hacía bastante conocido. Miré a mi alrededor y sin poder evitar el impulso me tiré de los cabellos como lo había hecho Mark el día anterior. Porque me di cuenta de que, como había supuesto ayer, seguía siendo un fantasma. Una maldita alma condenada a vagar sin que nadie la vea ni la escuche.

Estaba en la misma habitación en que había despertado ayer, lo peor de todo era que yo no había vuelto a casa de Haley, sino que me había quedado en el callejón hasta que mi cuerpo no dio más. Así que... ¿Por qué había despertado nuevamente aquí? Estuve unos minutos haciéndome más y más preguntas, que venían una y otra vez a mi cabeza, pero unos ruidos provenientes de la cama, que estaba en medio de la habitación, llamó mi atención.

Era Haley, esa chica estaba frotándose los ojos recién despierta. Lo único que podía decir de su aspecto era que no había tenido una buena noche, su cabello era un intento fallido de trenza, pero esta se había desarmado a medias haciendo que se viera espeluznante. Luego sus ojos estaban hinchados y con una cara que no había dormido en años. Como decía Lauren, se podía decir que esa chica realmente era monstruosa.

HALEY

Sinceramente esa noche había sido la peor de mi vida, al saber que Tyler Ross había muerto. No podía creérmelo, era algo imposible. Pero cuando Simon fue explicándome con detalles lo que había sucedido no tuve más remedio que admitir la verdad. Estaba muerto, y aún no me cabía en la cabeza porque me importaba de esa manera.

Sí, era cierto, lo amo... o lo amaba desde que entré a la secundaria. Ya que fue el primer chico con el que hablé ese primer día de clases y con tan solo mirar su rostro había caído rendida a sus pies... y como ya dije, ese primer día fue el primero y el último en que notó mi presencia.

Lo peor de todo era que había muerto justo el día que había tenido el valor de hablar con él en el estacionamiento del instituto, esa mañana. Donde ni siquiera se percató de mí.

Al pensar en él mis ojos volvieron a aguarse, como lo habían hecho toda la noche. Saqué mi brazo de la colcha y alcancé la caja de pañuelos que había dejado en mi cómoda, tomé unos cuantos y me limpié las mejillas y la nariz.

Salí de mi cama, ya que no me gustaba estar mucho tiempo en ella, no me gustaba pensar mucho. Sinceramente mi problema era que no me gustaba pensar en mi vida, ya que no era nada interesante. Además, hoy no era un día en el cual me gustaría pensar mucho, en realidad quería tratar de olvidar, olvidar a alguien del que nunca estuve en su mente ni un instante.

Al salir me estiré, pues estaba toda adolorida. Había dormido seguramente en una posición incómoda y los músculos me dolían un montón, sobre todo en la espalda.

Fui hacia la cocina para prepararme el desayuno y ahí estaba un nuevo hombre, como todas las semanas.

—Hola, ¿cómo estás? —le pregunté neutramente, ni tan simpática pero tampoco una amargada total. Este era de cabellos rubios, algo poco usual pero no que me llamara mucho la atención. Lo peor de todo era que me hacía recordar a Tyler por su color de cabello.

Vestía en bóxer, y con el torso desnudo. Pero a mí ya ni me sorprendía. Este se me quedó mirando como si lo hubiera pillado cometiendo un crimen—. Soy la hija, Haley —le informé.

Este volvió en sí sonriéndome. ¿Cuántos años debía de tener? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Se me acercó para darme dos besos en cada lado de mis mejillas.

—Un gusto —¿Ese hombre era de España? Este se dio la vuelta para sacar unos huevos que estaba preparando—. ¿Quieres?

Yo asentí con la cabeza y fui a ocupar mi lugar en una de las sillas, en el camino tomé el libro que estaba leyendo y me lo llevé conmigo. Al sentarme abrí la página y para tratar de olvidar me adentré en la lectura.

Aunque trataba de concentrarme no podía hacerlo, era como si olvidara que estaba ahí en la cocina leyendo, ya que todos mis pensamientos estaban puestos en Tyler, en ese chico de cabellos dorados que tantas veces me había acompañado en mis tan dulces pensamientos antes de quedarme dormida y en más de una ocasión aparecía en mis sueños.

Solté un suspiro y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta. En ese momento levanté la vista, ya que ese hombre español se me acercó para darme huevo con tocino.

—Gracias.

Los pasos de mi madre me hicieron voltearme hacia la dirección de su habitación, esta estaba con su bata rosada y los cabellos mojados luego de una ducha. Esta al verme fue hacia mí con una sonrisa, aunque algo apenada, como si estuviera compartiendo mi dolor, como si de alguna forma lo entendiera. Se acercó y me besó la frente.

—Todo va a estar bien, cariño —me dijo al oído.

Yo no respondí, no estaba segura al cien por cien de si eso era cierto. Me resté a comer de mi plato, pero me dieron ganas de vomitar al notar lo salado que estaba. Sin que se percataran me los saqué de la boca y los tiré a mi plato.

Justo cuando mi madre y el español se dieron la vuelta a mi dirección fingí como si nada hubiera pasado.

—Alejandro, veo que ya has conocido a mi hija —habló mi madre, sonriéndonos a ambos. Yo volqué los ojos. Este era el tercer Alejandro que mi madre traía a casa este año.

—Tío, casi las he confundido, que son igual de bonitas las dos.

Mi madre soltó una carcajada, yo en cambio podría haberme reído, pero no estaba de ánimo, solo quería estar sola. Alejandro comenzó a besar a mi madre, a lo que esta le correspondió, yo bajé la vista al suelo algo incómoda. El beso fue largo, hasta que mi madre lo alejó de ella y este se disculpó, ya que su móvil comenzó a sonar y se fue hacia la habitación de mi madre. Anna se acercó donde estaba y se sentó al frente de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Claro —pude decir.

—¿Quieres que vaya contigo hoy?

—No, no te preocupes. Simon me lleva.

—Trataré de cambiar mi horario, quizás alguien cancele su cita y tenga una hora libre para pasarme por ahí.

—No, mamá realmente no es necesario.

—Lo sé, pero quiero estar ahí contigo.

Yo asentí, muy dentro de mí quería que mi madre me acompañara al funeral de Tyler y llorar en su hombro, pero sabía que no me atrevería a soltar ni una sola lágrima con todo el instituto ahí, con sus rumores y chismes. No quería formar parte de ello.

¿Qué dirían? «La cuatro ojos llora por amor platónico inalcanzable, pobre rata de biblioteca». Prefería ahorrarme toda esa basura y demostrar por fuera que era solo una más del montón que iba al mismo instituto que Tyler y que asistía solo por educación.

—¿Esto te lo preparó Alejandro? —mi madre me miraba con la boca abierta, yo volví a asentir—. ¿Cómo lo encuentras? ¿Apuesto?

—Le pongo un seis.

—Me conformo —sonrió esta quitándome mi tenedor y llevándose mi desayuno a la boca. Quise detenerla, pero fue muy tarde. Esta, al igual que yo, lo devolvió atragantándose, yo no pude reprimir una sonrisa. Realmente era gracioso. Anna tomó una servilleta y se la pasaba por la lengua mientras le venían arcadas—. Necesito jabón para lavarme la lengua —bromeó, aunque no estaba segura si era falso, porque con el gusto que tenía no me sorprendería para nada.

TYLER

El espectáculo que tenía enfrente de mis ojos era digno para grabarlo y colgarlo a YouTube. Este departamento era de locos, no sabía quién era peor que el otro. Haley, su madre o el rubio que parecía mujer por lo largo que llevaba el cabello.

Pude haberme ido desde que había despertado, pero no me apetecía ir a mi casa, quería olvidarme del lío en el que estaba. ¿Y qué mejor que analizar a esta chica, que tanto misterio me traía?

Primero me quedé en su habitación esperando a ver qué hacía. Esta comenzó a llorar de un minuto a otro, por una parte me sentí halagado, ya que seguramente era por mi muerte, pero por el otro lado me daba miedo la obsesión que tenía conmigo, ya que trataba de recordarla, pero me era imposible.

Luego la seguí a ver a dónde iba, ni me planteé tratar de abrir las puertas. Las traspasé como si fuera lo más normal del mundo y me subí al mesón de la cocina como lo había hecho ayer. Me tomó por sorpresa el hombre que había en la cocina, ya que no lo había visto el día anterior. Deduje de inmediato que debía ser el padre de Haley, ya que esta se tomó con toda tranquilidad encontrar a un hombre casi desnudo en su cocina. Pero lo descarté cuando le dijo su nombre. ¿Un padre sabe el nombre de su hija, no es así? Ya con todo este delirio en el que estaba no me parecería raro en absoluto.

Cuando Haley vomitó discretamente su desayuno al plato no pude evitar reír ante la escena. Al ver la comida deseaba poder metérmela en la boca, pero no por tener hambre, sino el hecho de hacerlo. Ser una persona común y corriente y no un estúpido fantasma insignificante.

Haley y su madre estaban hablando de ese hombre que se llamaba Alejandro. Estaba tan aburrido que sin pensarlo traspasé la pared para encontrarme en una habitación espaciosa, un poco más grande que la habitación de Haley, pero de todas formas no igualaba a la mía. En esta se encontraba Alejandro hablando por el móvil.

—Vale, cariño, vuelvo hoy a casa —decía este; yo lo miré sorprendido—. Vale, vale, no me pierdo por nada en el mundo la ecografía del bebé.

«Así que este se las trae», me dije. Había subestimado a ese español. El tan “apuesto” que hablaba la madre de Haley tenía a una mujer embarazada mientras que él se revolcaba con ella.

Me quedé mirándolo con admiración. Ese hombre era increíble.

HALEY

Me alegraba por mi mamá que estuviera así de contenta, pero como ya había pasado cientos de veces, lo más seguro era que este hombre le rompiera el corazón.

Mi madre me había tenido cuando tenía mi edad, a los dieciséis años. Le había sido duro, ya que nunca se casó con mi padre y este al yo cumplir un año se largó sin darle explicaciones a nadie. Simplemente nos dejó. Fue así como mi madre tuvo que luchar para que saliéramos adelante.

Me distrajo de mis pensamientos Alejandro, que volvió con una sonrisa hacia mi madre. Seguramente ese insignificante gesto había vuelto loca a Anna, pero en cambio yo solo me preguntaba: «¿A cuántas chicas les has sonreído de esa misma manera?». Pero lamentablemente en mi vida nadie me había sonreído así, ni nada por el estilo. Yo era lo contrario al amor, nadie iba a enamorarse de un ratón de biblioteca.

Cuando volvieron a besarse me escabullí para ir a mi habitación, necesitaba ver qué me pondría para el funeral de Tyler Ross. Necesitaba un vestido negro, aunque el día estaba que llovía, de todas formas debía ir elegante. No quería que la gente me notara. Ataqué mi armario, sacaba y sacaba ropa de este, pero nada, no estaba el vestido negro que había usado en el funeral de la abuela dos años atrás. Lo busqué por todas partes, pero había desaparecido. Abrí cajones, cajas, armarios, pero no estaba.

—Mamá, ¿el vestido que usé en el funeral de la abuela? —dije mientras me paseaba buscándolo por el departamento.

—Lo he donado —gritó desde la cocina.

—¿Es broma?

—Creí que lo odiabas —se disculpó ella.

Fui hacia la cocina sin creérmelo, ahí estaba ella con Alejandro, abrazados.

—¿Y qué me voy a poner ahora?

—Toma algún vestido de mi habitación.

—Mamá —refunfuñé. La ropa de mi madre era más bien... no mi estilo.

—Que te digo que vayas a mi armario, debo de tener miles de vestidos negros —me respondió mirándome autoritariamente como una madre.

Finalmente le hice caso, no quería entrar en discusión con un extraño en mi casa. Fui hacia su habitación y entré a su armario, que era enorme. El departamento solo contaba con dos habitaciones y un baño. Sí, era pequeño, pero mi madre al menos tenía un armario enorme donde podía guardar sus toneladas de ropa.

Ahí estuve al menos una hora tratando de encontrar lo que necesitaba, había cinco vestidos negros, pero descarté tres porque eran muy ajustados y solo quedaban dos y fui probándomelos.

El primero era con un escote enorme, por lo que lo descarté al instante. El segundo al probármelo me gustó enseguida. Me había sorprendido que mi madre tuviera ese vestido tan recatado, comparado con sus usuales vestidos. Este era negro, con cuello circular, mangas largas y algo ajustadas, y el vestido caía suelto pero no en exceso.

Me llegaba hasta más arriba de las rodillas, pero aunque fuera corto al ser así de suelto se veía perfecto para la ocasión.

Aproveché de sacarle unas medias oscuras, algo negras trasparentes, y unos zapatos negros sin taco. Me dirigí a mi habitación y dejé mis ropas en la cama. Y fui hacia el baño, necesitaba una ducha. Ahí me encontré a mí misma con una cara espantosa. Además de mi peinado, que se había desarmado.

TYLER

Sí, pueden encontrarme un asqueroso, repugnante, sucio e indecente hombre. Pero si era un fantasma, algo tenía que sacar de provecho en eso. Si nadie me veía qué más daba.

Esa chica todavía no se sacaba la ropa para entrar en la ducha y yo estaba esperando impaciente ver el espectáculo. Hacía un rato, cuando había estado con ella en la habitación de su madre, esta lamentablemente llevaba ropa interior bajo su pijama de ositos rosas, lo que me había decepcionado bastante. Pero también impresionado, porque su cuerpo bajo esas ropas no estaba nada de mal. Y el vestido negro le había quedado estupendo, había que decirlo.

Seguía esperando a que Haley se desvistiera, pero esta seguía mirándose al espejo para arreglar el desastre que tenía en su rostro. Sinceramente era un caso perdido, necesitaba una ducha, no arreglarse el cabello. Esta se sacó las gafas y yo ya sonreía impaciente. Sé que hace dos días había muerto y tendría que estar ahora gritando y volviéndome loco por lo que estaba sucediendo, pero ahora, en este instante, solo quería olvidarme de todo y disfrutar lo bueno que había en todo esto. Aunque sonara loco.

Luego se sacó la parte de arriba del pijama, quedando en sujetador. Yo la recorría con la mirada. Cuando iba a desabrochárselo, con la mala suerte que tenía, alguien tocó la puerta del baño haciendo que mis deseos se rompieran en añicos.

—Haley, es Simon, ha llegado y dice que van tarde al funeral.

—¡Qué! —gritó está abriendo la puerta del baño y corriendo a su habitación, olvidándose de que no iba con la parte de arriba del pijama.

Yo me tiraba los cabellos como lo había hecho en la mañana algo cabreado. ¿Por qué todo me salía mal? Mi vida era una mierda, sin lugar a dudas. Fui hacia donde estaba ese chico... ¿Simon? Al verlo me llevé una gran sorpresa. Ese tal Simon era el Simon que había golpeado antes de morir en la fiesta en mi casa y el tan malo jugador del equipo que casi me cuesta el partido.

Lo mire analizándolo. Era alto, no tan formado como yo y los chicos del equipo, era flacucho. Tenía los cabellos café oscuros y ojos azules. Se notaba que era el típico chico nervioso y con poca autoestima. No pude evitar sentirme orgulloso del moretón que le había dejado, todavía visible. Este estaba parado con las manos en los bolsillos, vestido al igual que seguía yo, con traje negro, camisa blanca y corbata.

Yo me crucé de brazos, parándome enfrente de él, como si estuviera intimidándolo, pero como ahora era invisible no servía para nada. Como estaba tan aburrido me acerque a él y traté de golpearlo. Cómo mi mano traspasaba su cabeza era lo bastante gracioso, hice eso con todo su cuerpo y este ni siquiera lo notaba, ni podría imaginar que Tyler Ross, el chico del que iba a ir a su funeral, estaba en ese momento enfrente de él. Por fin apareció Haley, ya lista.

—Pero qué cabello —ironicé en voz alta, primera vez que hablaba desde que había despertado, y se sentía tan extraño que nadie ni me miraba ni me escuchara.

—Hola, Haley —saludó Simon sonriendo, sonriendo de la manera más fracasada que había visto—. Te ves... —un silencio en el que Haley lo miraba esperando su veredicto— estupendo.

—Gracias, Simon, tú también te ves bien —le respondió está caminando hacia él y sorprendiéndome al ver cómo se colgaba en sus brazos para abrazarlo.

Yo desvié la vista mirando hacia alrededor, realmente no me interesaba ver cómo se abrazaban y se consolaban por mi muerte. En ese momento lo único que quería era llegar a mi funeral para ver a mi familia.

¿Cómo estarían todos? ¿James? ¿Mark? ¿Fernando? ¿Lauren? ¿Steve? Eso me intrigaba, ya que nadie espera poder ver con sus propios ojos su funeral.

HALEY

Me despegué de Simon algo avergonzada, no me gustaba que me vieran así de vulnerable.

—Lo siento, es que... — me quedé en blanco, Simon me miraba con toda su atención— no tuve una buena noche.

—Ya lo veo —me dijo burlándose del cabello, que seguía esparramado como un espantapájaros. Yo solté una risa, la primera desde ese día.

—Vuelvo enseguida —respondí y fui corriendo a buscar una peinetas para cepillarme el cabello.

Así lo hice y aunque no pude hacer gran cosa, ya que era un desastre, traté de disimularlo haciéndome una trenza hacia el lado. Al terminar ni me di tiempo para mirarme al espejo, ya que Simon ya llevaba bastante tiempo esperándome en la entrada.

Terminé y lo tomé del brazo, sacándolo de un tirón del departamento, grité a mi madre que me iba aunque no sabía si seguía en el departamento de todas formas.

Al salir hacia afuera pude notar que el día no estaba tan mal como creía, se veía que iba a llover pero no hacía frío en absoluto. No pude evitar pensar en que si los padres de Tyler Ross habían pagado para que lloviera en el funeral de su hijo.

TYLER

Tenía que ir siempre detrás de Haley y Simon, como por ejemplo cuando llamaron al taxi tuve que correr para poder entrar. Ya que caminando yo no me iba a ir a mi propio funeral, además que no quería llegar tarde y no era que existieran taxis fantasma para espíritus muertos como yo.

En todo el camino Haley miraba por la ventana suspirando, en cambio Simon miraba cada segundo a un lugar diferente, moviendo las piernas nervioso. En ese momento quería agarrar su pierna y dejarla quieta, me desesperaba. Al fin llegamos y ni esperé que abrieran la puerta, salí del taxi corriendo en dirección al cementerio. Quería llegar y ver cómo estaban todos.

Se podía decir que me era imposible estimar cuanta gente había, el lugar estaba lleno. Había cientos de sillas puestas en orden. Ahí había un sacerdote hablando. Fui corriendo hacia la primera fila buscando a mi familia, mientras que en el camino me topaba con los chicos del equipo que eran los únicos que no llevaban traje, sino que iban con el traje de los Red Dragons, lo que me hizo sonreír al verlos.

Al llegar por fin pude ver que en esta estaba mi padre Fernando con su elegancia intacta, su mirada igual que la de siempre y su postura autoritaria. Era como verlo todos los días, ni siquiera una mueca de tristeza en su rostro, algo que no me sorprendió en absoluto, pero sí me entristeció bastante. Era como si lo hubieran obligado a asistir al funeral y lo único que quisiera era irse ya de inmediato para tratar sus negocios.

A su lado estaba James con una mirada furiosa, estaba igual que el día anterior. Como si fuera a golpear a alguien en ese instante, a su lado Mark... Mark estaba con la vista clavada al suelo, como si quisiera desaparecer en ese momento. Al otro lado de mi padre estaba Kelly, mi madrastra, que estaba llorando desconsoladamente. Algo

que me extrañó bastante, esa mujer nunca estaba en casa, siempre se la pasaba con sus amigas y viajando por el Caribe.

Fui analizando a cada uno de ellos y me sentí alagado que estuvieran tan tristes por mi partida, ya que había que decirlo. ¿Quién no se pondría triste con mi muerte? Fui hacia el ataúd, que estaba enfrente de todas las sillas, y me subí a este. Mientras, contemplaba a todas mis admiradoras, que estaban llorando desconsoladamente por todo el lugar. No pude evitar sonreír, al menos esto no era tan malo como lo había pensado.

HALEY

El funeral había llegado a su fin y solo una lágrima cayó por mi mejilla cuando Mark Ross y James Ross se acercaron al ataúd y tomaron tierra dejándola encima de Tyler. También su mejor amigo Steve había subido adelante a decir unas cuantas palabras sobre su mejor amigo, aunque siempre tuve un nudo en mi garganta y las lágrimas querían salir, tuve que reprimirme. No iba a explotar al frente de todo el instituto, además... ni siquiera conocía a Tyler. No iba a montar una escena.

Su novia Lauren estaba en segunda fila al lado de Steve, y se había pasado llorando todo el funeral. Puede que solo sea por celosa, pero era tanto el escándalo que hacía que hasta llegué a pensar que solo lo hacía para llamar la atención. En fin, la cosa era que la gente ya se estaba volviendo a sus hogares, mientras que yo seguía ahí, parada sin tener el valor de caminar hacia su ataúd y hablar con él.

Simon estuvo siempre a mi lado apoyándome, él no tenía ni la menor idea de mi amor hacia Tyler Ross pero al verme así de frágil seguramente ya lo debe de haber deducido. Este en ese momento dirigió su vista hacia mí para irnos, pero yo le hice gestos para que fuera él y que yo iba en un minuto. Quería estar sola con Tyler. Ese era mi momento.

Caminar hacia ahí fue lo peor que pude haber hecho. Donde nos habíamos sentado con Simon era en las últimas sillas que quedaban, por lo que ir hacia su ataúd no era relativamente cerca, además que sentía la mirada de todo el cementerio puesta en mí, pero debía de ser mi imaginación.

Al llegar por fin ya no había nadie a los alrededores, por lo que pude soltar unas cuantas lágrimas sin que nadie lo notara.

—Hola —dije, y me sentí una tonta hablando con un muerto, como si pudiera escucharme —soy Haley Dickens, lo más seguro es que ni sepas quien soy —me encogí

de hombros, en verdad me sentía patética, pero debía hacerlo—. No sé por qué estoy haciendo esto, hablando con un muerto, pero necesitaba hacerlo, por mí.

En ese momento una gota de agua llegó a mi mejilla, levanté la vista hacia el cielo y justo en ese momento comenzó a llover. Mis gafas se mojaban y me bloqueaban la vista, me las quité y miré hacia el ataúd, tomando una rosa roja que había de decoración en las esquinas y la dejé encima de Tyler Ross.

—Adiós, Tyler —me despedí, como si realmente lo conociera. Algo que no pudo ser posible, ni antes ni en un futuro.

Me di la vuelta para volver, caminé unos segundos mientras la lluvia me empapaba, pero me daba igual. En ese momento no me importaba nada. En ese momento, aunque suene extraño y totalmente imposible, escuché la voz de Tyler, pero solo fue un murmullo. Me di la vuelta de golpe mirando hacia el ataúd, pero no había nadie, miré hacia los alrededores y el mismo resultado. Estaba segura de lo que mis oídos habían escuchado, pero estaba equivocada, las únicas personas que quedaban eran unos cuantos grupos a lo lejos.

No le di más vueltas al asunto y seguí mi camino, ya que solo había sido una broma pesada del destino.

TYLER

¿Me había escuchado? ¿Podía ser eso posible? Cuando Haley se había acercado al ataúd me sorprendió que me haya saludado, en ese instante creí que ella sabía que estaba ahí, que ella era la responsable de todo. Pero luego cuando siguió hablando me di cuenta de que solo era una chica que estaba enamorada de mí. Me quedé sentado escuchándola hablar, y cuando esta se despidió de mí no sé por qué razón le respondí «Adiós, Haley». Lo más seguro era que hubiera olvidado que era un fantasma y que no podía verme. Pero lo más extraño fue que esta se dio la vuelta mirándome fijamente, como si me hubiera oído. ¿Lo hizo?

Ni me dio tiempo de alegrarme, porque en menos de un minuto ella miró hacia los alrededores y luego siguió su camino. Yo sabía que me había oído, tenía que serlo. Si Haley Dickens me había oído era porque no estaba del todo muerto. ¿O sí?

En ese momento me di cuenta de que esto no había acabado, que todavía había esperanza. Una sonrisa enorme se puso en mi rostro y comencé a saltar de alegría.

Había una oportunidad de volver y algo que ver tenía esa chica, Haley.



CAPÍTULO 4
ENFRENTAMIENTOS



HALEY

Luego de salir del cementerio Simon me invitó a tomar algo, para subirme el ánimo. Pero no tenía ganas, y menos cuando mi cabeza estaba echa un lío por lo que había escuchado hacía unos minutos. Sabía que era una locura, pero mi mente se negaba a dejarlo pasar como si nada. De todos modos, ¿qué podía hacer al respecto? Si era cierto, ¿qué importaba? Estaba muerto, además, ¿por qué me hablaría a mí?

—Eh, tú —no hice caso, no me hablaban seguramente—. Sí, te hablo a ti, cuatro ojos —cerré los ojos rezando para que esas palabras no fueran dirigidas hacia mí y menos de esa chica en especial.

Pero como ya se dieron cuenta, soy Haley Dickens, y mis plegarias nunca son escuchadas, al parecer... Lauren Davis se acercaba hacia mí con los brazos cruzados y cayéndole lágrimas mientras que con su pañuelo blanco lo exhibía al mundo en su mano izquierda, ni se daba la molestia de limpiárselas. Al parecer quería que todos la vieran exhibiendo su dolor al muerto de Tyler.

Yo, al darme la vuelta y encontrarme con su mirada, sus ojos oscuros y sus pestañas largas, me intimidaba a cada paso que se acercaba en donde estaba.

Busqué a mi alrededor a Simon, pero este ya se había ido cuando me negué a acompañarlo. Estaba sola, desamparada; frente a la abeja reina, mientras sus súbditos me miraban con intriga esperando ver un espectáculo.

—¿Y... yy... o? —tartamudeé abriendo la boca para decir algo.

—¿Conocías a Tyler? —me cortó, soltándolo de una.

Sí, soy una chica inteligente. Creo que soy el mejor promedio de mi clase, pero para estas situaciones era como si cambiaran mi cerebro por el de una gallina. Me quedé en blanco, no sabía qué responder y sabía que el color de mi cara me iba a delatar en segundos. Por alguna extraña razón las palabras salieron de mi boca.

—Vamos juntos en Literatura, lo ayudaba de vez en cuando en los trabajos.

«¡¿Que qué?!», gritaba en mi interior sin creérmelo, pero mantuve la compostura. Estaba tensa y nerviosa, pero al parecer Lauren Davis se lo creyó todo, porque solo me dedicó de su tiempo unos pocos segundos, levantando sus cejas mirándome de arriba abajo, y luego se marchó dándome la espalda, y sus súbditos la siguieron sin darme la mayor importancia.

Cuando ya ni un ojo estaba puesto en mí, abrí la boca para soltar el aire que había quedado guardado en mis pulmones. La lluvia se había puesto más fuerte, y se me había olvidado que estaba en la entrada del cementerio mojada y con las gafas en la mano, ya que no podía ponérmelas con la lluvia encima. No tenía frío, pero sabía de todos modos que iba a tomar un resfriado.

—¡Haley! —gritó una voz familiar.

Miré hacia el lugar de donde provenía y vi a Alejandro conduciendo el auto de mi madre. Y está saliendo justo en ese momento con un paraguas a mi dirección. Esta también vestía un vestido negro, por supuesto ajustado.

—Perdón por el atraso. ¿Entramos? —me dijo esta cuando ya había llegado a mi lado.

Yo volqué los ojos, mi madre siempre vivía en otro planeta.

—Mamá, ya, se acabó.

—¿Cómo? Pero si son las... —miró su reloj que le colgaba en el brazo detenidamente—. Ah, malditos relojes con manecillas —se enfureció—. Lo siento, hija, mire mal la hora.

—No importa, estoy bien.

—Ay mi bebé, ven aquí —se me acercó y me rodeó con un abrazo maternal. Yo con toda mi fuerza me pegué a mi madre, necesitaba un abrazo en ese momento.

Mi madre era la única persona con la que podía estar de esa manera tras la muerte de Tyler, era la única que no sabía con exactitud que Tyler Ross no sabía que existía, en cambio con Simon no podía, ya que él no tenía ni la menor idea de mi amor hacia Tyler. En cambio, mi mamá sabía quién era, ya que ese día que me había hablado, ese

primer día en la secundaria, fui corriendo a contárselo a mi madre. Y bueno desde ese día ya ni le hablé de él, pero ella se acordaba aún de ese relato hasta el día de hoy, porque ha sido del único chico que le he hablado además de Simon.

—¿Día madre e hija? —me susurró al oído.

—Día madre e hija —acepté apretándola más a mí. La necesitaba.

TYLER

Qué conmovedora escena tenía enfrente de mí, madre e hija abrazadas. Yo estaba ahí, parado, mirándolas. No podía evitar pensar en mi madre. Mi tan preciada madre que no estaba en mi funeral. ¿Por qué? Porque había muerto por mi culpa el día en que nací.

No pude conocerla y menos después de su muerte. Cuando murió nadie me habló de ella, ni mi padre, ni Martha, ni James, ni Mark. Absolutamente nadie.

Por lo que no me quedó más remedio que aceptar que un cariño maternal no iba a formar parte de mi vida. «Y así fue», ironicé, ya estaba muerto.

Cuando estaba en el funeral, no pude evitar pensar en que si estaba muerto, ¿podría verla? Con todo lo que ha pasado estos dos días no me sorprendería en absoluto. Pero desgraciadamente, aunque estuviera, no sabría cómo reconocerla. No podría, porque no tengo ni la menor idea de cómo es.

Lo peor de todo esto era que estaba muerto, mi cuerpo estaba en ese ataúd. Porque tonto no era, cuando Haley se fue con Simon hacia la salida del cementerio se me ocurrió una idea. Entré al ataúd y ahí estaba, mi cuerpo perfecto, mi cara perfecta, mis músculos perfectos, mi traje perfecto. Blanco como el papel. Fue extraño, pero en mi situación todo lo era. Debía comprobar si había un cuerpo ahí. Y por desgracia ahí estaba.

Verse a sí mismo de esa forma era insólito, algo imposible de creer. Intenté unas cien veces, como había visto en una película, entrar en mi cuerpo. Quizás podía haber una posibilidad de revivir, salir de mi ataúd y bueno lo siguiente sería todo el cementerio corriendo y gritando como locos. Sin poder evitarlo solté una carcajada. Hubiera sido asombroso.

Pero como me ven, no hubo respuesta, no pasó nada. Entraba y salía, pero solo conseguía traspasarlo una y otra vez. Luego de rendirme, fui en busca de Haley, que estaba junto a Simon, hablando. Este quería llevarla a comer algo, pero esta se

negaba. Cuando Simon por fin desapareció me acerqué a ella, comencé a hablarle como un idiota para tener su atención. Pero nada sucedía.

Yo seguía gritando, saltando, traspasándola, pero no sucedía nada. Era invisible.

Me sorprendí bastante cuando apareció Lauren y empezó a fastidiarla. ¿Por mí? Me dio lástima el modo en que Haley se quedó en blanco cuando le preguntó si nos conocíamos. Yo no pude evitar susurrarle al oído que nos conocíamos porque íbamos juntos en Literatura y me ayudaba de vez en cuando en los trabajos. Algo que era cierto a medias, ya que me ayudaba, pero sin darse cuenta cuando le copiaba en las pruebas discretamente.

Y lo que me sorprendió fue que esas palabras salieron de su boca luego de habérselas susurrado al oído. Un tremendo «Guau» se formó en mi boca al ver pasmada la escena. ¿Podía ser posible? Me acerqué a ella nuevamente susurrándole al oído cosas, pero nuevamente luego de aquello volvía a ser invisible en todos los sentidos.

Estupendo.

Las dos seguían ahí abrazadas, por lo que desvié la vista a ver si encontraba a alguien conocido, pero ya la gente se estaba retirando. La única cara conocida fue Martha, la ama de llaves de mi casa. Verla sin su delantal, aunque no muy diferente por el vestido negro suelto que le llegaba hasta casi los tobillos, me sorprendió. Iba con un paraguas limpiándose unas cuantas lágrimas a la calle. ¿Martha llorando por mí?

Me quedé ahí, mirándola. Nunca me hubiera esperado que ella asistiera a mi funeral y mucho menos que estuviera triste por mi muerte. Esta dedicó su mirada hacia la entrada del cementerio y luego emprendió su camino hacia un auto negro que la esperaba, ese auto era del chofer de mi padre.

Había un almuerzo en casa. Tenía que serlo. Se me había olvidado que después de un funeral se hace un evento pequeño en casa del difunto. Y no me cabían dudas de que en mi caso sería un evento no pequeño sino enorme. Ni miré hacia Haley, no lo dudé ni un instante. Me metí al coche con Martha, no me iba a perder mi propio evento fúnebre.

En el camino era todo sumido a un silencio, al igual que en el taxi con Haley. Martha se restaba a mirar por la ventanilla o mirar hacia el suelo. En cambio, yo estaba algo nervioso. No veía el momento de llegar a casa y ver a mi familia, entera, ahí reunida por mi muerte.

Finalmente llegamos, fui caminando con las manos en los bolsillos hacia ahí. En la puerta estaba Kelly saludando a las personas que iban entrando por la puerta. Se le veía mejor que en el funeral, ahora sonreía y saludaba cordialmente. Pasé a su lado y le saludé. No esperé una respuesta, y tampoco hubo de su parte.

Al entrar había mucha gente, la mayor parte repartidos en grupos. Todo estaba perfectamente arreglado, jarros con flores por toda la casa. El negro lo cubría todo, lo que le era difícil reconocer especialmente a las mujeres que llevaban encima de la cara un velo elegante medio trasparente. Fui paseándome, reconocí a mi padre Fernando, que estaba hablando sentado en un sillón de cuero.

—Sigo en postulación de alcalde, primo. Esto fue una desgracia, pero aunque sea una tragedia no voy a dejar a mi ciudad de lado —dijo este manteniendo su postura firme y autoritaria.

¿Una desgracia por perder a tu hijo o perder votos para las elecciones? —me pregunté mirándolo sin creérmelo. Desde pequeño que siempre me preguntaba que si mi padre pudiera elegir entre su trabajo o yo, la decisión era clara como el agua. Al menos podía quedarme tranquilo en que nunca algo así podía pasar. Pero ahora, ahora sin ni siquiera haber tenido la opción de elegir entre aquello, se veía mucho más claro que lo que siempre había pensado era cierto.

—Se ve difícil quién ganará Fernando, Richard Grey en las últimas cifras te ha dejado abajo, pero nada que preocuparse.

Luego de escuchar aquello ni quise escuchar la respuesta de mi padre, me fui de ahí hacia el bar. Sabía que era inútil que pudiera tomar algo de ahí, pero era costumbre. Me senté en una de las sillas que estaban desocupadas.

—Un trago por favor, mejor dos —la voz de mi mejor amigo a mi lado me hizo sonreír—, que sean tres.

Lo miré, Steve estaba con la camisa a medio salir, el pelo desordenado y miraba a la mujer con su sonrisa de conquista que siempre usábamos.

—¿Puedo ver tu identificación? —yo solté una carcajada. La mesera debía de tener unos veintitantos y miraba a Steve como si fuera una hormiga.

Steve abrió los ojos sorprendido, se reincorporó acercándose más a la barra quedando a pocos centímetros de la chica de cabellos rubios.

—Mira... ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Holly.

—Mira, Holly, qué lindo nombre —le guiño un ojo—, acaba de morir mi mejor amigo, y no creo que traiga mi identificación encima. Si pudieras ser tan amable...

Holly se cruzó de brazos mirándolo de arriba a abajo, esta se dio la vuelta sin decir nada preparando seguramente los tragos. Steve también lo hizo dándole la espalda y sentándose en la silla a mi lado.

—¿Cómo estás, amigo? —le pregunté.

Este estaba mirando fijamente algo, le seguí la mirada y ahí estaba una foto de mí. Había unas cuantas. No pude evitar pararme del asiento y dirigirme hacia ahí. Había unas cuantas velas prendidas y unas flores.

Una era solo yo, era la más grande, la habían sacado para el periódico de Chicago hacía unas semanas sobre el capitán de los Red Dragons. Luego otra era todo el equipo y yo al medio sosteniendo el balón, luego una con Lauren, que me obligó a sacármela para tener una foto juntos, luego una con Mark y James en la cocina, que seguramente la tomó Martha sin darnos cuenta. Y la última era con Fernando cuando era pequeño, este siquiera estaba sonriendo, en cambio yo mostraba todos mis dientes en una sonrisa enorme. Creo que nunca me había visto sonriendo de esa manera, tan... natural.

A mi lado se colocó Steve, que tomó la foto que había pasado por alto, donde estábamos los dos en alguna fiesta en que aparecíamos pintados como payasos y con huevos aplastados por el rostro.

—Te extrañaré, Ross —dijo este tocando con su dedo pulgar la foto.

—Yo también, Fox.

Steve terminó de mirar la fotografía y se acercó a la barra para buscar sus tragos, estos eran tres y tenían un color rojo. Este al llegar le agradeció a Holly dándole algunos cumplidos y esta respondía con una sonrisa en su rostro.

Se llevó el primer trago a la boca y en menos de dos segundos lo escupió al frente de todo el mundo, este hizo una mueca de asco y se llevó el brazo para limpiarse la boca. Al terminar se acercó a la mujer, que estaba riendo.

—¿Qué mierda es esto? —le susurró solo para que escucharan él y ella, y bueno el fantasma invisible, que por supuesto era yo.

—Leche de frutilla para el pequeño, no se me autoriza dar alcohol a niños.

Steve ni la miró, salió de ahí enfurecido. Yo no pude evitar reír. La mesera sonrió orgullosa y luego siguió con su trabajo.

Alcé la vista hacia los alrededores, Steve se me había perdido cuando se puso a

hablar con Lauren, que estaba en un círculo con algunos del equipo, que daban vueltas por la casa, parecían zombis. Se me había olvidado completamente mi novia hasta que se plantó enfrente de Haley. Ni le había puesto mi atención en el funeral, solo le dediqué una mirada, pero luego nada.

Iba a ir hacia esa dirección para ver de qué hablaban, pero James llamó mi atención. Estaba hablando con mi padre en una esquina del salón, sin las miradas curiosas de nadie. Me acerqué a ellos de inmediato.

—No quiere bajar, se encerró en su habitación cuando volvimos del funeral.

—Eres su hermano mayor, solo te pido que lo hagas bajar.

—No quiere hacerlo.

—¿Y qué quieres? ¿Que siga mintiendo que viene en unos minutos? Estoy con la cuerda en el cuello, un error y estoy fuera de las elecciones. ¿Entiendes? Necesito que Mark esté aquí.

James no respondió, miraba a mi padre asintiendo en todo lo que decía, se podía notar cómo apretaba los puños. James quería golpearlo, al igual que yo. Pero lamentablemente, estábamos hablando de James Ross, el hijo de papá. Se podía decir que James nunca lo había enfrentado, para el Fernando era un dios. Bueno, yo y Mark no éramos tan diferentes, lo único que nos distingue es que no pasamos la mayor parte en la oficina de papá, ni queremos ser cuando mayores un político.

—Iré a buscarlo, no prometo nada.

—Anda ya.

Se separaron y mi padre se acercó a la barra donde había estado Steve hacía un rato. Iba a ir tras James, pero cuando escuché la voz de Fernando algo cariñosa, me volví a escuchar.

—No lo puedo creer... ¿Holly?

—La misma —respondió esta sonriendo mientras le entregaba un trago a un señor que saludaba a mi padre con un gesto sonriendo.

—No me lo puedo creer.

—Quería saludarte, pero no lo encontré lo más apropiado, ya sabes...

Ya no pude escuchar más de su conversación, mi mente estaba puesta en James y Mark. Era inusual ver a Fernando así de cariñoso con alguien. Pero no le di más importancia, necesitaba saber qué sucedía con mis hermanos. Llegué a la habitación de Mark y ahí estaba James afuera golpeando la puerta.

—Vamos, abre, Mark.

Yo sin dudarlo traspasé la pared, alguna ventaja tenía todo esto después de todo. Al entrar encontré todo desparramado por todos lados, la ropa estaba tirada en el suelo, libros esparramados por el escritorio, hojas rotas por algunos lados y Mark tirado en su cama a medio hacer con almudadas tapándole el rostro y con sus auriculares puestos en el máximo de volumen. Al menos no abría la puerta porque no escuchaba a James.

—¡Mark, abre! —gritaba James dándole puñetazos a la puerta.

Hubo una serie de golpes en la puerta en las que mi hermano Mark seguía en su mundo mientras James ya llevaba unos cuantos minutos ahí.

—Voy a derribar la puerta de una matada, uno... dos... no me hagas hacerlo, Mark, te lo advierto...

Pude notar cómo Mark se sacaba los auriculares mirando a la puerta, los golpes aún seguían. Este se enderezó y fue hacia ella.

—¿Qué quieres? —abrió la puerta de golpe.

—Están todos abajo, papá dice que bajen.

—No quiero —respondió este cerrándola en las narices de James, pero este le pegó una patada abriéndola de un portazo.

—Yo tampoco, pero es nuestro hermano, debemos bajar.

Mark se dio la vuelta y se acercó a James con un semblante que seguramente nadie en el mundo podría adivinar qué estaba pasando por su cabeza, su mirada era neutra.

Hubo en silencio en que ni uno habló, Mark y James estaban frente a frente, sus narices eran exactamente iguales, los dos se miraron, yo pensé que iban a abrazarse, pero en cambio James lo golpeó en la cara.

Mark se retorció en el suelo de dolor, mientras le sangraba la nariz. Yo miraba la escena estupefacto. Eso sí que no me lo esperaba. James, en cambio, se enderezó.

—¿Por qué fue eso?

—Eso fue por dejarme solo ahí abajo, no soy de piedra Mark... —con eso James desapareció de mi campo visual—. Yo también perdí a mi hermano.

Me quedé ahí mirando a Mark, que seguía en el suelo limpiándose la sangre. Este ni se levantó, se quedó ahí tirado en el piso mirando hacia el techo.

«Yo también perdí a mi hermano». No pude evitar que una lágrima cayera por mi ojo derecho. Sonreí como un estúpido y me quedé ahí, parado como un idiota asimilando lo que había sucedido.

Mark seguía ahí, tirado en el suelo. Seguramente pensando. Este vestía el mismo traje que en el funeral. Cuando James y Mark se acercaron a mí depositando tierra los saludé, quería que cambiaran esa expresión de tristeza en sus rostros y que supieran que estaba bien, que no estaba sufriendo, no físicamente de cierto modo. Que estaba ahí, mirándolos. Que seguía aquí, que algo había sucedido y que necesitaba hablar con ellos. Quería decirles tantas cosas, cosas que antes por mi orgullo nunca las hubiera dicho, como que los echaba de menos, que los quería. Pero eso ya no era posible.

Ahí me acordé de Haley, tenía que ir con ella. Necesitaba estar cerca de la única persona que había notado mi existencia de cierta manera. Era mi única salida, mi única esperanza.

HALEY

Había pasado toda la tarde con mi madre. Primero fuimos a comprar los suministros para el día madre e hija. Fuimos a un almacén que quedaba a unas calles del departamento, luego de ir a dejar a Alejandro a la parada de autobús.

Compramos muchos chocolates de todos los sabores, aunque odiaba el amargo. También tomamos todos los dulces que existían. Llevábamos una bolsa de cada uno y unas cuantas más de nuestras favoritas. Sin olvidar los helados. Mamá eligió su favorito, que era el de vainilla, yo en cambio amaba el de frambuesa.

Después de eso, fuimos a arrendar un par de películas. En este momento estábamos viendo *Siempre a tu lado*, y las dos llorábamos por el pobre perro que seguía esperando a su amo en el mismo lugar por meses. Yo aprovechaba de desahogarme con lo sucedido a Tyler Ross, por lo que lloraba como loca, y mi madre no se quedaba atrás. Ella era la más sensible de las dos.

—Hija, dame el amargo —me pedía Anna sin despegar los ojos de la película.

Yo me estiré pasándole la barra entera, esta se la metió en la boca sin ni una vergüenza. Yo, siguiendo su ejemplo, tomé la de leche y me la llevé a la boca.

—Voy a engordar kilos —dije lamiendo la barra.

—Estás delgada, además dímelo a mí. Yo voy a engordar un montón, ya me estoy haciendo vieja, Haley —hizo un puchero.

—Ya eres vieja —le recalqué para fastidiarla, esta me golpeo con un almohadón del sillón.

Yo solté un chillido.

—Irrespetuosa, solo tengo 32 años —respondió esperando que yo le diera la razón.

Pero no lo hice, seguí prestando atención a la película. Esta seguía mirándome amenazadoramente, pero yo ni me molesté en devolverle la mirada, estaba cien por cien segura de que mi madre era más inmadura que yo.

Terminamos de ver la película y mi mamá opto por ver una comedia para subirnos los ánimos. Al ver todo lo que estaba llorando se preocupó y me pidió disculpas por haber sido tan insensible al haber arrendado justo una película de muerte, pero ella no tenía por qué saber que el protagonista moría, no era su culpa. Por eso seguimos con ver una de Adam Sandler. Pero realmente me reí más por la risa contagiosa que de la película. Ya que no me daban muy bien las películas con comedia mitad porno.

No terminé de verla, ya que había decidido pasarme por la Iglesia. Quería ir, se podía decir que era católica, estaba bautizada y había recibido los sacramentos. Todo por mi abuelo, que era muy creyente y me llevaba cuando pequeña siempre a misa, y a mí me encantaba. Pero cuando murió hace tres años ya mi fe se había ido apagando poco a poco. Pero no completamente. Seguía llevando en mi cuello una cadena con una cruz. Me sentía desprotegida cuando no la llevaba conmigo. Además, pertenecía a mi abuelo, no podía despegarme de ella.

También necesitaba ir para poder rezar. Para poder tener un momento para mí en especial. Quizás todo esto se debía por la muerte de Tyler y de cierta forma era una llamada, una señal. No lo dudé ni un segundo más y fui a la ducha para limpiarme, no iba a aparecer como estaba, hecha un total lío.

Me había cambiado el vestido cuando llegamos con mamá luego de las compras. Llevaba puesta mi camisa de dormir, que era una camisa que me llegaba hasta los muslos, era muy cómoda, ya que me quedaba grande y realmente me encantaba.

Cuando iba a prender el grifo se me ocurrió una idea, para sacarme toda la tensión y mal estar preferí darme un baño en tina. Por lo que prendí el grifo para llenarla y fui a robarle a mamá unos frascos para hacer un baño de espuma.

Eso era justo lo que necesitaba.

Por mientras fui a mi habitación y fui a buscar mi celular, donde tenía unas cuantas canciones. Cuando ya estaba listo me desvestí y entré en la tina. Tomé mis auriculares y me sumergí en el agua con espuma, que estaba en la temperatura perfecta. Cerré mis ojos relajándome, me había hecho un tomate mientras. Primero sería la tina y luego prendería la ducha para lavarme el cabello.

Mientras escuchaba la música iba cantando la canción. Me encantaba cantar en el baño, pero solo ahí. En mi mente no podía dejar de pensar en Tyler, no salía de mi cabeza, y menos con lo sucedido esta mañana en el cementerio. Pero debía olvidarlo, tenía que hacerlo. Estaba muerto y punto. No lo iba a ver nunca más, nunca más iba ver esos rizos dorados, nunca más iba ver su rostro en Literatura, donde tantas clases me volteaba para verlo disimuladamente.

Me sumergí en mis pensamientos, que iban siempre al tema de Tyler. Pero me distraía más cuando empecé a soñar con él, típico cuando estaba aburrída, y cierro los ojos imaginándome una historia con él, que me habla con interés y me pedía una cita. Siempre me lo imaginaba, llegando al instituto y caminando hacia donde estaba, poniendo su vista fija en mí, como si fuera la única chica en el pasillo, en Chicago, en el planeta. Como si fuera el amor de su vida. Lo peor de todas esas fantasías era que cuando llegaba a clases me daba cuenta de que eso eran solo unas simples fantasías. Al menos ahora como estaba muerto podía hacérmelas sin desilusionarme, porque no lo vería más en brazos de Lauren Davis, al menos.

«Ya, basta ya, Haley, no es sano», me decía mentalmente, mientras me paraba para sacar el tapón de la tina y prender el grifo. Necesitaba lavarme el cabello. Dejé los auriculares fuera y mi celular para que sonara en todo el baño. Por una extraña razón mientras me enjuagaba el cabello empecé a sentir que alguien me observaba, pero al darme la vuelta no había nadie. Me empecé a poner nerviosa, sentía una y otra vez que alguien me estaba mirando, pero debían de ser imaginaciones mías, el baño era pequeño y lo revisaba y no había nadie. Además, ¿quién estaría?

No pude quitarme esa sensación de encima hasta que finalmente tomé la toalla y la envolví en mi cuerpo desnudo. Justo en ese momento la sensación desapareció totalmente.

¿Me estaré volviendo loca?





CAPÍTULO 5 LA HIJA Y LA MADRE



TYLER

No tenía ni la menor idea de por qué había acompañado a Haley a ese lugar, en realidad no sabía a dónde se dirigía, pero al ver la iglesia enfrente de mí no pude evitar volcar los ojos y preguntarme: «¿En serio?». Porque ya había asistido a mi propio funeral hoy, luego el evento de mi padre y ahora esto. Tenía que ser una broma.

Igual no tenía de qué quejarme, el agotamiento ya no era parte de mi vida. No estaba cansado físicamente, pero mi cerebro estaba que se me salía de la cabeza. Solo quería tirarme en un sillón y ver una película. Había llegado tarde a casa de Haley, ya que su madre iba en la mitad de la película esa de comedia, por lo que aproveché de tirarme un rato, aunque solo fueron unos minutos, ya que cuando escuché la ducha no lo dudé ni un instante. Una sonrisa triunfante se posó en mis labios. Al menos había ventajas de ser invisible.

Haley seguía ahí observando la iglesia, como quien mira una obra de arte. Sí, lo era. Pero no para tanto. Esta era enorme, era de arte gótico. Lo habíamos pasado en historia el año pasado. Esta era de piedra con largos picos hacia arriba. Sus ventanales de círculos con escenas bíblicas destacaban y le daban un aire algo infantil. Por alguna razón me gustaban.

Por fin Haley empezó a caminar para entrar. Dudé un instante en si entrar o quedarme afuera. Pero tenía que usar mi cerebro. Estoy muerto y soy un espíritu fantasma que vaga por la tierra, y ahora tengo la oportunidad de entrar a una iglesia. Si había un lugar más adecuado para encontrar respuestas, ahí era.



Además, Haley era la que se había encaminado hacia ahí. Esa chica era bastante impredecible, quién diría que el mismo día de mi funeral estuviera ahora entrando a una iglesia. Se podía decir que no era un chico miedoso, pero entrar a esa iglesia me ponía los nervios de punta. No sabía qué iba a encontrar ahí, ni tampoco estaba seguro de si alguna respuesta encontraría. Pero algo dentro de mí me decía que ese era el lugar. Ahí era donde pertenecía.

Arrastré mis pies hacia la entrada, Haley también estaba caminando lento. Dudando si quería hacerlo o no. Yo estaba igual que ella. No estaba seguro. Tomé todo el aire que pude y corrí como loco para traspasarla de una vez, si iba a hacer esto tenía que hacerlo de una. O si no, me arrepentiría. Pero no entré, aunque cueste creerlo.

Al impactar mi cuerpo en la puerta enorme que tenía enfrente, sentí un dolor tremendo en mi torso, cuello y cabeza. Caí al suelo rebotando por el golpe. Solté un grito por el dolor que sentí en mi cuerpo. Fue chocar contra un muro. Así de simple.

Mientras seguía lamentándome y llevándome una mano en donde me había golpeado entré en razón. No había traspasado la puerta, me había golpeado contra ella. Como cualquier ser vivo. ¿Vivo? ¿Era posible? Empecé a hiperventilar.

Sin dudarle me enderecé y fui nuevamente a la puerta. Con la mano temblando, la coloqué en la puerta. Pude sentir el tacto de mis dedos con la puerta de madera. Sentía, sentía como mis dedos la tocaban, no la traspasaban. Intenté hacerlo, pero no. Era como debía ser. Haley todavía no entraba, se había quedado mirando una estatua que había al costado. Yo me acerqué a ella, llevándome una desilusión. Intenté tocarla, posé mi mano en su hombro, pero la traspasé. ¿Qué estaba sucediendo?

Me volví hacia la calle corriendo nuevamente, no entendía nada. Me puse en mitad de esta y cuando vino un camión hacia mí, cerré los ojos y dejé mis brazos extendidos. Y como me lo suponía, no sentí nada. Al abrir los ojos, el camión ya había desaparecido a lo lejos. Seguía siendo invisible. «Quizás me lo había imaginado», pensó mi subconsciente, pero me negaba a creerlo.

Fui hacia las puertas de la iglesia, y nuevamente el mismo resultado. El tacto era evidente, no traspasaba esas malditas puertas. Luego fui hacia las paredes de piedra, al intentar cruzarlas chocaba contra ellas estrellándome en el muro. Lo intenté una y otra vez. Y el resultado era el mismo. ¿Cómo podía suceder que era invisible ante todo menos ante esa iglesia?

Volví a las grandes puertas y traté de abrirla, pero algo sucedía. La puerta no se

movía. Usé toda la fuerza que mis trabajados músculos de deportista me daban, pero fue en vano. Esas puertas no se movían, parecían pegadas al piso.

Cuando Haley se acercó en donde estaba, abrió la puerta como cuando uno toma una servilleta. Solo la tiró hacia atrás y ahí estaba. Me quedé ahí, intacto, viendo cómo la silueta desaparecía ante mis ojos. Haley había entrado y yo como un idiota no alcancé a entrar junto a ella, quedándome afuera. Estupendo.

Miré hacia mi alrededor, no tenía ni la menor idea de cómo iba a entrar ahí. Intenté unas cuantas veces más entrar, pero cada vez que corría hacia los muros me chocaba contra estos. Y luego de eso me quedaba como un enfermo sintiendo el tacto contra la muralla, no era mi culpa. Me había acostumbrado a no sentir el tacto de nada más que mi cuerpo estos últimos tres días y, ¿qué haría otra persona en mi lugar? Esto era lo único más cercano a una experiencia de un ser vivo que me había pasado. No podían culparme por quedarme como un niño pequeño tocando las puertas sonriendo como un idiota.

Luego de aburrirme de eso, pude notar que en el edificio de al frente había un gimnasio, y más de unas chicas iban entrando con ropa deportiva. Al menos sabía que en ese gimnasio no era necesario usar la puerta y podía deleitarme en el vestidor de chicas. No lo dudé y me encaminé hacia ahí, al menos tenía una distracción mientras esperaba a Haley que saliera de la iglesia.

HALEY

Ya estaba dentro, me había sido difícil tomar la decisión de entrar. Pero lo había hecho. Me encaminé hacia uno de los bancos de madera más cercanos y me senté. No sabía cómo empezar, no sabía qué hacer. Miré hacia el altar, que estaba enfrente, y mis ojos se volvieron al Jesús crucificado.

Tanto él había hecho por mí y como le había pagado devuelta. De todas formas no era una mala persona y lo sabía. Me comportaba en clases, sacaba buenas notas, trataba bien a mis compañeros —aunque ese trato no era mutuo—, hablaba con mi madre y me comía toda la comida. Por lo que había que decirlo: no era una chica mala. Pero de todas formas me sentía algo vacía por dentro, me sentía como si no encajara en mi vida. Pero aquí dentro, aquí en la iglesia, todo eso quedaba de lado. Ya no era la *nerd* cuatro ojos, ratona de biblioteca. No, no lo era. Era una persona como cualquier otra. Miré hacia mi alrededor y había unas cuantas personas en lo mismo que yo.

Me acordé de mi abuelo. Me acordé de las tantas veces que me llevaba a esta iglesia, y luego de la misa me iba a comprar un helado a la heladería. Él era increíble, mi madre era su única hija, por lo que cuando se quedó embarazada la apoyó en todo el asunto. Cuando mi padre nos dejó, mi abuelo tomó el papel de padre conmigo y no me soltaba nunca. Lo entendía, él había perdido a mi abuela y estaba solo. Además, en más de una ocasión me dijo que me parecía mucho a ella.

«Hola, abuelo, soy Haley. Sé que hace mucho que no vengo aquí, y lo siento». No sabía qué más decirle. Era difícil. Ahí empecé a contarle de mi vida estos últimos años, nada importante ni tampoco interesante. Pero al menos me sentía mejor contándole mis cosas a mi abuelo, como si realmente estuviera ahí conmigo.

Al terminar no pude evitar pensar en Tyler, por lo que recé un buen rato por él para que estuviera descansando en paz. Al terminar me acerqué a las estatuas que estaban en las esquinas de la parroquia.

Una que llamó mi atención fue una de mármol blanco, era preciosa. Unas alas grandes y angostas le daban un toque inmortal. El ángel se alzaba con un cuerpo impotente y musculoso. Le daba un aire de poder. Este era la representación de un “ángel custodio”, uno que toda persona según la fe cristiana tiene durante toda su vida. Mi abuelo siempre me había hablado de él de pequeña.

No le di más importancia y me dirigí a la salida. No me arrepentía en absoluto al venir aquí, realmente estaba feliz. Sentía que me había sacado un peso de encima. Y que volvería a venir seguido, no iba a defraudar a mi abuelo, no lo haría.

Legué a casa tomándome un taxi, y a mi madre no le gustaba mucho la idea. ¿Pero qué más podía hacer? La hora se me había pasado volando y ya era tarde. Estuve al menos media hora en la parada del autobús, pero este no apareció nunca.

Cuando me iba a apoyar en un cartel junto a la parada mientras esperaba, sentí que venía un grupo de al menos seis hombres, ya que no eran de mi edad sino mucho mayores. Al notar a mi alrededor me di cuenta de que era la única persona que estaba esperando el bus. No hice nada, me quedé tiesa. Hasta que uno de esos hombres comenzó a chiflar en mi dirección y hubo un coro de risas.

Yo era de esas chicas que llevaban en su cartera un aerosol contra pervertidos, la cartera apretada contra las manos, no aceptar nada de desconocidos y en esta situación llamar a un taxi de inmediato. Que, con la suerte que tuve, paró al instante y me subí a este sin siquiera mirar mi billetera para verificar si llevaba efectivo. Al acelerar

pasamos al lado de esos hombres, uno de ellos se me quedó mirando, yo aparté la vista de inmediato. Esos ojos oscuros me asustaron completamente.

Al entrar, grité que había llegado esperándome la respuesta de mi madre, pero no la hubo. En cambio, me lo encontré todo sucio, platos esparramados de ahí a allá. La tele prendida y justamente el cajón que me temía, abierto. Rodeé los ojos, justo este día tenía que pasarle esto a mi madre.

Ya imaginándome lo que me esperaba en su habitación, le preparé un café caliente. Sabía que habíamos comido como elefantes, pero también sabía que mi madre lo necesitaba en este momento.

Al entrar me la encontré envuelta en el cobertor y con miles de pañuelos esparcidos por toda la habitación. Esta estaba llorando desconsoladamente como una niña pequeña. Me acerqué a ella para consolarla, dejando el café en la mesilla que había en la pared.

—Mamá, tranquila. Todo va a pasar... tu tranquila —le dije al oído mientras que discretamente sacaba las botellas de licor de la cama, algunas ya vacías y otras a medias.

Esta no respondió de inmediato, primero abrió los ojos para encontrarse con los míos. Tenía todo el maquillaje corrido, los ojos rojos y las mejillas sonrojadas. Esta me miró avergonzada, yo traté de poner mi mejor sonrisa para transmitirle que no estaba enojada, ni sentía lástima por ella. Solo quería que se pusiera bien y pasar este mal rato.

—Lo siento, Haley, lo siento mucho —me habló tapándose el rostro con sus manos, escondiéndose—, no quiero que me veas, sal de aquí.

Yo en cambio traté de soltarlas para que me mirara. No me gustaba ver a mi madre en esa situación, me daban ganas de llorar con ella. Esta se trataba de zafar de mi agarre, yo no la iba a dejar así de fácil, era mi madre.

—Está todo bien, tu tranquila. No voy a irme —le dije ya cansada de su actitud.

Esta siguió tironeándome para que la dejara sola, su actitud era así de inusual porque estaba bebida. Mi madre no era así. Por eso odiaba cuando sucedía esto, lo odiaba realmente.

—Que te digo que te vayas. ¡Fuera! —me gritaba, yo me solté de ella. No iba a tolerar que me hablara borracha.

—Mamá...

—Haley, quiero que me dejes sola.

—No lo haré, no voy a irme de aquí.

—¿Eres sorda? Anda a tu habitación.

—Que no —le respondí enojada.

Las dos nos miramos fijamente, yo contemplaba sus ojos oscuros, que ahora con su borrachera abría poco. Esta debía de ver mis ojos azules.

Mi madre no respondió, solo me miraba en señal de peligro. Como si fuera a pararse y a sacarme a patadas. Pero yo, en cambio, seguí firme sin dejarme engañar. No iba a dejarla sola en ese estado. ¿Qué quería? ¿Que fuera a dormir tranquilamente a mi cama como si en la habitación continua no sucediera nada? No, yo no era esa clase de persona.

De un minuto a otro sin saber ni cómo, ni por qué, mi madre se levantó de la cama y caminó a tropezones colgándose en mí, abrazándome fuertemente. Yo me sorprendí, por lo que luego de un instante le devolví el abrazo. Esta lloriqueaba en mi hombro.

—Lo siento, lo siento mucho. Soy la peor mamá del mundo. Lo siento tanto hija... —iba disculpándose Anna.

—No lo eres, pero sí lo serás si sigues como vas —le recriminé, era cierto—. Quédate ahí, quieta como estás, que voy a ordenar este desastre.

Lo más rápido que pude ordené lo que había a mi paso, tomé la mayor cantidad de pañuelos con mucosidad del suelo y los llevé al cesto de basura. Luego también hice el mismo trabajo con las botellas, y finalmente la hice acostarse en su cama con las sábanas bien puestas.

Esta miraba al vacío, parecía un zombi. La hice enderezarse cuando deposité el café caliente en sus manos. Esta volvió en sí y se negó a tomarlo, a lo que yo insistí. Esta regañadientes como una adolescente se lo llevó a la boca con una mueca de disgusto.

—¿Qué sucedió ahora? ¿Qué hizo...? ¿Cómo se llamaba? ¿Leandro? —su madre negó con la cabeza—. ¿Alejandro? Sí, Alejandro.

—Hizo —remarcó ahora con los ojos bien abiertos y seria— que al salir de mi trabajo lo pillara caminando con una mujer, tomados de las manos ¿Lo puedes creer, lo descarado?

«Ya me lo esperaba», pensé. Era la típica historia que siempre le sucedía a mi madre con sus “novios de una noche”. Antes de responder el típico «hombres, mamá, entiéndelo», que ya lo usaba en la mayoría de estos casos, mi madre me interrumpió.

—Pero no es todo, esa mujer era su esposa y para colmo estaba embarazada, al menos de seis meses.

Yo parpadéé unas cuantas veces sin que me entrara en la cabeza.

—Maldito bastardo —solté aún inmóvil. El vivo recuerdo de Alejandro hoy en la mañana estaba intacto en mi memoria. No podía creer que ese hombre que besaba hoy a mi madre tan dulcemente en la cocina tenía a su mujer embarazada seguramente en casa.

—Dímelo a mí.

Volví a la realidad cuando mi madre comenzó a tomarse su café. Yo la miré sin saber qué decir. Sí, era cierto que mi madre siempre creía encontrar al amor de su vida en sus novios, que al día siguiente de haberse acostado con ellos esperaba que le propusieran matrimonio y vivieran felices para siempre. Pero lamentablemente hasta ahora no había tenido su feliz final de amor.

Y bueno, siempre sucedía esto, cuando mi madre se daba cuenta de que era un idiota. Por lo que ya estaba acostumbrada, pero no necesariamente asimilado. No me gustaba ver a mi madre en ese estado, y menos por hombres que no valían la pena. Por lo que siempre intentaba que esto no ocurriera, pero con todo lo que había pasado estos últimos días, estaba agotada y no tenía muchas ganas de lidiar con mi madre hoy. Además, tenía razón para estar de ese modo. No iba a culparla.

—Y que me acosté anoche con él, qué desperdicio...

—Mamá, cierra la boca —le interrumpí, no quería entrar en detalles.

Esta puso los ojos en blanco haciéndome saber que no iba a hablar de nada al respecto y que podía estar tranquila. Con sumo cuidado le saqué la taza mientras esta cerraba los ojos ya a punto de dormirse. Yo, por mientras, me acurrugué a su lado para hacerle compañía, a nadie después de aquello le gustaría dormir sola en ese estado. Esta puso su cabeza en mi hombro y se acurrucó junto a mí. Daba risa la situación, parecería que fuera yo la madre y ella mi hija.

—Anda a dormir, Haley, mañana tienes clases —me regañó dando un bostezo.

—Ya puse el despertador, además no tengo sueño aún —mentí.

—Está bien, quédate un rato conmigo, no quiero estar sola —podría decir que mi madre se comportaba como una niña pequeña y así lo era. No había ni una madre que conociera que fuera como ella. Pero por otro lado me encantaba, amaba a mi madre. Era como una hermana.

Mamá trabaja en una peluquería, le encantaba el tema del cabello, las uñas, el maquillaje y bueno... Yo soy lo opuesto a ella. Mi madre siempre dice que una mujer

siempre debe ir bien arreglada para sentir confianza con una misma. Algo que a mí me faltaba en cantidades.

Podía recordar cuántas veces ha intentado cortarme el cabello ella misma y yo me he negado, era de esperar mi comportamiento luego de que probara uno de sus experimentos conmigo para crear un peinado nuevo y me dejara con el pelo como hombre. Fue espantoso, tuve que ir con la capucha puesta al instituto por semanas hasta que al menos me llegaba hasta un poco más arriba de los hombros.

Ahora al menos pasaba los hombros, pero no lo tenía largo. Por lo que cuando mi madre insiste en que quiere cortarme las puntas del cabello, ni la dejo acercarse, nunca más en la vida. Miré a la causa de mi desastroso cabello y ahí estaba, ya dormida, acurrucada junto a mí. Estire mi mano para tocarle la mejilla, esta estaba sonrojada.

—Mamá, ¿por qué haces esto? —le dije, aunque sabía que no me escuchaba, pero una parte de mí quería decirle que era mi madre, que ya estaba adulta para comportarse de esa manera tan irresponsable.

Hoy había sido un día largo, pero al menos ya había acabado. Lo peor sería mañana, volver a clases y dar por sentado que la cara de Tyler Ross no iba a ser vista nunca más por esos pasillos. Costaba creerlo, pero era cierto. Al pasar unos minutos, me di cuenta de que la mayor parte de las luces del departamento estaban prendidas, además yo seguía vestida, por lo que me solté del agarre de mi madre silenciosamente. Tomé la taza ya vacía y me dirigí a la cocina.

—¿Haley? —escuché decir a mi madre entreabriendo los ojos.

—¿Sí?

—No te acuestes con el primer idiota que te diga que eres linda, prométemelo —¿Qué? Me quedé estática. Mi madre siempre me sorprendía.

No lo dudé ni un segundo.

—Lo prometo —fue lo último que dije sonriéndole, luego abandoné la habitación.

Al menos era una promesa fácil de cumplir, yo seguía siendo virgen y seguramente lo seguiría siendo. Porque en el instituto nadie iba a querer tener algo conmigo. Estuve un buen rato limpiando y ordenando el desastre. Me demoré bastante, pero al menos había valido la pena al terminar.

Al ver la hora y darme cuenta de lo tarde que era, fui hacia mi habitación y me coloqué el pijama. Ni tuve tiempo de ir al baño para cepillarme el cabello y los dientes.

Estaba con los músculos ya muertos de cansancio, y qué decir de mis ojos, que ya se cerraban.

El sonido del timbre me hizo despertar. No quería hacerlo, pero los golpes me desesperaban. Salí de la cama frotándome los ojos medio dormida. Me preguntaba quién estaba a esta hora por aquí.

—Auch —me había pegado en el dedo pequeño del pie con la esquina de la puerta. Sentí un dolor enorme y fui dando saltos en un pie hasta la puerta de entrada, que seguían golpeando.

Abrí ya cansada por el sonido. Ahí me encontré con Simon mirándome como si hubiera cometido un crimen.

—No contestabas tu celular —se disculpó de inmediato al ver mi cara de ¿qué haces aquí? —tú me dijiste que te pasara a buscar para ir a la escuela, ¿lo olvidaste?

Sí, lo había hecho, por lo que le sonreí en forma de disculpa dejándolo entrar al departamento, donde se tiró en uno de los sillones para esperarme.

—No me demoro nada, vengo en un minuto.

—Claro, tengo que llegar temprano, así que mejor apresúrate.

—Ya, ya, ya ¡No me demoro nada! Baja los humos, ogro —lo molesté desde mi habitación, buscando desesperadamente algo que ponerme.

—El entrenador quiere hablar con el equipo antes de clases.

—¿Por lo de Tyler Ross? —grité para que me escuchara.

—Supongo.

Había encontrado entre todo el desorden un suéter blanco, tomé unos pantalones que se arremangaban más arriba de los tobillos y unas sandalias planas. No me gustaba usar tacos, aunque no me faltaban. Mi madre siempre llegaba a casa con compras y la mayoría de cosas eran para mí, que nunca en mi vida me he puesto ni me pondría en un futuro.

Teníamos gustos muy distintos. Me acordé de mi mamá y fui corriendo a su habitación. Yo tenía que ir al instituto, pero ella también a trabajar. Entraba a la misma hora que yo. Al entrar esta seguía durmiendo como un ermitaño. Me abalancé sobre ella, pero esta no despertaba. Mi madre era de sueño pesado, por lo que no tuve otra alternativa que ir a la cocina y tomar un vaso con agua. En el camino Simon me fulminaba con la mirada, apuntando el reloj para que me acelerara. Se me ocurrió una idea.

—Simon, necesito que me ayudes —este asintió con la cabeza parándose y

acercándose en donde estaba—. Anda a la habitación de mi madre y tírale esto en la cara —me miró a punto de decir algo, pero yo se lo impedí—. Despiértala, dile que va a llegar tarde al trabajo. Y por mientras que se arregla prepárale un café bien fuerte, yo me voy a duchar. No preguntes al respecto y hazlo —este cerró la boca al escuchar lo último que le dije.

Terminé de hablar y Simon seguía ahí, intacto.

—Vamos, muévete o todos llegaremos tarde.

No dijo nada, pero cuando estaba en mi habitación ya llevando mi ropa hacia el baño y una toalla limpia para ducharme, pude notar como Simon le tiró el vaso de agua fría a mi madre y como esta saltó de la cama poniéndose en posición de ataque.

No pude evitar soltar una carcajada, Simon era como uno más en nuestra pequeña familia, pero de todas formas le avergonzaba todo. Y mucho más cuando la madre de tu amiga cree que eres un ladrón. Y así fue, hasta que mi madre se calmó. Cuando ya vi que no tenía problema en decirle que se apresurara, entré al baño y prendí la regadera.

Cuando ya estaba lista, me miré al espejo un buen rato. Sí, sabía que Simon iba a llegar tarde si me demoraba más, pero me había duchado rápido, por lo que sobraba un poco de tiempo. Tenía mis ojos cansados, no me había dormido temprano ayer, además de que no me quedé dormida de inmediato. Me quedé dando vueltas por el acontecimiento en el cementerio y todavía no me entraba en la cabeza.

Me había hecho una trenza de lado, mi pelo seguía mojado y no me daba para secármelo, por lo que quería que se secara naturalmente esta vez. Luego me coloqué las gafas. Terminé de cepillarme el cabello, me lavé los dientes y fui a ver cómo estaba mi madre.

Esta estaba en la cocina con Simon, este estaba riendo mientras ella le contaba sobre Alejandro diciendo ofensas de todo tipo hacia él y contra todos los hombres. A lo que Simon se reía.

—Pero tu tranquilo, eres el único hombre que no tiene maní en el cerebro —para mi madre Simon era como su propio hijo, lo adoraba.

—Gracias, señora Dickens.

—¿Señora? ¿Cuándo vas a dejar de decirme así, Simon? No me gusta que me traten como una anciana, me llamo Anna —le remarcó mientras se hacía un tomate con su largo cabello negro.

—Lo siento... ¿Anna? —se disculpó él.

—Ya con Simon nos vamos, no llegues tarde a la peluquería —dije para que se dieran cuenta de mi presencia. Lo tomé del brazo y lo llevé hacia la entrada.

—Haley, espera, quiero hablar contigo antes —mi madre me hizo gestos para que me acercara en donde estaba.

—Yo... te espero abajo, Haley, adiós señora, perdón, Anna —se despidió Simon.

Mi madre se despidió de él y cuando ya estábamos las dos solas en el departamento me la quedé mirando impaciente, no quería retrasar a Simon y tampoco que ella llegara tarde.

—Perdóname, Haley, no sé qué me sucedió ayer —los ojos de mi madre me miraban implorándome que la compadeciera.

—Te perdono, pero no creo que lo olvide así de fácil, ¿sabes? No me gusta tener que estar cuidándote —solté, con mi madre nunca andaba con rodeos. Era la única persona con la que realmente decía lo que pensaba y me gustaba.

—Gracias, con eso me basta. Y no volverá a pasar, lo juro.

Yo no dije nada, no quería entrar en discusión. Cuántas veces mi madre me había jurado lo mismo y el resultado siempre era, como ya vieron, la situación de ayer.

—¿Eso es todo? —mi madre asintió y yo tomé mi cartera, que pesaba un montón—. Apresúrate, que vas a llegar tarde —la regañé.

Y esas fueron las últimas palabras que cruzamos antes de que saliera del departamento de una vez por todas. Al bajar Simon me esperaba en el auto que su madre le prestaba. Era un auto de mujer, sin lugar a dudas, de color verde claro. Pero Simon no tenía con qué ir, así que se conformaba con lo que tenía.

—Si quieres lo conduzco yo —le ofrecí, sabía que a Simon le avergonzaba llegar con eso al instituto.

—No, gracias, sé por qué lo dices, pero no me importa. Además, ni sabes conducir.

—Mentiroso, sé conducir, solo que no he sacado la licencia.

—¿Y eso por qué? Porque conduces fatal.

Él se reía de mí, pero yo no quería entrar en discusión, era cierto en parte. No era buena conduciendo, por lo que solo me crucé de brazos y Simon prendió el motor del auto y emprendimos marcha hacia el instituto. Yo puse música con el celular, conectándolo a la radio.

Simon era mi único amigo, desde que entre a la secundaria. Nos conocimos en la

hora del almuerzo, yo no tenía con quién sentarme, por lo que no tuve más remedio que ir hacia el campus del instituto. Me dirigí hacia un árbol que daba una sombra espectacular, además de que nadie podía verme ahí. Cuando iba llegando justo Simon apareció camino a la misma dirección. Los dos frenamos sin saber qué hacer, por lo que por mi parte iba a darme la vuelta e irme a buscar otro lugar, pero Simon se acercó a mí, y de lo más tímido pero simpático, me ofreció que almorzáramos juntos, ya que habíamos visto el sitio al mismo tiempo.

Al final de ese almuerzo concordamos con música, libros, bromas y todas las cosas con las que no he concordado con ni una chica de mi edad y menos con algún chico. De cierta forma estábamos hechos para ser mejores amigos, solemos pensar siempre. Y bueno, desde ese día que no nos despegamos el uno al otro.

—¿En qué piensas? —le pregunté luego de estar un buen rato en silencio disfrutando la música.

—En cómo será el instituto sin Tyler Ross —me respondió. Eso sí que fue extraño, justo había parado de pensar en él. En realidad, se me había olvidado.

Desde que había despertado que su recuerdo ni llegó a mi mente. Se me había olvidado que había muerto. Se me había olvidado que hoy no iba a verlo, ni mañana, ni pasado, ni nunca. Sentí que mi corazón se apretaba en mi pecho. Sonaba tan extraño y tan difícil de imaginar.

Y bueno, eso era lo que me esperaba ese día. Un nuevo día de clases, se podría decir como cualquier otro, pero no lo era y eso lo tenía bastante claro. No iba a ser un día de clases común y corriente. No iba a estar ese chico tan guapo caminando por los pasillos con su aire de ser el rey. No iba a estar ese chico besándose con Lauren Davis en los casilleros, no iba a estar ese chico que completaba el trío de hermanos Ross. No iba a estar ese chico en clases de Literatura sentado en los últimos pupitres, no iba a estar ese cabello de oro alborotado, no iba a estar esa sonrisa perfecta que en más de una ocasión me había quedado embobada mirando, no iba a estar esa espalda perfecta que tantas veces miraba. En resumen, no iba a estar él, no iba a estar Tyler Ross.

—¿Estás bien, Haley? —escuché decir a Simon a mi lado. Yo seguía pensando en él, en la última vez que lo había visto cuando había golpeado a mi amigo en su fiesta.

—Claro, solo estoy algo mareada —respondí abriendo la ventana.

Respiré unas cuantas veces. No estaba mareada, pero sí necesitaba aire. En ese momento entramos en el estacionamiento del instituto, se me había hecho cortísimo.

Pero debían ser mis ánimos, no quería entrar. Odiaba entrar por ese maldito pasillo donde podía sentir que era invisible, pero a la vez todos me miraban con muecas burlonas.

Simon estacionó el auto en el típico lugar donde siempre lo dejábamos, lo más alejado del lugar donde usaban los estacionamientos los hermanos Ross, y bueno, los populares. Ya que suponía que Simon no quería que vieran su auto. De todas formas, cuando bajamos unos cuantos chicos miraron en nuestra dirección burlándose de Simon, que ni les hacía caso.

—Nos veremos luego, ¿vale? —se despidió este dirigiéndose a la cancha, mientras que yo seguía mi camino hacia la entrada, sola y desamparada.

Comencé a caminar hacia ahí, en el camino vi a Lauren, que vestía de negro, seguramente estaba de luto. Pero su vestimenta daba mucho que decir, una falda ajustada que dejaba ver más de lo que siempre lucía, luego una camisa negra trasparente que dejaba ver con lujo de detalles su sostén negro con encajes. Se veía bien, no estaba mal, pero era tan provocador que hasta más de un profesor recorrió su cuerpo sin dudarle ni un segundo.

Mientras la miraba me di cuenta de que ella me observaba, pero no con esa sonrisa tierna que siempre usaba para dar sus discursos o en la sala de clases para agradar al profesor. Esta, en cambio, me miró con un odio que hizo que me encogiera y bajara la vista enseguida al suelo.

Ella no se había tragado lo que había dicho ayer. En ese momento sentí cómo alguien había puesto su mano en mi hombro, se me erizó la piel. Sentí algo extraño en mi estómago y mi corazón se aceleró a mil.

—¿Simon? —me volteé extrañada.

Pero no había nadie.



CAPÍTULO 6
INVISIBLE



 TYLER 

Esto ya me llegaba a asustar. ¿Ahora acaso me sentía? Retrocedí unos pasos hacia atrás mirándola, esperando que sus ojos fueran hacia mí y me viera. Pero ya saben cuál fue su respuesta, esta miró a los alrededores extrañada y luego siguió su camino. Yo miré mi mano un largo minuto. No había sido solo ella la que lo había sentido, yo también lo había hecho. Había sentido la suavidad de la tela de su saco... perdón, suéter blanco.

Ni tenía la menor idea de por qué le había tocado el hombro, me había dado pena la forma en que se tensó cuando Lauren la miraba de esa manera que lo hacía con las personas que estaban en su lista negra —desgraciadamente Haley había sido escrita—. Cuando la vi flagear ante esa mirada, no sé bien por qué me acerqué más a ella y coloqué mi mano en su hombro, sabiendo muy bien cuál sería la respuesta. Me sorprendí al ver que no fue la que esperaba, sino al contrario, Haley había sentido mi mano en ella.

Busqué a la dueña de mis pensamientos y esta había desaparecido de mi vista. «Parece que no será tan fácil como pensé», me dije mientras comenzaba a caminar, no podía estar tan lejos. Así fui caminando por los pasillos, en estos podía notar cómo la mayor parte de las chicas estaban con los ojos hinchados, otras con pañuelos en la nariz y unas cuantas estaban llorando desconsoladamente abrazadas a sus amigas.

Yo las miraba a cada una con una sonrisa de rey. Esto era una de las mejores cosas que me habían sucedido. Saber que les importaba a esas chicas era grandioso. Entre

el tumulto de gente vi como entraba Mark en el pasillo. Este estaba con unos auriculares puestos, manos en los bolsillos de sus pantalones café oscuro que le llegaban hasta las rodillas y una camisa holgada, con rayas pequeñas blancas y celestes. Ese era Mark Ross.

Me quedé ahí mirándolo, este estaba en su mundo. Me pareció extraño verlo escuchar tanta música, Mark era el tipo de hermano que nos regañaba para que bajáramos el volumen diciéndonos que nos íbamos a quedar sordos para el resto de nuestras vidas.

Pude notar como todos en el pasillo al verlo se voltearon a su dirección. Este no lo había notado hasta que al alzar la vista se quedó quieto un instante, mirando hacia los lados, mientras que los espectadores bajaban la mirada avergonzados. Cuando Mark ya había mirado a cada uno de los presentes, volvió a retomar su camino a su casillero. Yo sin dudarlo me encamine con él.

Caminamos juntos, aunque él no lo supiera. Me sentí como la semana pasada cuando llegaba al instituto con mis hermanos. Por un leve instante, aunque lo aproveché al máximo. Mark llegó a su casillero, lo abrió y metió su mochila dentro sacando algunos cuadernos. Cerró la taquilla de un golpe. En ese instante apareció la cara de una chica, era esa tal... ¿April? Sí, April se llamaba.

—Me tienes para lo que sea, Mark —le soltó esta rápidamente y se colgó en su cuello abrazándolo, parecía que ella iba a romper a llorar en ese instante.

Esa era April, la mejor amiga de Mark. En realidad, yo siempre he tenido mis suposiciones con respecto a esa chica. Era muy extraño que siempre estuviera pegado a él y nunca hubiera pasado nada.

En realidad, yo no creo en el tema ese de tener a una mejor amiga, que ni uno de los dos guste del otro y que solo sean “amigos”. No, eso no existe. O bueno en mi caso no podía suceder, no me era posible ser amigo de una chica sin tirármela antes o después.

Mark le respondió al abrazo. Estos dos estuvieron largo rato de esa manera.

—Gracias April, lo tendré en cuenta.

—¿En cuenta? Lo siento, tío, pero hoy te vienes a mi casa, creo que te hará mejor despejarte. ¿Te gusta la idea? Para olvidarnos de todo —esta sonreía, no podía negarlo, esa chica era de-li-cio-sa.

—Pero si estoy bien, no te preocupes por mí.

—Me alegra que estés bien Mark, pero bien o mal quiero que vengas a mi casa —le suplicó.

—Dejémoslo para otro día ¿Vale?

—Pero... lo tenía todo preparado, no me puedes hacer esto —April... April... hasta yo mismo que no la conocía en absoluto sabía perfectamente que esa chica no tenía nada preparado, solo lo usaba de excusa—. Vamos, mis padres no estarán, será divertido.

Eso mismo era lo que no entendía con eso de mejores amigos: si una chica te dice «mis padres no estarán, será divertido» obviamente que es para hacer ya saben qué, pero con esto era distinto. Eso no significaba que quiere tener sexo contigo, no, no lo era. Algo que mi cerebro aún no comprendía. Por eso no podía tener a una chica como amiga, no podría entenderla. Esta seguía haciéndole un puchero a Mark, que ni se inmutaba.

—Está bien, iré después de clases a tu casa —se rindió este sonriendo de lado.

—¡Eso me gusta! —le plantó un beso en la mejilla riendo—. Lo pasaremos espectacular, bombón —le tiró un beso desde lo lejos y se fue caminando por los pasillos.

Esta vestía un chaleco verde y un vestido con flores pequeñas de chica buena. April Granger era conocida como la chica a la que se le metía por la falda, nadie. Era estu-
diosa como Mark, pero popular de todas formas.

Era extraño, el curso de James los que no hacen ni un deporte salvo dormir y caminar por los pasillos eran los populares; luego en el curso de Mark los que se preocupaban por el medio ambiente, los estudios y lo pasaban bien de todas formas, también lo eran. Y finalmente en mi curso los que estaban en el equipo de fútbol americano —que era el mejor del instituto— eran simplemente los reyes del curso, los más populares.

April ya había desaparecido y Mark también. Me había quedado absorto en mis pensamientos y no había notado que los pasillos estaban vacíos. Completamente.

Sin dudarlo ni un instante comencé a correr por estos, algo prohibido, ya que te mandaban a la sala del director, donde te daba un castigo. Me lo habían dado hasta antes de morir unas siete veces.

Por lo que no dudé ni un segundo en romper la regla. Si ya estaba muerto, ¿qué importaba? El juego no había sido tan divertido como creí, lo disfruté al comienzo, pero luego ya era simplemente aburrido. La cosa era que, si lo hacías acompañado con más gente o con alguien, obviamente lo disfrutabas más, pero estaba solo. Ni siquiera alguien transitaba el pasillo para poder entretenerme.

No había nadie, estaba el pasillo tan vacío como yo. Me encaminé hacia las salas, para pasar el rato. Además, Haley se me había perdido y no tenía ni la menor idea de dónde estaba. «¿En qué clases exactamente le copiaba en los exámenes?», pensé tratando de recordar su cara.

Sí, ahora estaba pensando como un acosador. Pero me había propuesto una misión, y esta era no despegarme de esa chica. Y no la iba a romper. Al menos podía seguir cumpliendo mis promesas estando muerto. Algo de dignidad me quedaba. Me paseé por el instituto un largo rato, sala por sala, baño por baño, y nada... no la encontraba por ni un lugar. Hasta que su voz en el pasillo del segundo piso me hizo darme la vuelta.

—Lo siento mucho, debe de haberse manchado cuando lo metí en mi mochila —le escuché decir, traspasé la puerta del electivo que decía: *Comité periodístico*.

Mi peor pesadilla. Con Steve odiábamos a muerte a esos chicos, eran insoportables. Siempre estaban persiguiéndome de ahí para allá.

Y justo Haley Dickens tenía que estar en este departamento extracurricular. Al ya estar dentro, un pequeño flacucho con ojos de sapo y una nariz del tamaño de la torre Eiffel estaba plantado enfrente de Haley con un papel en sus manos.

—Un *lo siento* no va a arreglarlo. ¿O acaso crees que mágicamente puedo borrar esto? —se podía notar lo furioso que estaba. ¿Por un simple pedazo de papel? Volqué los ojos, había gente tan extraña en este planeta.

—Puedo hacerlo de nuevo —le sugirió Haley, se podía notar lo asustaba que estaba.

—¿Y qué creías que harías? —un silencio—. Mira, por esto vas a tener que revisar estas cartas que se publicarán en el diario del jueves —este fue hacia una de las repisas sacando una caja enorme que dejaba ver por su transparencia miles de papeles.

—¿Cartas? ¿De qué?

—De Tyler Ross. Lo pondremos en primera plana como un memorial hacia él. Estas cartas son de, ya sabes —se encogió de hombros—, de las chicas que están, estaban locas por él.

Haley no respondió, se quedó mirando la caja sorprendida. Yo también lo estaba, no podía creer que esas cartas eran... sobre mí. Estupendo, saldría en el diario estudiantil el jueves en portada. No sabía si alegrarme, ya que ya había aparecido unas

cinco veces, aunque todas por algún partido o algo parecido. Pero en cambio esto era por mí, por no estar más... por no estar más... vivo.

—¿Haley? ¿Escuchaste lo que dije?

Esta lo miró asustada y negó con la cabeza, el chico soltó un suspiro rascándose el cabello. Me daba pena Haley, ese chico estaba cabreado con ella.

—Tendrás que revisar y leer cada una de las cartas, las que más te llamen la atención las guardas en la caja, las que dicen puras boberías las tiras a la basura. Quiero para el miércoles en la mañana las cartas que elegiste en mi escritorio —este apuntó uno de los que había en la sala—. ¿Entendiste? Si no están esas cartas, estás fuera.

Esta asintió con la cabeza sin decir nada. Se guardó el papel ese manchado en la mochila y miró hacia ese chico, pero este ya le estaba dando la espalda y hablando con otros integrantes de ese departamento de extraños.

Haley se encaminó hacia la puerta para salir, yo fui detrás de ella. Al salir los pasillos estaban vacíos, esta se quedó quieta un instante, yo la miré para saber qué sucedía y ahí lo vi. Estaba James, mi hermano, hablando con su grupo de amigos caminando hacia nuestra dirección.

Se le veía bien, no era lo que me esperaba. Yo pensaba que iba a estar como Mark, pero parecía que me había equivocado. Este estaba como era. Un simple holgazán riendo y haciendo bromas. Sus amigos se podía notar que lo miraban algo pasmados, pero lo seguían la corriente de todas formas. Cuando pasaron por mi lado pude notar como Haley bajaba la vista al piso, y que James se le había quedado mirando.

—Lindo suéter —escuché decir hacia Haley. Era uno de los amigos de James.

—Gracias —tartamudeó ella tímida, con su voz inocente.

No pude evitar soltar una carcajada, conocía perfectamente la broma. No lo decía en serio, en realidad se estaban burlando de ella. Algo que esta no notó hasta que estallaron en risas y le tiraron besos a la distancia a Haley, que miraba hacia el suelo apretando fuertemente unos cuadernos que llevaba en sus manos, sin mirar hacia atrás, y emprendió su camino hacia su casillero.

Yo la seguí, con todavía una sonrisa en mis labios. Los amigos de James eran lo máximo.

Esta al llegar a su casillero dejó las cosas que tenía ahí y se quedó un largo rato quieta mirando la nada, no estaba con los ojos fijos en algo, sino que estaba perdida en sus pensamientos. Me quedé de piedra cuando noté como una pequeña lágrima caía por su mejilla, fue diminuta y duró un instante, ya que se la limpió al segundo.

¿Era por lo del suéter? Debía de serlo, Haley no era tonta. Se debió de haber dado cuenta de la broma cuando se reían de ella. Sí, era cruel. Y en ese instante me di cuenta de que personas como ella también tenían sentimientos, aunque fueran fracasados totales.

HALEY

No, no podía llorar por esa estupidez. No lo haría. Seguía ahí, en mi casillero. No tenía ánimos de ir a clases. Sí, yo, Haley Dickens, estaba considerando siirme a esconder al baño hasta la próxima hora. Sonaba tan extraño, pero era cierto. No estaba de ánimos. El regaño que había tenido con el presidente del comité periodístico me había dejado mal y fue aún peor cuando los estúpidos de último año se burlaron de mí.

Tenía que ser fuerte, no iba a ponerme a llorar. Respiré unas cuantas veces y cerré mi taquilla. Me encaminé hacia la clase que me tocaba, no iba a esconderme en el baño. No iba a darles la razón a esos... no iba a desmoronarme por unos holgazanes de cuarta. Lo peor de todo fue ver a James Ross reírse con ellos. ¿Cómo podía? Su hermano había muerto tres días atrás y él estaba como siempre. Siendo un idiota.

Toqué la puerta y entré a la sala. El profesor por supuesto comenzó a darme un discurso sobre llegar tarde, y yo me disculpé diciendo que estaba en el comité periodístico. Este luego de escucharlo no añadió nada más y yo fui a sentarme en primera fila, donde tuve la suerte de que estaba vacío un pupitre. Me quedé ahí, poniendo atención, aunque me costaba bastante. No estaba de ánimos. No podía evitar pensar en Tyler Ross...

Miré por la ventana que tenía a mi lado, esta daba hacia la cancha, donde no tan lejos podía notar al equipo calentando. Mis ojos no se despegaban de la ventana, los Red Dragons estaban en posiciones. Miré al *quarterback* que estaba partiendo el juego, no pude evitar imaginarme a Tyler, ahí, vivo, corriendo por la cancha para anotar. Si de algo estaba segura, era que no podría olvidar a ese chico tan fácilmente.

TYLER

Estaba sentado arriba del escritorio del profesor mientras miraba a Haley, aunque solo al comienzo, luego me quedé observando a las preciosuras que estaban en esta clase. Muchas con las que me había acostado o besado, algo que me hizo entretenerme la mayor parte de la hora. Pero se hacía larga de todas formas, ya estaba comenzando a aburrirme. Hasta llegaba a desesperarme casi la mayor parte del tiempo. Me

estaba empezando a preocupar si tendría que ser un fantasma toda la eternidad. Porque si eso iba a ser, prefería ir al infierno.

El aburrimiento me estaba matando, lo que más deseaba era hablar con alguien. Poder participar en una conversación, a veces lo hacía, y hablaba en voz alta. Pero eso hacia decepcionarme y sentirme como un completo estúpido, ya que nadie notaba mi presencia. Al menos podía consolarme con que eso sucedía porque era invisible, no era que estaban ignorándome.

Aunque, de todas formas, se sentía de la misma manera... Pero tenía una esperanza, y esa era Haley Dickens. Que en ese momento estaba mirando por su ventana. Fui hacia donde estaba sentada, que por supuesto era la primera fila, y me pegué al vidrio. Mis ojos, cuando vieron a los Red Dragons practicando, se quedaron estáticos.

«Yo debería estar ahí», me decía una y otra vez cuando veía como el *quarterback* hacia la jugada. No pude descifrar quién de mis amigos era, ya que desde la distancia y más el casco no me era posible. Pensé en ir a ver desde más cerca, pero hoy no me iba a despegar de Haley. Me quedé el resto de la hora mirando a mi equipo jugar, al parecer éramos dos, ya que Haley estaba en lo mismo.

Me sorprendió bastante, ya que al mirar al resto de las chicas en la sala todas estaban hablando entre ellas sobre mi muerte, o estaban mirándose el cabello o coqueteando con algún chico... en cambio, ella se restaba con mirar por la ventana olvidándose de los demás.

Sonó el timbre por fin, yo me paré de inmediato como siempre lo había hecho. Al salir al pasillo miré hacia atrás esperando a Haley, pero esta no salía de la sala. Cuando ya el profesor pasó por mi lado entré a buscarla. Haley estaba sentada, mirando hacia los lados tranquilamente.

Yo estaba aburrido, muy aburrido. Ya habían pasado dos minutos desde que había sonado el timbre. Había un recreo de seis minutos, donde la gente iba a hablar con sus amigos y pasar el rato disfrutando del receso. Pero en el caso de esta chica parecía que estaba haciendo tiempo para no tener que salir al pasillo.

Me había dado cuenta de aquello cuando vi en qué estaba, esta miraba una y otra vez el reloj que estaba encima de la pizarra. Cuando no estaba mirándolo, bajaba su vista hacia la sala mirando los afiches o lo que estaba anotado en la pizarra. Estaba aburrida, al igual que yo.

Esta por fin soltó un suspiro y se levantó de la silla, se arregló sus gafas y cogió

sus cosas. La seguí por los pasillos esperando ver de quien era amigo esta chica, pero no sucedió nada. Algo extraño para mí, estaba acostumbrado de salir de cada clase acompañado y que los seis minutos de receso me parecieran seis segundos. Pero en cambio, ahora, me parecían una eternidad.

Así pasaron las siguientes horas más aburridas de mi vida, estaba harto de seguir todo el tiempo a Haley, pero mi cerebro me prohibía dejarla sola. No podía hacerlo, era la única esperanza que tenía. Al menos había podido ver a Steve en una de las clases, en la que este se puso lo más atrás y hablaba con algunos cuantos del equipo, al menos pude notar que no sonreía tan seguido como siempre, ni hablaba mucho. Obviamente por mi muerte.

Ahora estaba en Física, donde estaba Lauren, que con la suerte que tuvo Haley, esta justo la habían llamado desde la puerta unas animadoras que tenían algún problema, pero claramente yo sabía que ese “problema” era que necesitaban su auto para escapar de clases. Era algo típico de Lauren y sus amigas. Se aprovechaban de tener los beneficios de los profesores por ser animadoras y se escapaban a toda hora, donde la mayor parte de las veces, yo con los chicos participábamos sin dudar. Lauren se levantó para salir, acomodándose su falda corta, que le quedaba espectacular. En ese momento, lo que más quería era ir hacia ella y tirármela ahí mismo.

Podían considerarme un asqueroso depravado, pero si supieran por lo que he pasado y que no he podido tirarme a una chica desde hace tres días y lo más posible para el resto de mi vida, no lo pensarían dos veces. ¿O sí? Paré de pensar en eso cuando noté como Lauren pasaba por el lado de Haley en primera fila.

—Oh, lo siento —la escuché disculparse cuando “sin darse cuenta” por culpa de su mano cayeron los libros de Haley al suelo.

Lauren la miraba al igual que yo, esperando una respuesta. Pero en cambio Haley subió la vista, soltó una exclamación sorprendida y se acomodó las gafas. No dijo nada.

Haley se arrodilló para recoger sus cosas del suelo, pude notar lo nerviosa que estaba. —Yo lo hago —las palabras de Lauren me hicieron pestañear varias veces para saber si estaba soñando.

Lauren, mi novia, la chica más envidiada, la chica más deseada, la chica más poderosa, la chica que nunca había llevado sus libros ella misma, sino que alguien más lo hacía ¿Estaba arrodillándose para ayudar a Haley? ¿Haley Dickens?

O se habían raptado a la verdadera Lauren Davis o había muerto y llegado a un mundo paralelo. Porque esto no era extraño, era insólito. Me negaba a creerlo.

HALEY

«Yo lo hago, yo lo hago, yo lo hago». Sus palabras rebotaban en mi cerebro una y otra vez. Sí, Lauren Davis estaba en el suelo recogiendo mis libros. ¡Mis libros! Ni Simon me creería aunque se lo jurara. Hoy mismo la había visto mirándome en el pasillo y no me miró amigable. No lo hizo.

Yo no le había dirigido la palabra. Cuando me pidió disculpas no quise entrar en pelea. Uno: porque no tenía el carácter. Dos: porque iba a quedar como el hazmerreír. Tres: porque soy Haley Dickens y ella Lauren Davis. Al menos era inteligente y tenía claro que no iba a meterme en una pelea donde no había posibilidad, mejor dejarlo pasar.

—Listo —habló de nuevo Lauren hacia mí poniendo los libros en el escritorio. Sonriéndome, son-ri-én-do-me. No me lo podía creer.

Yo seguía ahí, intacta, sin abrir la boca, miré hacia los lados y todos, todos los ojos estaban puestos en mí.

—¿Cómo te llamas? —¿Lauren Davis me estaba preguntando como me llamo? No, no, no, no. Esto no es posible.

Bajé la vista y disimuladamente me pellizqué el brazo izquierdo. Pero no sucedió nada, estaba despierta y esto estaba sucediendo.

—Ha... Haley —tartamudeé como siempre levantando la vista para encontrarme con sus ojos verdes, que me estaban mirando fijamente con una sonrisa amigable—. Dickens, Haley Dickens —al terminar bajé la mirada algo avergonzada, sentía que mi voz había sonado demasiado aguda.

Esta colocó su mano en mi hombro, lo que me hizo mirarla nuevamente.

—Bueno, Haley, nos vemos por ahí —se despidió está, a lo que yo cuando me daba la espalda me saqué las gafas, y las limpié con mi suéter. No podía creer lo que había sucedido.

Lauren Davis me había hablado. Lauren Davis me había recogido mis libros. Lauren Davis me había preguntado mi nombre. Lauren Davis me había dicho que nos veíamos por ahí. ¿En serio? ¿Lauren Davis?

Sentía que iba a desmayarme en cualquier momento, pero me quedé ahí, intacta, viendo cómo desaparecía por la sala. Lo peor de todo era que había sentido que habían pasado minutos mientras esta me había dirigido su atención, pero en realidad creo que ni siquiera había pasado un minuto exactamente.

No sé por qué razón una minúscula sonrisa se había dibujado en mi rostro, sí,

tenía que admitir que me había puesto feliz que me tomara en cuenta Lauren Davis. Pero por otro lado había odiado que todos los ojos se hubieran fijado en mí.

Lo detestaba, me hacía sentir expuesta, desnuda, ante todos ellos.

TYLER

Yo miraba la escena divertido, hubiera preferido que se agarraran de los pelos gritando mi nombre como dos gatas en celo. Pero todo había sido muy distinto, mi novia hasta le había sonreído amigablemente a Haley. Algo extraño planeaba, porque Lauren no se relacionaba con chicas como Haley, así de simple. Las cosas no eran de esa forma.

Pude notar que Haley estaba sonriendo. Pobre chica, Lauren solo iba a jugar con ella. Por fin se acabó la clase y pude notar que esta se levantó enseguida, en vez de quedarse un largo rato ahí sentada como lo había hecho en todas las otras horas de clases.

Entramos a la cafetería, Haley buscaba con la mirada a alguien. Yo por mientras recorría esta buscando mi mesa. Y la encontré. Vacía. No había nadie en mi mesa. Absolutamente nadie. Recorrí la cafetería buscando a Steve o alguno de los chicos. Pero como ya dije, no había nadie. Antes de salir en busca de mis hermanos afuera, que eran las mesas de los cursos más arriba, me di la vuelta para buscar a Haley. A esta la encontré saludando a Simon.

Al menos sabía que no me perdería de nada interesante. Ese chico no me agradaba para nada, además hoy no estaba de ánimos ni de verle más la cara. El muy idiota me había despertado con sus malditos golpes en la puerta del departamento en la mañana.

Además, no estaba de humor, no entendía por qué seguía despertando en la habitación de Haley, no me encajaba en la cabeza.

Entonces salí y pude notar que la gente estaba acalorada, algo extraño pensando que ayer había diluviado la mayor parte del día. Aunque de todas formas había viento, lo suponía, pero yo ya no sentía nada. Miré hacia la mesa de James, y ahí estaba él haciendo guerra de comida con sus amigos, lanzando arroz por todos lados soltando carcajadas. En su mesa solo había hombres, ni una chica.

Al igual que yo, a James le gustaba almorzar haciendo puras estupideces, que con chicas no eran tan divertidas. Moví mi cabeza hacia más al fondo, donde estaba Mark. Su mesa era más tranquila. En esta había chicos y chicas. Amigas de April y esta, que por supuesto estaba al lado de Mark tratando de hacerlo reír. Este, en cambio, miraba una y otra vez a James con el ceño fruncido. ¿Estaban peleados?

Recordaba con sumo detalle la pelea que habían tenido ayer en mi velorio. Pero esto era diferente, Mark no estaba enojado por eso. Él no era ese tipo de persona resentida, en cambio a él le gusta hablar las cosas de inmediato para no tener problemas luego.

Pero ese Mark que estaba viendo no era Mark Ross, era una persona completamente distinta. ¿Por mí? No lo sabía, pero ya me lo estaba suponiendo.

HALEY

—Te lo juro, Simon, Lauren Davis me recogió mis libros.

Este volvió a reírse de mí, me había arrepentido de contárselo, pero ya lo había hecho.

—Claro, y a mí Tyler Ross me regaló una flor —ironizó con una sonrisa divertida.

—No es gracioso, sabes que yo no inventaría algo así, no estoy mintiendo.

—Sí, sí, vale, te creo. ¿Qué quieres que te diga? Qué suerte, Lauren Davis te ha hablado, te envidio —me decía imitando la voz de una chica emocionada, mirándome con sumo interés. Yo comencé a reír—. ¿Feliz?

—Sí, y mucho —le respondí dándole un mordisco a la manzana que tenía en mi mano.

A veces olvidaba que Simon era un chico, claro estaba que si esta misma historia se la contaba a cualquier chica del instituto esta hubiera reaccionado de la misma forma en que Simon imitó. Algo que a mí me hubiera encantado, así podía contarle con detalles lo sucedido, pero olvidaba que no tenía amigas, solo a Simon, y por desgracia era un chico que no entendería, ni le interesaría en lo más mínimo.

Aunque me gustaba de esa forma, con chicas no concordaba mucho. No era de esas chicas que me gustaba la ropa ajustada ni escotes. Prefería tapar las partes que eran necesarias para que hombres pervertidos ni me miraran. Además, ¿a quién quería engañar? No era como Lauren Davis ni sus amigas, no era una curvilínea, ni tenía un pelo asombroso. Ni piernas largas, ni pecho grande, ni trasero perfecto. No era esa clase de chica. Y por esas razones amigas me faltaban. No quería pensar más en eso, por lo que levanté la vista y vi a Simon comiendo de una tarta de fresa.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo traje, ayer fue el cumpleaños de mi madre. ¿Quieres?

—Soy alérgica —le respondí, y como un acto reflejo me eché un poco hacia atrás. Odiaba cuando me hinchaba y mi garganta comenzaba a apretarse sin dejarme

respirar. Lo odiaba. Me había sucedido tres veces en mi vida y no era algo que quisiera repetir.

—Lo siento —se disculpó metiéndosela toda a la boca—. Listo, ya no hay peligro —habló con la boca llena.

Yo sonreí agradeciéndoselo.

—Gracias.

Acerqué mi silla nuevamente hacia la mesa que compartíamos con Simon. La cafetería era enorme, por lo que contaba con mesas afuera y otras adentro. Por supuesto con Simon preferíamos ponernos afuera, ya que adentro estaban los del equipo más las animadoras, haciendo bromas crueles cuando se les daba la gana. Y afuera, al lado derecho, estaban los de cursos superiores almorzando, por lo que era ley no sentarse ahí, pues si les llegabas a quitar la mesa a alguno de ellos estabas muerto.

Por lo que Simon y yo, si no íbamos al césped a almorzar, nos sentábamos en una mesa que quedaba al lado de los basureros, que nadie usaba. Sí, era asqueroso. Pero prefería almorzar ahí que ser un juguete de bromas allá dentro o ser comida viva por los más grandes para el resto del año. Y por supuesto, el césped no podíamos usarlo hoy, ya que ayer había diluviado, y no quería arriesgarme a manchar mi pantalón.

—¿Cómo estuvo la charla del entrenador? —pregunté.

Este seguía con la tarta en la boca tratando de tragarse el enorme pedazo, por lo que me hizo una seña para que esperara.

—Tensa —respondió al fin.

—¿Tensa?

—Sí, el entrenador no le dio mucha importancia a la muerte de Tyler Ross, creo que quería que nos sintiéramos más seguros. Fue extraño ver el comportamiento de todos, no era normal.

—¿Como que no era normal?

—Mucho silencio, Haley, cuando estamos en los camarines es imposible que uno hable y nadie más lo haga al mismo tiempo, ahora era como si no hubiera nadie más que el entrenador ahí —este se encogió de hombros—. Fue tenso y muy extraño a la vez.

Yo lo miré sin saber qué responder.

—El problema que hay ahora es cómo vamos a ganar los partidos, sin Tyler somos comida fresca para nuestros enemigos. Por eso creo que todos estaban así. Nadie sabe qué va a pasar ahora.

—Van a encontrar una solución, además quizás te pongan a ti en el juego —le animé sonriendo.

—Ya me han puesto —dijo Simon mirándome de reojo, mientras se tomaba un largo trago de bebida.

—¿¡Qué! —grité yo sorprendida. ¿Había escuchado bien?—. No me digas. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Ahora.

—Sí claro... —me crucé de brazos mirándolo con desprecio.

—Ya vamos, sabes que no me gusta emocionarme mucho cuando todavía no es oficial.

—¿Como que no es oficial?

—Mira, el entrenador me llamó hace un rato para decirme que desde ahora sería *quarterback*, pero como no me ha visto jugar dijo que el viernes me pondría en el partido, si lo hago bien me quedo, a lo contrario me quedaré los próximos dos años en la banca.

Me quedé en silencio asimilando lo que había dicho. Simon, mi amigo, iba a reemplazar el puesto de Tyler Ross en los Red Dragons. ¿Había oído bien?

—No me lo puedo creer.

—Ni yo, voy a reemplazar al mejor jugador de Chicago.

—No te preocupes —le animé tomándole la mano, apretándola. Ya suponía lo nervioso que debía estar, a Simon se le daba bien fingir que todo iba bien.

—¿Qué voy hacer, Haley? No soy bueno

—Sí lo eres, yo te he visto.

—¡Pero en mi patio trasero! Es muy diferente que en la cancha con más de cientos de personas mirando.

Este sacó su mano de la mía y se colocó ambas en la cabeza.

—Tranquilo, si juegas como lo haces conmigo vas a ganar el partido. Eres bueno, Simon.

Y era cierto. Con Simon, desde que comenzamos a ser amigos y me contó que quería postular en el equipo, yo lo animé. Desde ese día que siempre practico con él cuando tengo tiempo. Simon era excelente para arrojar y tomar el balón. Solo que había un problema. La única vez que lo pusieron en el juego, no fue lo que esperaba.

No tuvo el balón en sus manos ni una sola vez, aunque no era su culpa. Tyler Ross

se había apropiado del balón y no lo soltó en casi todo el juego. Al menos habían ganado el partido. Pero de todas formas, no pudo mostrar lo bueno que era jugando, y además Tyler lo había golpeado en su propia fiesta burlándose de lo mal que jugaba. Era normal que se sintiera de ese modo después de todo.

«¿Pero si ni siquiera jugó?», me había preguntado ese día cuando había vuelto a mi casa. Si supieran lo que yo he visto en él, no lo golpearían, se arrodillarían al suelo para besarle los pies.

—No sé si podré hacerlo.

—Claro que puedes, y lo harás —este seguía con la cabeza escondida entre sus brazos—. Esta semana cuando salga del trabajo me pasaré por tu casa, voy a hacerte ganar ese partido, ya lo veras.

TYLER

Esto debía de ser una broma. ¿Whitey había puesto a ese “bueno para nada” para reemplazarme? ¿A Simon? Ni me daban ganas de reírme, era demasiado absurdo. ¿Cómo había podido hacer algo así? ¿Qué pretendía? ¿Hacer perder al equipo por el que tanto me había sacrificado? Tenía unas ganas de golpear al maldito entrenador en ese momento, pero desgraciadamente no iba a poder hacerlo. Lo que me enfurecía aún más.

¿Por qué? ¿Por qué! ¿¡Por qué!?

Esto no era justo, no era justo que un perdedor se quedara con mi equipo, con mi puesto. Iba a ser una vergüenza total. No sabía por qué me importaba tanto... ¿Orgullo? ¿Celos? No tenía ni la menor idea, pero sí tenía algo claro: ese Simon iba a hundir a mi equipo. Y yo no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Simon y Haley comenzaron a hablar de temas totalmente diferentes y que no me interesaban para nada. Riendo de viejos recuerdos y haciendo una que otra broma. Que, para mí, eran patéticos. Parecían novios y lo peor de todo es que no lo eran.

—¿Qué sucedió ayer con tu mamá? —eso sí llamó mi atención, por fin algo que me interesaba escuchar.

Ayer me había entretenido una barbaridad con las preciosuras en el gimnasio al frente de la iglesia, por lo que se me pasó la hora, y por supuesto Haley se me había desaparecido, ya que no tenía ni idea si seguía en la iglesia y tampoco podía comprobarlo.

Así que volví a su departamento, aunque no recordaba muy bien cómo... pero

llegué ahí de todas formas dando unas vueltas por la ciudad. Al llegar pude ver el desastre que había, parecía que un remolino se había colado por la puerta y había arrasado con todo a su paso. Busqué a Haley en su habitación, pero no estaba. Al fin la encontré recostada con su madre hablando sobre Alejandro. Que la madre de Haley lo había pillado.

Menudo tío. Lo había cogido en pleno.

Sí, tengo que admitir que me dio mucha lástima ver así de destrozada a Anna. Nunca me había parado a pensar lo que sucedía con las chicas que engañaban de esa forma.

—Lo mismo de siempre, ya sabes... se hizo ilusiones y el tío le rompió el corazón.

Simon no dijo nada, se quedó pensativo.

—¿Estaba borracha?

—Sí, volví al departamento tarde y me la encontré... —Haley guardó silencio buscando las palabras correctas— destrozada, pero no quiero hablar más de eso.

Haley me había sorprendido con la forma en que había llevado la situación ayer, nunca me había tocado ver algo así en mi vida y fue fuerte. Ver a tu propia madre borracha, llorando desconsoladamente, no era algo muy común en mi vida.

En ese momento había querido estar vivo para haberla podido ayudar. Estar ahí para ella. ¿Pero qué estaba pensando? ¿Estar ahí vivo para ella? Me sacudí la cabeza un par de veces para que ese pensamiento se borrara de inmediato. Yo, Tyler Ross, ¿me estaba preocupando por esa chica?



CAPÍTULO 7
RATA DE BIBLIOTECA



HALEY

—En su opinión, ¿por qué creen que *Romeo y Julieta* es conocida como la historia de amor más reconocida en la historia?

Porque muestra cómo el amor puede llegar a hacer más fuerte que cualquier obstáculo. Rompe todas las barreras, mostrándonos cómo una persona puede amar de una forma que el mismo hecho de que uno de ellos no viva los lleve a un final dramático en todo sentido. Haciendo una historia excelente que nos hace soñar en si existe un amor así. Un amor imposible que llega a ser posible por el hecho de no rendirse. «Ni siquiera hasta la muerte», pensé en mi mente. Claro estaba que no salió de mi boca.

Aunque me moría de ganas. Amaba *Romeo y Julieta*. La había leído cientos de veces. La profesora Torres nos miraba a toda la clase esperando que alguno levantara la mano, pero lamentablemente nadie lo hizo. Sí, yo tenía la respuesta en la punta de mi lengua. Pero no iba a levantar la mano. No iba a llamar la atención, y menos para demostrar que soy una rata de biblioteca.

—¿Nadie? ¿Nadie ha entendido nada de lo que he hablado toda la clase? —la profesora parecía perpleja. ¿Quién no? Esta había estado desde hace dos semanas leyéndonos extractos de la obra y parecía que nadie le había prestado atención.

Al menos yo sí lo había hecho. Esta fue uno por uno preguntando la misma pregunta, esperando que alguien entre todos ellos respondiera.

—¿Por qué las chicas que lo leen son unas totales fracasadas que lo más seguro es

que nunca han besado a un chico? —todas las personas con coeficiente intelectual del nivel de una hormiga estallaron a carcajadas. Por supuesto yo ni me di la vuelta.

Y ese comentario tan estúpido provenía del mismísimo Steve Fox, un chico guapísimo. Pero nunca me había llamado la atención, solo me fijaba en él cuándo lo veía siempre detrás de Tyler. Era, por así decirlo, la sombra de Tyler Ross. Donde estaba él, Steve también estaba. Miré hacia la profesora Torres, esta lo miraba al igual que yo lo hubiera hecho. Con lástima, lástima de la ignorancia del chico.

—Sal de mi clase en este instante —me tomó por sorpresa su actitud, aunque no pude evitar sonreír al ver la cara de Steve—. ¡Ahora!

Se paró de su asiento haciéndole una reverencia.

—Con mucho gusto —una sonrisa amargada se colocó en su cara y tomó su mochila, saliendo de allí dando un portazo.

Pensé que iba a ir a buscarlo para llevarlo con el director. En cambio, esta soltó un suspiro y sonrió a la clase.

—Bueno, sigamos. ¿Alguien va a responder?

Una mano se levantó de entre todas, y era mi mejor amigo, Simon.

—Porque... —se quedó pensativo— aunque sus padres no lo aceptan estos los enfrentan por amor —lo último había sonado más como una pregunta que una respuesta.

Unas burlas de los asientos de atrás me llamaron la atención, pero yo solo miraba a Simon sonriendo, este fijó su vista en mí y también lo hizo.

—No está mal, Simon, al menos fuiste el único que me tomó atención. ¿Alguien más?

TYLER

—Porque... aunque sus padres no lo aceptan estos los enfrentan por amor —imité a Simon con su voz tartamudeando.

Solté una carcajada. Por favor, ¿en serio? ¿Había leído eso? Ese chico era, además de fracasado, un freak romántico. ¿Leyendo Rubén y Josefa? Oh, perdón. ¿Romeo y Julieta? Estaba seguro de que Simon Adams era una chica. Estaba a escasos centímetros de su cara, examinando si mi teoría era cierta. Me había subido arriba de su escritorio y lo estaba mirando fijamente. Lo más divertido era que ni me notaba.

—Está bien, no me dejan otra opción. Quiero mañana la respuesta a mi pregunta encima de mi escritorio a primera hora. Esto va a ir en sus notas.

Lamentos de toda la clase. Pobres, al menos no tenía que preocuparme de eso. Estaba muerto y no tendría que estudiar nunca más en mi vida. Aunque una parte de mí estaba feliz por eso, prefería estudiar que ser un fantasma.

—Esto no sucedería si ustedes pusieran algo de su parte, si hubieran prestado atención —un silencio—. Les diría que lo siento, pero no lo hago, he pasado seman...

Bla, bla, bla.

Ya no la estaba escuchando, crucé la pared hacia el pasillo para perderme la charla que seguramente duraría el resto de la hora sobre nuestra actitud y que debíamos ser más estudiosos y prestar más atención. Claro, cierto que eso me importaba bastante.

Unas voces llamaron mi atención, era Steve con... ¿Whitey?

Esto sí merecía mi atención. Fui hacia ellos lo más rápido que pude para escuchar de qué hablaban.

—No puede ponerlo, ¿está loco?!

Steve estaba furioso, algo que muy pocas veces había visto. Este era el que la mayor parte de las veces me calmaba.

—Ei, cálmate muchacho —Whitey estaba de la misma forma—. Aquí a mí no me hablas así, ¿entendido?

Steve no lo miró a los ojos, en cambio miró hacia los lados unos segundos y luego se tragó seguramente el nudo que debía de tener en su garganta.

—Lo siento.

—Muy bien —este le dio unas palmadas en su espalda y comenzó a caminar hacia su oficina.

Muy típico de Whitey, dejar hablando solo.

—Pero... —Steve estaba tan sorprendido como seguramente había estado yo tantas tardes después de la escuela donde tenía que quedarme hablando con Whitey—. Entrenador, no me ha respondido —gritó.

Whitey se dio la vuelta mirando a Steve con una sonrisa burlona, algo extraño en él, ya que la mayor parte del día estaba serio o enojado. A veces ambas.

—No chico, loco no estoy.

Hasta yo me quedé sin palabras. Steve se quedó solo en el pasillo, me acerqué más a él, interrogante. ¿De qué estaban hablando? Quería saberlo, pero era inútil. Me era imposible ahora saberlo. Mi amigo subió los brazos y se los entrelazó en la nuca. Soltando una maldición y dándose la vuelta, marchándose también del lugar.

—Nuevamente solo —dije volcando los ojos, esto ya era insoportable.

Entré a la sala de nuevo y, *voilà!* La señora Torres seguía en su discurso. Ni le tomé importancia, dirigiéndome hacia Haley, que estaba concentrada haciendo garabatos en su cuaderno de Literatura. Solté una carcajada, claramente artista no iba a ser. Al menos teníamos algo en común, los dos nos aburríamos con los discursos de la profesora Torres.

HALEY

Estaba garabateando cosas sin sentido en mi cuaderno. Sí, nunca lo hacía. Pero ahora tenía que hacerlo para no escuchar más el discurso de la profesora Torres. Siempre la escuchaba con atención, pero hoy no era el día. Ya que lo que hablaba yo lo tenía más que claro. Sacar buenas notas, aprender lo que enseña y ponerlo a prueba. Por lo que no me quedaba más remedio que perderme haciendo algo para que mis oídos bloquearan su discurso, que ya llevaba un buen rato.

Mientras lo hacía me sentía desprotegida, por alguna razón sentía que alguien estaba mirándome. No alcé la vista, ya que no quería saberlo. Además, si lo hacía iba a notar el asiento vacío que había atrás. Y no estaba pensando en Steve, claramente. Me había sentido muy rara al no escuchar su risa atrás, y tampoco sus comentarios, que siempre estaban de un lado a otro de la sala. Pero hoy, no. Al menos las lágrimas no cayeron por mis mejillas. Pero sí querían hacerlo.

Por fin tocó el timbre, lo que significaba que este día había acabado. Había acabado el primer día en que Tyler Ross no estaba en el instituto. Y había que decirlo: se había sentido muy raro. Era como si el instituto no fuera el instituto por su ausencia. Aunque era estúpido, con las veces que este había faltado a clases. Traté de sacármelo de la cabeza cuando salí de la sala, y ahí estaba Simon, apoyado al lado.

—¿Te llevo? —me preguntó cuando me acerqué a él.

—Por favor —respondí abriendo los ojos y sonriendo.

No quería ir caminando hacia mi trabajo. En el pasillo pude notar a Lauren Davis hablando con Steve, él estaba algo furioso y ella le regañaba para que se calmara, que estaba haciendo un espectáculo en mitad del pasillo por tonterías.

No pude evitar sonreír de lo absurdo que se escuchaba viniendo de Lauren Davis. La reina del espectáculo. Todavía no me entraba en la cabeza lo amable que había sido. Había pasado todo el año anterior y este llamándome *rata de biblioteca*. Hasta

creo que ella fue la que lo inventó. Y ahora se hacía la amigable. ¿Por qué? Si ayer estaba a punto de tirarse encima de mí afuera del cementerio.

No le di más vueltas al asunto, ya que era un tema del que no tenía ni la menor idea, por lo que puse mi atención en Simon, que me miraba de reojo, era lo típico que hacía cuando quería decirme algo, pero no se atrevía.

—Ya, vamos, suéltalo.

Ya había llegado a mi taquilla y estaba sacando mi mochila. Este había ido todo el camino hacia ahí en silencio, algo que yo no había notado al adentrarme en mis pensamientos.

—¿Por qué no levantaste la mano?

Eso me sorprendió, aunque claro, había olvidado que Simon me conocía hasta mejor que yo misma. No sabía qué decir, por lo que me encogí de hombros para no darle más importancia.

—Voy a llegar tarde. ¿Ya estás listo? —este asintió mostrándome su mochila ya colgada en su hombro—. Entonces vamos —yo ya había comenzado a caminar y este ya estaba a mi lado siguiéndome el paso.

—¿Cómo estuvo el cumpleaños de tu madre? —fue lo único que se me ocurrió para cambiar de tema y que no me preguntara al respecto.

Este hizo un gesto con su boca y hombros que significaba “bien, como siempre”, pero sin que saliera ni una palabra de su boca.

—¿Fue tu abuela? —me acordaba de que había estado enferma grave hace algún tiempo.

Este asintió con la cabeza.

—¿Está ahora bien?

Nuevamente asintió con la cabeza.

—Me alegro... —ya me estaba comenzando a cansar—. ¿Hoy paso por tu casa para practicar?

Este se encogió de hombros.

—Lo vas a hacer genial, vas a ganar el partido y los vas a dejar a todos con la boca abierta —le animé chocando mi hombro con el suyo—. ¿Cierto?

Nuevamente se encogió de hombros.

—Ya, vamos, eres bueno.

Este ahora asintió con la cabeza.

—¿Ves? Tienes que tener más confianza en ti mismo y todo resuelto.

Nuevamente él se encogió de hombros como si no le importara lo que le dijera, pero yo sabía perfecto lo que estaba haciendo, y odiaba cuando lo hacía, por lo que exploté. Justo estábamos subiendo a su auto.

—¿Qué? ¿Acaso te comieron la lengua?

Este negó con la cabeza. Ya, esto era mucho.

—Me rindo —solté al fin. Este volteó a verme como si no fuera la gran cosa.

—¿Segura?

—Sí. ¿Quieres saber por qué no levanté la mano?

—Si tú insistes —se hizo el desinteresado.

Maldito Simon.

—Fue... porque no he prestado atención —mentí, o al menos lo intenté.

—Vale, si mientes de esa manera mejor ni lo intentes —se burló sonriendo, a lo que yo me hice la ofendida, pero luego me uní a él, era cierto. No podía mentir, no me salía para nada.

—Ya, ya, está bien. Mira, no me gusta llamar la atención y lo sabes. Además no quería darles más razones para... ya sabes... no quería darles la razón en... que soy un... una rata de biblioteca —solté.

Me avergonzaba contarle esas cosas a Simon, aunque él lo sabía de todos modos.

Había que decirlo, Simon no era un perdedor como yo. Él no era feo, había que admitirlo. Era alto, medio flaco, pero no en exceso, y tenía una espalda que cualquier chica querría en su novio y unos ojos azules más oscuros que los míos.

Él podría sentarse con las animadoras y ser uno más de los del equipo.

Pero yo sabía que no era posible, porque yo estaba al medio.

Seguía con la vista baja, no quería mirarlo a los ojos. Sentía como ardía de vergüenza. También tenía claro que él tenía su vista fija en mí.

—¿Rata de biblioteca? ¿En serio? Haley, ya hemos hablado de esto. Ellos no te conocen, si te conocieran como yo lo hago...

—Ese es el problema, Simon, no lo hacen y no lo harán. Al menos puedo intentar que eso cambie —le corté sin subir la cabeza aún.

Si te conocieran como yo lo hago. Si al menos pudiera creerme eso, pero no, era Haley Dickens, no iba a pensar algo que no era cierto.

—No tienes que cambiar Haley, estás bien. Ellos se pierden conocerte, y no me mires con esa cara, es cierto —yo no cambié mi expresión de no creerle ni una palabra.

Al menos me había subido el ánimo, Simon era el mejor amigo que pudiera tener.

Nos pasamos todo el camino hablando de vez en cuando, yo no estaba de ánimos para mantener una charla y Simon me entendió. Quería llorar, tenía unas ganas enormes. Pero me aguanté. Odiaba llorar.

Desde que comenzaron las burlas hacia mí al entrar a la secundaria —hace un año— llegaba a casa para encerrarme en mi habitación, donde lloraba en silencio. No quería preocupar a mi madre. Nunca le he contado nada de lo que pasa en la escuela, no quiero que caiga en el alcohol por mis problemas, no quiero que se deprima por mí.

Por fin llegué al trabajo, me despedí de Simon saliendo hecha un trueno.

—Llegas tarde.

El gerente me miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados. No lo culpaba, era cierto que la mayor parte del tiempo llegaba tarde, pero hoy habían sido solo dos minutos. Un récord para mí.

—Lo siento —me disculpé, y este ladeó su cabeza para que fuera a cambiarme rápido.

Fui corriendo hacia los baños, ahí saqué de mi mochila una camiseta azul donde tenía un estampado de un cerdo por la espalda. Y delante tenía escrito: Haley Dickens, a su servicio.

Cuando ya estaba lista me dirigí a la caja.

—Por fin —me regañó la chica con la que cambiábamos turnos, que era mayor que yo.

Yo ni le hice caso. Esta pasó por mi lado dándome un codazo y mis lentes cayeron al suelo. Esta ni me miró y desapareció de mi vista algo borrosa.

«Estupendo», me dije agachándome y recogíendolos. Al menos no se habían roto.

El lugar donde trabajaba tres días a la semana no era el mejor lugar del mundo. Era un local de comida rápida, su principal atracción era el dibujo del cerdo gordo con una sonrisa inocente donde las mejillas estaban enrojecidas dándole un toque infantil. Era gracioso, en un comienzo, pero ahora ya ni lo miraba. La única sensación que me daba este lugar era asco.

Sí, asco por las hamburguesas bañadas en fritura y grasa. Eso era una hamburguesa

aquí. Hecha con extra carne, extra tocino, extra queso y extra grasa. Era veneno para el cuerpo. Aunque no podía negar que no pagaban tan mal como creía, además de que quedaba a pocas cuadras del instituto y cerca de la peluquería donde trabajaba mamá. Así que tan malo no era, el único problema era lo lejos que quedaba de casa.

—Señorita, ¿me escuchó?

Vale, esto siempre me sucedía. Pero no era mi culpa, me acostumbraba a pensar dentro de mi cabeza y aislarme del mundo real. No era mi intención, pero de todas formas siempre sucedía, no podía evitarlo.

Y como siempre me disculpé y me enfoqué en no adentrarme en mis pensamientos.

—Una hamburguesa triple tocino y queso, doble carne —el estereotipo de hombre que frecuentaba el local me miraba con su barba sin afeitado, la camisa a medio salir y con un olor de que no se duchaba en semanas.

«A trabajar», me dije dándome ánimos, ya que recién estaba comenzando mi turno.

TYLER

Ya, esto era mucho. Mi estómago se contraía por mi risa. Haley Dickens era cajera en un local de comida rápida. Verla con la camiseta del cerdo fue lo que colmó el vaso. Me atragantaba a carcajadas. Se veía ridícula.

Aunque el lugar ya me era conocido, veníamos aquí con los chicos luego de los partidos a celebrar. Y también los días de semanas cuando nos daba la gana.

«¿Por qué nunca la había visto?», esa pregunta era la que me hacía a cada segundo.

Por fin esta se había cambiado la ridícula camiseta y estaba tomando sus cosas para salir de ahí. Afuera estaba Anna en el mismo auto que en el funeral. Era algo anticuado, mi jardinero tenía un auto parecido. Era un Suzuki Alto azul oscuro. Haley saludó a su madre al salir del local y entró al coche. Yo por supuesto la seguí.

—¿Cómo estuvo el trabajo?

—Bien, salvo que tres hombres me amenazaron con demandar el local —Anna abrió los ojos sorprendida—, dos niños vomitaron en el baño —Haley iba haciendo cuentas con sus dedos—, me caí encima de una hamburguesa y me lo descontaron de mi salario. ¿Qué más puedo decir? Amo mi trabajo —ironizó esta, a lo que Anna rio, y ni abrió la boca, enfadada.

—Si quieres que sea sincera, hija, eres un desastre.

—¿De quién habrá salido?

Era raro ver a Haley Dickens en esa faceta, sarcástica y divertida. Parecía una chica normal, no una rata de biblioteca, como todo el instituto se burlaba. Su madre la miró con la boca abierta haciéndose la ofendida, a lo que Haley sonrió y luego comenzó a mirar por la ventana. Había un tráfico enorme.

—¿Me puedes dejar en casa de Simon?

—Claro.

—Aburrido —dije en voz alta. Se me había olvidado que Haley había quedado con él.

Este día me había dado cuenta de lo aburrido que era no hablar con nadie, ni que notaran mi existencia.

Aunque no estuvo tan mal al ver cómo todos sufrían por mi muerte, pero aburrido había sido de todas formas, ya que no ser el centro de atención no me era normal. Fue el primer día en que al llegar nadie fijó su vista en mí. Absolutamente nadie.

Y ya no sabía qué hacer. Haley no había notado mi presencia desde que sintió mi mano.

Sí, era un avance. Pero para mí había sucedido hace siglos, siendo solo algunas horas.

«¿Por qué me sucede esto?», «¿Por qué soy un fantasma?», «¿Por qué Haley Dickens?», «¿Por qué no estoy en el cielo, infierno o lo que exista?», «¿Por qué sigo aquí?», una cantidad de preguntas se ponían en fila en mi cerebro. Pero ni una tenía una respuesta, lo que me hacía calentarme.

Cuando el auto paró en unas casas, la mayor parte iguales, pude sentir cómo la puerta del copiloto se abría y Haley bajaba del auto. Yo, en cambio, no bajé. No quería gastar de mi preciado tiempo en ver a Simon Adams. Paso.

Había llegado a casa de Haley con Anna, que se había ido todo el viaje con música cantando a todo volumen. Encontraba extraño lo joven que parecía para tener una hija adolescente, estaba buenísima.

—No sé si puedo, ayer no fue mi mejor noche —Anna hablaba por teléfono con una amiga, mientras yo disfrutaba viendo televisión lo más que podía antes de que la apagara y me muriera de aburrimiento.

Estaba echado en uno de los sillones, mientras que Anna estaba haciéndose un pan con mantequilla.

—Ya sabes. ¡Lo que te conté en la peluquería! Lo hago por Haley, soy su mamá y

me tengo que comportar como tal —sonaba algo enojada y cabreada—, está pasando por un mal momento, por ese chico, ya sabes, el hijo de Fernando.

¿Conocía a mi padre? ¿Con quién estaba hablando Anna? Después de un rato cortó el teléfono aún algo enojada al ver cómo se tiraba al sillón y comenzaba a comer su pan a mordiscones.

Así pasé una tarde de ensueño con Anna, que se pasó las dos horas siguientes viendo televisión, aunque no lo veía, solo cambiaba de canal una y otra vez.

Yo por mi parte estaba cabreado, tenía la oportunidad de ver televisión y pasar un rato como una persona común y corriente y justo Anna ni tenía ganas de ver algo.

Parecía que el destino estaba riéndose de mí una y otra vez. Se me ocurrió una idea.

—¿Sabes, soy Tyler Ross? Cuando morí aparecí en la habitación de tu hija Haley. ¿Sabes algo al respecto?

Un silencio. Anna seguía concentrada en cambiar de canal soltando suspiros frustrados.

Al menos lo intenté. En ese momento se escuchó una llave entrar en la cerradura y la puerta se abrió.

—Llegué, mamá.

Esta se dio la vuelta y por fin dejó un canal, distrayéndose con Haley.

Yo solté un agradecimiento y me quedé ahí pegado deleitándome con imaginar que era como un día normal en casa donde me tiraba a ver televisión con Mark.

Mark... Mark... Mark, no podía olvidarme de él. Tenía que admitir que no me había sentido feliz en verlo así por mi muerte. Ese no era Mark, no era mi hermano.

—¿Qué hicieron con Simon? —escuché decir a Anna atrás de mí.

—Lo ayudé a practicar para el juego del viernes.

—¿Cómo? ¿Simon Adams va a jugar el viernes?

Me di la vuelta mirando donde estaban Haley y Anna, en la cocina. Haley estaba sacando cosas de la nevera y unas ollas para cocinar.

—Sí, por, ya sabes... los cuatro jugadores que faltan, lo pusieron al fin.

¿Cuatro? La miré extrañado. ¿Qué cuatro jugadores?

Al parecer Anna estaba igual de perdida que yo.

—¿Por qué cuatro? O sea... ¿Uno es Tyler Ross, no es así?

Esta asintió con la cabeza, mientras vaciaba arroz en una olla.

Yo estaba impaciente, necesitaba saber a quiénes más de mi equipo habían sacado, seguramente el maldito entrenador, por yo qué sé.

—En el accidente, mamá, iba Tyler con cinco chicos en el jeep. Tres de ellos quedaron en el hospital.

—Oh, dios mío —dijo Anna, dibujándose en su boca abierta un perfecto círculo.
Tres de ellos quedaron en el hospital. No, no, no.

No podía ser cierto. Se me había olvidado por completo que había sucedido con los demás chicos. Sinceramente se me había olvidado que había alguien en el auto además de mí. Pero si me acordaba bien, hoy había visto a cuatro de ellos en el instituto.

Me calmé al recordar que entre esos cuatro uno estaba con muletas y un parche en la cabeza, y el otro con el labio inferior algo golpeado y su mano izquierda con un yeso. Pero faltaba uno. Su nombre me llegó en la mente de improvisto. Kyle Reyes. Era el capitán del equipo cuando yo no estaba. Era un poco más pequeño que yo, era de piel mulata, cabellos negros y bastante simpático. Él nos había prestado su coche luego del baile de primavera a mí y a Steve. Pero... hoy no lo había visto en la escuela.

—Tranquila, dos solo quedaron con algunas fracturas y heridas menores, nada grave —esta seguía dándole la espalda a Anna.

—¿Y el otro?

Esto no iba a ser bueno, Haley se quedó inmóvil, dejando de lado lo que estaba haciendo.

Ahí lo supe, supe que lo que fuera a salir de su boca no iba a ser una buena noticia, para nada.

Quise taparme los oídos o salir de ahí, pero ya era tarde.

Haley se dio la vuelta encontrándose con la mirada fija en Anna y al fin respondió.

—Está en coma.

Lo único que mi mente pudo pensar antes de quedarse en blanco fue que estaba en lo cierto. Había dejado a Kyle Reyes en coma.



CAPÍTULO 8
QUERIDO TYLER



 TYLER 

Cuando por fin mi cuerpo reaccionó salté del sillón y salí del departamento en el instante. No quería estar ahí, no quería estar en ni un lugar en concreto. En ese momento quería estar muerto. Kyle Reyes era el que estaba en el asiento a mi lado. Lo había matado. Sí, lo había hecho.

Y no había pensado en ni un momento en él, en ni uno de los chicos que estaban en el auto conmigo. No podía creer lo egoísta que había sido en olvidarme de ellos y solo haber pensado en mí. Quería desaparecer. Eso quería hacer. Necesitaba estar solo. Por lo que se me ocurrió ir a un lugar, que justo ahora necesitaba.

 HALEY 

Estaba en los sillones leyendo *Orgullo y prejuicio*. Sí, era romántica y me encantaba. Estaba esperando que la cena ya estuviera lista. Estaba en la parte más emocionante, aunque cuando pasaba de página me quedaba unos segundos pensando y perdiéndome en mis pensamientos.

Con Simon me había ido bien, lo habíamos pasado genial. Vivía con sus padres y un hermano pequeño, a los que les agrado, al igual que ellos a mí. La hora se me pasó volando mientras este me lanzaba el balón una y otra vez, por lo que intenté de llegar lo más rápido a casa, y ahí me había encontrado a mamá en la televisión.

Algo extraño, ya que mamá la odia, salvo películas, pero cuando está acompañada. Veía canales solo cuando estaba inquieta o aburrida. En este caso parecía que ambas.

—¿Cómo estuvo el día? ¿Ya sabes... sin tu amigo Tyler Ross? —me preguntó esta
ya cuando estábamos cenando. Había preparado arroz y quedaban algunas sobras de
la semana anterior.

«¿Amigo?», me dije volcando los ojos.

Eso quisiera...

—Bien.

—Ya, vamos, no soy psicóloga, pero necesitas contarme al respecto.

—Estoy bien, mamá —dije ya cansada, mirándola con el ceño fruncido.

Ella levantó los brazos en señal de paz.

—Soy tu madre y me preocupo —se disculpó, o eso creí— así que cuéntame o
pagaré un psicólogo —se cruzó de brazos como una niña pequeña.

Volqué los ojos, mamá era una adolescente. No podía culparla, tener treinta y dos
años no la hacía una adulta del todo aún.

—Feliz, pero desgraciadamente los psicólogos valen dinero, y mucho —le repro-
ché irónicamente.

Parecía que hoy era el día en que todos querían saber lo que me sucedía.

—Pues aquí tienes a una gratis. ¿De qué te quejas?

Claro, contarle a mamá que me sentía como un trapo sucio por dentro, que en este
instante mis lágrimas querían salir y el nudo en mi garganta quería desaparecer de
una vez por todas.

¡Oh, cuánto lo necesitaba! ¿Pero, qué le contaría? Si ni siquiera... ni siquiera llega-
mos a ser ni amigos. Aunque... mamá no tenía por qué saberlo. Él estaba muerto y no
estaba mintiendo, solo desahogándome sobre alguien que nunca me prestó atención.
Pero mamá pensaba que éramos amigos y todo el cuento. La miré. Me observaba de
rejojo poniendo ojos de cachorrito, que eran usual en ella.

—De acuerdo.

Me rendí, qué más daba. Mamá no sabía que en realidad yo era una perdedora
y estaba triste por alguien que nunca ni me miró, salvo ese día. ¿No era una menti-
ra omitir información, cierto? Esta soltó un chillido emocionada y fue corriendo ha-
cia su habitación disculpándose en que primero se pondría pijama y que yo hiciera lo
mismo. Ya era tarde.

—¡Te tocaba a ti lavar! —le grité para que volviera para lavar los platos.

Como éramos solo yo y mamá nos turnábamos los trabajos del hogar.

—Intercambiamos, hazlo tú hoy y yo mañana —solté un gruñido—. Ya, lo hago el resto de la semana. ¿Contenta?

—Mucho —grité feliz.

Sonreí y me puse a lavar los platos en el fregadero. Luego entré en mi habitación, donde me puse el pijama, que era un viejo chaleco de lana que me quedaba enorme. Este me llegaba una palma más arriba de las rodillas. Era muy cómodo y lo usaba siempre, ya que en Chicago había días en que hacía frío, aunque no en exceso, por lo que era perfecto.

Cuando ya estuve lista, fui hacia los sillones. El departamento era pequeño, pero perfecto para dos. Estaba la puerta de entrada que si mirabas a la derecha estaba la cocina con la isla diminuta y al lado una mesa para tres. Luego si mirabas a la izquierda, desde la puerta estaban los sillones y una televisión. Y quedaban las dos habitaciones y el baño, que estaban en el pasillo si seguías caminando recto desde la puerta. No era Pemberley, pero me conformaba con esto para vivir.

—Estoy lista —dijo mamá apareciendo frente a mí.

Para mi sorpresa no apareció con su pijama, sino vestida con traje elegante como una mujer de negocios de buen trabajo. Se había amarrado el cabello en un tomate. Además de colocarse unos anteojos antiguos que eran míos de pequeña.

—Te ves...

—Como una psicóloga, si lo sé, me queda perfecto.

Iba a decir extraña, pero mamá me interrumpió antes de que continuara la frase.

Yo me mordí el labio para reprimir la risa.

Mamá, como ya he repetido, era una niña, se emocionaba mucho con sus cosas. Por lo que no podía llevarle la contra. Mejor seguirle el juego.

—Buenas tardes, mi nombre es Haley Dickens.

—Un gusto, Haley, toma asiento —me señaló el sillón que estaba de lado del televisor, esta se sentó en el otro con una postura elegante y derecha—. Mi nombre es Anna.

Yo miraba a mamá sonriendo como una idiota, esperando que ella me la devolviera y las dos comenzáramos a reír de la situación. Pero en cambio, esta me miró seria y abrió una libreta que tenía en sus manos, abriendo la tapa del lápiz, y luego de eso fijó la vista en mí seriamente. Mamá sí que se tomaba sus juegos en serio.

—Ahora... ¿Qué sientes con que Tyler Ross haya muerto?

Estupendo, parece que jugaremos a esto. Sentir... ¿Qué sentía? Tristeza, claro estaba.

Pero además de eso sentía como si me hubieran arrebatado un brazo, una parte de mí. Como si no estuviera del todo completa. Sí, sonaba tonto. Pero era cierto, al menos para mí.

—Tristeza —no iba a describirle eso a mamá.

Esta anotó algo en su libreta.

—¿Y esa tristeza, la sentiste todo el día?

—No sé si todo el día, pero la mayor parte.

—¿Por qué crees que te sucede eso?

«¿Por qué creo que me sucede esto?», pensé reflexionando. No estaba segura de la respuesta...

—Porque... no lo sé. No sé por qué me sucede esto.

Mamá no dijo nada, pero sí se me quedó mirando un largo rato, analizándome y luego bajando la vista para seguir escribiendo en su libreta, a lo que yo me paré de inmediato de mi asiento y me dirigí hacia ella, pero la cerró mirándome, extrañada.

—¿Qué hace, Haley? Siéntese en su asiento. ¿No le han enseñado modales?

—No, y justamente quería hablarle de eso: mi madre es la culpable, está loca, a veces se hace pasar por otra persona. Lo peor de todo es que realmente se cree el cuento y no sé qué hacer con ella. Parece una niña pequeña.

—Ya basta. ¿De qué está hablando? Tendré que hablar con su madre, parece que esto es mucho más serio de lo que pensé. Inventando cosas, por favor —dramatizó esta mirándome como si fuera un bicho raro.

Sí, me estaba mirando como lo hacían todos en el instituto. Me estaba mirando como lo hacía Lauren Davis. Me estaba mirando como me miraban cada día cuando entraba por los pasillos. Me estaba mirando como si tuviera una enfermedad contagiosa. Me estaba mirando de esa forma que lo han hecho desde que entré a la secundaria, esa forma que me hace sentir una mierda. Sí, una completa mierda.

Y claro, yo, la inmadura, me eché a llorar. Quería parar, pero lo único que pensaba en ese momento era que soportar la mirada de mamá mirándome de ese modo me hizo explotar. No quería que me mirara de ese modo.

Y sí, sabía que solo estábamos jugando. Pero con todo lo que tenía dentro de mí no fue algo que pudiera evitar. No recuerdo muy bien lo que pasó en esos segundos, solo sentía cómo las lágrimas caían por mis mejillas, las manos de mi madre, que ahora estaban junto a mí. Me sentía ridícula, me sentía una niña.

Trataba de hablar, pero cada vez que lo hacía caían lágrimas. Siempre me sucedía cuando realmente el llanto era fuerte que no podía articular palabra mientras respiraba bocados de aire con dificultad.

—Ma... a... am... ma...

—Shh... no digas nada, perdón, Haley —se disculpó, sentía cómo los brazos de mamá me hacían sentarme en el sillón y cómo esta estaba enfrente de mí, me quitaba las gafas y con los dedos me limpiaba las lágrimas de mis ojos.

Así pasaron unos largos minutos en los que ni una habló, pero no fue incómodo. Me ayudó a dejar salir todo lo que me perturbaba y angustiaba.

—¿Quieres contarme? —preguntó cuando yo ya estaba más calmada y mi respiración ya comenzaba a volver a la normalidad. Aunque una que otra lágrima seguía cayendo.

—Es una larga historia...

—Tenemos toda la noche —me animó, antes de que terminara de hablar—, pero antes —esta se sacó las gafas, tiró de la blusa hacia afuera de los pantalones, se quitó los zapatos y el tomate, volviendo a ser Anna—, listo, ahora soy mamá. Olvídate de la psicóloga seria.

Sonreí de inmediato. Si podía existir un número más allá del infinito, ese le pondría a mamá en la escala del 1 al 10. Porque era la mejor mamá del mundo. Y tenía claro que contarle lo que me pasaba era la mejor elección que podía hacer.

TYLER

Estaba en los escalones del departamento de Haley, ya había vuelto de mi paseo y me sentía mejor. Al menos me había desconectado. Aunque el reloj seguía corriendo y tuve que regresar. No tenía claro a donde, pero el lugar más adecuado que se me ocurrió fue volver a donde Haley Dickens.

Pensé en ir a casa, a ver cómo estaban todos. Pero descarté la idea, no quería escuchar hablar más de mí. Sí, Tyler Ross no quería escuchar hablar más de él. ¿Suena raro, cierto? Pero era la verdad. Luego de saber que había dejado a Kyle en coma. No quería saber más de mí, en realidad nada relacionado con el accidente.

Quería morir, eso quería. Desaparecer para no tener que ver todo esto. Porque al fin de cuentas eso era lo que estaba sucediendo. Morí, y por dejar a Kyle Reyes en coma me estaban torturando para sufrir eternamente como un fantasma rondando entre mis conocidos y ver cómo todos siguen viviendo. Mientras que yo soy absolutamente nada.

Me lo merezco de todas formas... Me enderecé y traspasé la puerta para entrar de una vez. Al menos tenía a esa chica, Haley.

HALEY

—Solo hablé una vez con él, mamá, ya sabes, fue el primer día de clases. Cuando fuiste a dejarme al instituto y no conocía a nadie, estaba muy nerviosa... además de que me habías obligado a vestirme a tu antojo y como estaba sin las gafas... tropecé con él cuando estaba entrando... y él me sujetó antes de caer —mamá me miraba con la boca abierta y una sonrisa pegada en su rostro—. ¡No pongas esa cara! —le grité sonrojándome.

—Es que estoy emocionada de que por fin mi hija me cuente algo tan... romántico.

—No es romántico... bueno... solo...

—Sigue, sigue, quiero saber qué más sucedió.

La miré incrédula, pero seguí contándole.

—La cosa es que por él no me fui al suelo, y bueno, este comenzó a hablarme como si fuera la única chica en todo el instituto, fue...

—¿Mágico?

—Iba a decir estúpido.

—¿Por qué?

—Porque al día siguiente ni me notó, ya sabes, con las gafas puestas, mi propia ropa y no la tuya.

—¿Y por qué no seguiste poniéndote mi ropa y sacándote las gafas?

—Porque no quiero que me quiera de esa forma, ¿sabes? No me gusta tener que fingir ser otra persona, es como mentirme a mí misma siendo alguien que no soy.

—Pero... ¿Me vas a decir que nunca más volviste a hablar con él?

—No, nunca más él me habló.

—¿Y por qué no le hablaste tú?

—Mamá —abrí los ojos ya cansada de que no entendiera que no iba a ir una rata de biblioteca hacia Tyler Ross para ser la burla de todo el instituto el resto de mi vida.

—Está bien, solo digo que al menos podías haberlo intentado, para saber qué pasaba por la mente de él al verte.

Le iba a decir que lo había hecho, en su último día de vida y que él no había notado mi presencia. Justo en el mismo lugar en donde él me había atrapado antes de caer al

suelo hace un año atrás. Lo más doloroso es que había fijado su vista en mí y luego siguió su camino sin darme ni la hora.

—¿Y qué quieres que haga ahora? No puedo hacer nada.

Mamá no dijo nada, ni yo tampoco.

En realidad, ¿qué más se podía hablar del tema?

Estaba muerto.

—Haley —me saludó la profesora Torres mientras caminaba por los pasillos.

Ya se estaba acabando el segundo día de clases sin Tyler Ross, aunque trataba de no pensar en ello.

Hoy había sido un día bastante casual, como cualquier otro. Muy distinto al de ayer, pero seguían algunas caras largas de una que otra chica y algunos jugadores del equipo. Que por supuesto también lo era por Kyle Reyes, que estaba en coma. Hoy había sido un día normal para mí, ya que me desperté a la hora exacta, me duché tranquila —aunque con la misma sensación de que alguien me observaba—, luego salí de casa, donde me llevó mamá, que estaba de muy buen humor, por supuesto por mi lloriqueo de ayer donde pude desahogarme. Luego nos quedamos hablando de cualquier estupidez.

La mayoría de cuentos suyos que le sucedían cuando era joven y alguno que otro amor de adolescentes. Por supuesto yo no lo compartía, pues no me había sucedido nada.

Seguí mi camino por los pasillos hacia la cafetería, arrastrando los pies sin ni un ánimo de ir ahí. Como Simon no estaría, almorzaría más tarde, ya que el entrenador los necesitaba para entrenar el resto del día. Estupendo para mí.

Al llegar cogí mi bandeja y me encaminé hacia el patio. Por supuesto me instalé en el lugar debajo del árbol. Era estupendo. Además, hacía un calor enorme, y con la sombra que daba era simplemente perfecto. Sonreí por eso y me dispuse a comer mi comida, aburrida y solitaria.

TYLER

—Aburrido, estoy aburrido —decía una y otra vez.

Y no mentía, a esa chica no le sucedía nada interesante. Por ahora lo único había sido el saludo de la profesora Torres, y qué puedo decir... no es la cosa más interesante del mundo, aunque en mi situación lo era. Haley estaba concentrada comiendo su

almuerzo, que me sorprendía bastante, ya que Lauren nunca en su vida comía algo que no sea ensalada y en ocasiones especiales una fruta. En cambio, Haley Dickens se embutía una hamburguesa como si su vida dependiera de ello.

Me reí por lo absurdo al comparar a Lauren con ella, aunque costaba creerlo, Haley era más delgada que Lauren Davis, solo que con toda esa ropa que llevaba no se notaba.

Pero yo la había visto con mis propios ojos, así que equivocado no estaba. Así fueron pasando los minutos. Yo analizaba a Haley y ella por mientras almorzaba tranquilamente.

Y cada cierto tiempo miraba hacia algún lugar, aunque pude notar que solo estaba pensando. Algo que hacía a menudo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

La respuesta, como siempre, un silencio. Ignorado por Haley Dickens, qué absurdo. Ya, listo. No iba a perder más mi tiempo observando cómo comía Haley enfrente de mí. Iba a ir a ver a mi equipo jugar, lo había decidido. Me levanté del suelo y fui corriendo hacia la cancha. Ni miré a Haley, sabía que su vida continuaría lo más aburrida como siempre.

—¡Vamos, Adams, no dejes que te derriben! —gritaba Whitey algo cansado mientras susurraba maldiciones en voz baja.

Simon, al verlo, las únicas ganas que me daban eran ir hacia él y molerlo a golpes. Ni siquiera llegaba a ser malo, era pésimo. Este cada vez que gritaba la jugada y el balón llegaba a sus manos siempre era derribado o por sus atacantes o se le resbalaba por las manos cuando corría. Parecía que ya llevaban horas con el mismo resultado al ver cómo Steve abandonaba la cancha quitándose el casco, tirándolo al suelo, furioso.

—¿Cómo no ve que es pésimo? —dijo este mirando al entrenador con el sudor cayéndole por la frente.

—Calla, chico —fue su respuesta sin ni siquiera mirarlo, sino poniendo toda su atención en el juego.

Yo miré a Steve, y lo comprendía, era cierto. Simon Adams no sabía jugar y el entrenador no le cabía en la cabeza. Pude ver caras nuevas entre los jugadores.

La mayoría daban pena, como Simon, no sabía qué pretendía Whitey, pero esto ya no tenía futuro. Y no sé por qué todavía me importaba.

—¡Adams! Ven aquí —le gritó este haciéndole señas cuando nuevamente todos

se le tiraron encima para quitarle el balón. Simon salió del montón tambaleándose, a lo que Steve soltó un gruñido al verlo venir hacia aquí.

—Quiero que antes de gritar la jugada respires y te tranquilices. Cuando sientas que estás preparado comienzas el juego. ¿Entendido?

—Sí, entrenador.

Se oyó un bufido de Steve que hizo que el entrenador se girara hacia él y Simon también.

—¿Quieres decirme algo?

Steve ni los miró. Estaba mirando hacia el cielo con la cara hacia arriba y las manos en la nuca —algo típico de Steve cuando estaba cabreado—, estaba sentado en el banco, aunque *echado* sería la palabra correcta.

—Sí, más bien quiero decirle algo a él —apuntó a Simon con el dedo.

—Adelante —contestó el entrenador con una mueca de diversión, mirando a Steve como lo hacía mi padre cuando le contaba las cosas sobre mi vida, obligándose a sí mismo a escuchar algo que en realidad no le importaba en absoluto.

Steve lo miró sorprendido, y luego a Simon, sonriéndole irónicamente.

—Mira, Adams, eres inútil. Solo nos harás perder el partido y estoy cansado de verte jugar, me da hasta vergüenza que todo el instituto vea que en nuestro equipo el *quarterback* ni siquiera sabe lanzar un balón —sí, hasta yo, Tyler Ross, sentí que Steve se había pasado—. No es nada personal, solo que eres pésimo y creo que deberías saberlo para que te vayas del equipo y nos dejes ganar.

Cuando terminó de hablar un silencio tenso se formó en el aire. Steve miraba a Simon con ahora los brazos cruzados y una mirada intimidante, en cambio creo que Simon todavía no salía de su estado de shock.

Lo único que se escuchó en ese momento fue la carcajada que soltó Whitey.

HALEY

El día había llegado a su fin, la clase de Física no estuvo tan mal como normalmente, ya que los del equipo no estaban y Lauren no me insultó ni un momento. Hasta cuando se me cayó por accidente el lápiz esta se paró de su asiento para pasármelo.

Al ver tal espectáculo esperé alguna burla de sus amigas o algo al respecto, pero nadie lo notó. Todos estaban muy concentrados escribiendo lo de la pizarra. Hasta al devolvérmelo me dedicó una sonrisa que yo no pude regresar por lo nerviosa que me había puesto.

Iba caminando apresuradamente por los pasillos evitando contacto visual con cualquier persona, quería llegar rápido a mi taquilla y salir del instituto.

Lo bueno de hoy era que no trabajaba, pero sí tenía que hacer los deberes y estudiar para las pruebas que tenía mañana. Cuando estaba abriendo mi taquilla alguien se colocó detrás de mí y me tocó el hombro. Me di la vuelta y ahí estaba Daniel, el presidente del comité periodístico.

—Daniel, hola —saludé cansada, justo cuando quería llegar a casa y descansar. Aunque de todas formas sonreí.

Desde el año pasado que estaba en el comité, aunque desde el día que estoy ahí solo soy la que hace los trabajos que nadie quiere hacer, ya que gastan más tiempo y esfuerzo que el resto.

Y obviamente a la rata de biblioteca le toca eso.

—¿Cómo vas?

—¿Con qué? —quise saber, extrañada. Podía responderle «bien, ¿y tú?», pero no. Daniel no era de los que preguntaban sobre ti con la frase «¿Cómo vas?». Si decía eso era porque se refería a algo en concreto.

—No me digas que se te olvidó.

—¿Qué cosa?

—Las cartas, Haley, las que te pedí listas para mañana.

Puse una cara de desconcierto, ya que era cierto. Se me habían borrado de la cabeza.

¡Las cartas de Tyler Ross!

—No lo puedo creer, ¿sabes? Confié esta tarea en ti, Haley, las necesito.

Estupendo. Siempre me sucedían estas cosas a mí. Siempre.

No sabía qué hacer y Daniel me miraba esperando alguna señal de mi parte. Pero no sabía qué decir. Ni había tocado esas cartas. Debían de seguir en mi taquilla desde ayer luego de la charla con él. Me iba a matar. ¿Qué iba a hacer?

—Llevo la mitad, hoy termino y mañana estarán en tu escritorio a primera hora —mentí. Sentí que mi voz había sonado tan falsa que Daniel me iba a gritar en la cara y sacarme del comité en el instante.

Pero no sucedió ni lo primero ni lo segundo.

—Casi me da un infarto, gracias a dios —este por primera vez me sonrió desde que lo había conocido—. Bien hecho, Haley.

Al terminar de hablar desapareció al instante cuando otros chicos lo estaban llamando. Yo por mi parte solté la respiración contenida por los nervios y abrí por fin mi taquilla. Y ahí estaban las cartas. Parecía que mi tarde relajante no iba a ser posible.

TYLER

—¡Déjame ver mis cartas! —gritaba furioso.

Estábamos desde que Haley había salido del instituto en una biblioteca pública que quedaba algo lejos de su departamento. Menuda sorpresa. Haley Dickens en una biblioteca, ya me lo esperaba... Pensé en quedarme tirado en los sillones, pero luego me obligué a mí mismo a ir por si llegaba a suceder algo fuera de lo normal.

Aunque ahora nada ya era normal, en absoluto. Además, iba a trabajar en las cartas dirigidas hacia mí. Al menos podía leerlas y pasarlo bien en ello. Pero no había sucedido como yo pensaba. Mientras Haley leía las cartas a la velocidad del viento, yo no alcanzaba a leer ni las primeras tres palabras, y esta ya las arrojaba al bote de basura que tenía a su lado.

Y yo estaba furioso. Furioso por no poder leerlas y furioso porque no me escuchaba.

Ya cansado fui a darme una vuelta por la biblioteca, era grande, llena de estanterías altas con libros de todos los colores, tamaños y portadas. Nunca pensé que estaría en una.

Fui recorriendo el lugar traspasando las estanterías, una por una... en cada pasillo me quedaba un largo rato leyendo los libros que llamaban mi atención. Para olvidarme de todo. Para distraerme. Pero no me resultaba como esperaba. Es que... Si estuvieran en mi lugar, ¿qué más podía pensar?

Sí, debería ya estar loco. Pero seguía siendo el mismo, y aunque suene extraño estaba seguro de que esto iba a arreglarse de alguna forma. O quizás muy dentro de mí sabía que esto duraría para siempre, pero prefería engañarme a mí mismo que reconocerlo...

HALEY

«Querido Tyler». Iba leyendo. Esta carta me había sorprendido al no tener un «Querido bombón», «Querido esposo», «Querido chico sexy perfecto»...

Sí, aunque no lo crea esta era la primera carta de las treinta que ya había tirado al tarro de basura que hablaban de Tyler como se debía, simplemente Tyler.

Así que comencé a leerla.

«Querido Tyler —volví a leer—, sé que esto es estúpido, pero esa vez que nos ligamos y tú, bueno... me quitaste mi virginidad, en serio que sentí que fue especial. Y ahora que ya te has ido me ha comenzado a gustar Steve. Pero te amo, y siempre lo he hecho, y cuando nos besamos en la fiesta antes del partido me encantó y como me...».

No seguí leyendo, la arrugué y la tiré al basurero como las demás.

Traté de quitarme los pensamientos que se agrupaban en mi mente. Me imaginaba a Tyler tratándome como lo hacía con esas treinta y una chicas. Besándome, coqueteándome, tocándome...

Para, para, para. No pienses en él, está muerto. Punto final. Aunque había que admitir que sentía celos, celos por esas chicas. Ya era medianoche. Sí, había estado desde hace más de seis horas en esa biblioteca encerrada. Y mañana tenía instituto.

Si no fuera porque la bibliotecaria vino por segunda vez a decirme que iba a cerrar y que si no me iba me encerraría ahí dentro con las luces apagadas y la biblioteca cerrada no me hubiera ido. Además, que la batería del celular se había agotado, pero al menos había podido avisar a mamá que llegaría algo tarde y que no me esperara para cenar.

Y por supuesto había terminado de leer las cartas, que eran más de doscientas, sin duda.

Lo que no me cabía en la cabeza de donde habían salido tantas chicas, la mayor parte eran anónimas y las demás eran con sobrenombres o nombres muy usuales en el instituto, por lo que ni una de ellas pude saber con exactitud de quién se trataba.

Solo cinco cartas fueron las elegidas por mí, y aunque que eran simples y tenían algún error de redacción al menos no llevaban cosas vulgares ni palabrotas.

Eran perfectas para publicarlas en el periódico estudiantil. Pero eran pocas, y lo sabía.

Así que cuando ya lo tenía todo ordenado, tomé un lápiz y escribí mi propia carta.

No me costó mucho, y antes de que pasaran dos minutos ya estaba lista y metida en la caja para dejarla a primera hora en el escritorio de Daniel.

Ya estaba fuera y hacía un frío terrible. Solo llevaba un buzo holgado y una sudadera bastante cómoda. Pero en ese instante sentía un frío terrible. Además, tenía que admitir que odiaba caminar por la calle de noche, en especial porque no había autos transitando por el lugar.

TYLER

Iba caminando junto a Haley. Por fin esta decidió hacerle caso a la bibliotecaria, que no estaba nada mal. Era pelirroja, alta y cuerpo excelente. Aunque su cara daba algo de miedo. Pero había que admitir que cuando la seguí hacia la bodega y llegó su novio, enrollándose ahí mismo, no pude despegar mi mirada de ella.

Nunca me consideré tan invisible para que una pareja se lo montara enfrente de mis narices. Lo más gracioso era que Haley ni se había percatado de ello, esta seguía ahí haciendo su trabajo de revisar mis cartas sin ni siquiera imaginarse lo que estaba sucediendo en la pared continua.

Volví a mis pensamientos hacia Haley, que estaba caminando a paso rápido hacia la parada de autobús. Era raro pensar en que vivo nunca pisé uno, y ahora como debía seguir a Haley lo hacía la mayor parte del día.

—¡Ei, lindura!

Me di la vuelta hacia atrás. Ese cumplido venía de unos hombres mayores que venían caminando a unos metros más atrás que nosotros. Haley ni se dio la vuelta hacia atrás. Pero noté que estaba tensa y comenzó a acelerar su paso. Yo la seguí mientras miraba hacia atrás una y otra vez. Estos hombres estaban caminando en nuestra misma dirección.

La parada de autobús. Lo peor de todo es que eran seis hombres. Y la parada de autobús estaba vacía. Al llegar a la parada Haley estaba apretando fuerte la caja que llevaba en sus manos. Esta también dirigía miradas de soslayo hacia esos hombres. Y si no lo hacía miraba hacia los dos lados de la calle esperando que apareciera seguramente el bus.

Pero no había nadie. No sé por qué, pero comencé a alarmarme. No por mí, sino por Haley. Cuando empecé a escuchar murmullos, ya que estaban a poca distancia, no dudé en acercarme a ellos.

—Mírala, es una tabla. Es flacucha y delgada.

—Créeme, son las mejores. Sin esa ropa hay una diosa. Ya lo verán —apreté los puños, furioso.

Y los demás soltaron carcajadas, dejando a la vista sus dientes amarillentos y repulsivos.

Sin pensarlo dos veces fui corriendo hacia ella.

—Corre, Haley, sal de aquí —dije, y lo repetí unas miles de veces.

No sabía qué hacer, no sabía qué intentar. No sabía cómo ayudarla.

Yo seguía diciéndole en el oído que saliera de aquí, mientras que esos hombres se acercaban aún más hacia nosotros.

Y ahí sucedió. Haley hasta me sorprendió, dejándome atrás cuando salió corriendo por la calle al sentido contrario por el que venían esos hombres. Escuché maldiciones y gritos de estos, enfadados, pero al menos ni uno había corrido por ella. Solté un suspiro, agradecido. Dando gracias.

HALEY

«Dulce hogar», pensé, todavía temblando. Nunca en mi vida me había sucedido algo así, y estaba asustada, aunque nada sucedió. ¡Ei, *lindura!* Esos hombres eran los mismos que el otro día, y al darme cuenta no sabía si llamar a la policía o quedarme ahí esperando que llegara el autobús.

Quería correr desde un comienzo, pero mis piernas no las sentía y estaba pasmada sin moverme de mi sitio. Hasta que, por fin, no sé por qué, me puse a correr como loca. Ni pensé en mirar hacia atrás, lo único que quería en ese momento era desaparecer de la vista de esos hombres. Algo que por fin había hecho.

Cuando iba corriendo a casa había visto un taxi, por lo que repetí lo de la noche del domingo sin pensármelo dos veces. Tiré las llaves en la entrada, dejé la caja en la isla de la cocina y fui a buscar algo para comer. No había comido nada en la biblioteca y mi estómago estaba pidiendo comida hace al menos dos horas, pero tenía que aguantarme.

Así que no dudé ni un segundo en comerme el tarro de helado de dulce de leche.

Mi favorito. No quería prepararme la cena, así que mejor comer helado, que era fácil y delicioso. En la encimera había un papel, por lo que me acerqué hacia él y comencé a leer.

Haley, salí. Vuelvo tarde, no me esperes.

Al terminar, no pude evitar pensar que lo más seguro era que mañana habría otro hombre saliendo a hurtadillas del departamento o preparando el desayuno.

«Apuesto a que saldrá a hurtadillas», me dije.

Miré la puerta de entrada y fui hacia ella para cerrarla, ya que se me había olvidado hacerlo. Tenía miedo, y mucho. Luego de lo que me había pasado hoy, seguramente dormiría con un cuchillo debajo de la sábana por seguridad.

TYLER

Sí, verla en su casa a salvo de esos hombres me había hecho sonreír. Algo que no había hecho en todo el camino hacia aquí, donde miraba por todos lados por si llegaban a aparecer. No sé qué me sucedía, pero sentía que debía protegerla.

Y me sentía orgulloso de haberlo hecho, aunque en realidad no estaba seguro. Pero al menos había llegado a casa sin ni un daño, y me sentía feliz por ello. La miré, su cabello café oscuro estaba hecho una coleta, aunque tenía algunos cabellos afuera por la corrida, luego sus gafas, que ahora se las había quitado para limpiarlas con su sudadera, dejaban al descubierto unos ojos azules claros como el cielo.

Esta, luego de colocárselas nuevamente, se empezó a embutir a cucharadas el helado, viendo una película algo antigua de la segunda guerra mundial. Estaba comenzando, y sí, me daba una lata terrible. Pero era lo único que podía hacer para pasar el rato.

La película había llegado a su fin y estaba llorando. Sí, lo estaba. Yo, Tyler Ross, estaba llorando por una morbosa película romántica. No lo podía creer, y aunque quería que parara el llanto seguía. Es que la película había sido tan triste y dramática que no pude evitar hacerlo.

Además, que lo que había sucedido era que se había muerto el mejor amigo del protagonista, que antes había estado con la novia y la había dejado embarazada, y bueno... los dos habían quedado juntos con el hijo, que nunca supe si era del mejor amigo o del protagonista.

Hasta yo mismo me enredaba pensando en el tema. La cosa era que Haley estaba llorando como una niña pequeña, y yo estaba de la misma forma. Hasta que por fin había apagado la televisión y se dirigía a su habitación, me dije a mí mismo que no fuera una niña y que dejara de llorar.

Y así lo hice. Me quedé ahí, en la oscuridad. Mientras que se escuchaban los ruidos de Haley en su habitación. Haley, Haley, Haley. Me había metido mucho en la película, pero también aproveché para observarla cómo lloraba sin preámbulos y comía helado.

Aunque ya la había visto llorar más de unas veces.

Y no había olvidado la sorpresa que me había traído cuando la vi ayer al volver. Cuando estaba con Anna desahogándose. Pobre... me había dado cierta lástima que ese chico del que hablaba ni le había tomado atención. Fui hacia su habitación cuando noté que la luz de esta se había apagado. Al traspasar la puerta me la encontré

dando vueltas por la cama, buscando la posición correcta, aunque lo único que podía ver con exactitud era su silueta que formaba el edredón.

Y por primera vez desde que había muerto, me acosté junto a ella. Junto a Haley Dickens, la chica que me había sorprendido en todas las maneras posibles. En ese momento, cuando estaba cerrando los ojos para quedarme dormido, me di cuenta de que no quería morir. Quería seguir siendo un fantasma, porque al menos tenía alguien a quien proteger.

HALEY

Me desperté con un sueño terrible, pero el despertador ya llevaba un buen rato sonando, y ya no podía hacer nada al respecto. Además, que no quería llegar tarde al instituto.

Necesitaba entregar las cartas. Fui entrecerrando los ojos, estiré mis brazos y bostecé, mis ojos se humedecieron para luego desaparecer.

Estaba enojada conmigo misma, por haber visto esa película anoche. Pero ya no había vuelta atrás. Al mirar hacia la puerta mi corazón dio un vuelco, y salté asustada. Mi boca no podía moverse y mi estómago se partió en dos. Tenía al lado de mi cama a un chico. ¿Qué? Ni mi subconsciente podía creer semejante cosa.

Estaba vestido elegante, pantalones negros, camisa blanca, corbata celeste —que se me hacía muy conocida— y chaqueta negra.

Iba a ir a llamar a mamá cuando este comenzó a despertar. Tomé lo primero que encontré, el libro de *Orgullo y prejuicio*. El chico comenzó a moverse, primero soltó una maldición y luego se enderezó, saliendo su cara de entre la almohada, viendo su rostro. Y ahí supe que me había vuelto loca o todavía seguía durmiendo. Porque esto no podía ser posible.

Lo primero que vi fue su cabellera rubia, luego unos ojos grises, nariz perfecta y unos labios carnosos que me hicieron aguantar la respiración y abrir los ojos de golpe.

No podía ser cierto. Estaba enfrente del mismísimo Tyler Ross. Antes de gritar, correr, chillar, abrazarlo, llorar, sacarme los pelos, tirarme por la ventana o cualquier cosa, comencé a ver borroso, sentí mi corazón a mil y antes de impactar al suelo escuché su voz clara y firme.

—¿Haley?

Tyler Ross sabía mi nombre.

¿Me había vuelto loca?